



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

**“MI PRIMER TERREMOTO, MI PRIMERA
EXCLUSIVA”**

Crónica de una periodista en práctica

NATALIA CATALINA SÁNCHEZ MELLA

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

**PROFESORA GUÍA:
FARIDE ZERÁN CHELECH**

SANTIAGO DE CHILE
2013

“El trabajador de la palabra
-y es eso lo que humildemente
aspiro a ser-, siente sobre sí
el legado de su yo y del yo
más grande que es su pueblo.”

Guillermo Blanco

AGRADECIMIENTOS

A mi familia por tenerme la paciencia de hacer este proceso en mis tiempos y modos, por darme la oportunidad de estudiar en la Universidad gracias a su sacrificio de una vida.

A Faride Zerán por creer en mí en todo momento y guiar este proceso de título con apoyo y cariño.

A Felipe Ramírez y Rocío Silva por acompañarme en esta aventura y creer que tres estudiantes sin recursos podían levantar una investigación periodística en otra región, por haber sido parte fundamental del levantamiento de información y las entrevistas de los casos en Talcahuano y Concepción.

A todos mis profesores y ayudantes del Instituto de la Comunicación e Imagen por formarme con ética y reflexión, especialmente a Gustavo González, Faride Zerán, Claudia Lagos, Sebastián Rivas, María Cecilia Bravo, Ximena Poo, José Miguel Labrín, Cristian Cabalín, Rafael Del Villar, María Eugenia Domínguez, Eduardo Santa Cruz y María Olivia Mönckeberg.

A Christian Fauré por dejarnos conocer su historia y a todas las personas que colaboraron con este proceso brindando testimonio, especialmente a Iván Rojas y Bernardo Ortega. Por personas humildes como ellos es que la labor del periodista es necesaria.

Finalmente, el agradecimiento infinito a la hermosa y valiente Dayenú Meza, por abrir las puertas de su casa y desnudar su alma a tres desconocidos.

ÍNDICE

PORTADA	1
DEDICATORIA	2
AGRADECIMIENTOS	3
ÍNDICE	4
RESUMEN	6
INTRUDUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1: 8.8 GRADOS EN LA SALA DE PRENSA	15
1.1 Mi primer terremoto, mi primera exclusiva	15
1.2 Ironías en la Onemi	28
CAPÍTULO 2: EL NUEVO (DES)GOBIERNO	32
2.1 El día previo al cambio que no cambió nada	32
2.2 Piñera es yeta	35
2.3 La puesta en escena	41
CAPÍTULO 3: DE PASEO POR LA DESGRACIA	45
3.1 ¡Hasta jaibas, señor Presidente!	45
3.2 La verdadera fuerza del mar	53
3.3 Los cuerpos debajo y los baños sin casa	57
3.4 La desgarradora lista del joven de Chillán	61
3.5 El puente que ustedes quieren, merecen y van a tener de vuelta	68
3.6 Una noche de toque de queda en el Maule	71
3.7 Desayuno con el pueblo	77
3.8 “Frazanas o Zafranas”	79
3.9 ¿Usted le ha dicho al Presidente que no alguna vez?	82
CAPÍTULO 4: EN LA VIDA PARALELA	86
4.1 La dirigente ausente	86
4.2 El discurso de bienvenida	92
CAPÍTULO 5: SE AGUDIZAN LAS CONTRADICCIONES	96
5.1 Dos viajes muy diferentes	96
5.2 Concepción me sabía a injusticia	106
5.3 Chascarro del Día del Joven Combatiente	117
5.4 Algunos números de relevancia y otros de incierta necesidad	122
CAPÍTULO 6: ¿QUÉ TE PASÓ PERIODISMO? ANTES ERAS CHÉVERE	128
6.1 Adiós Agustín Edwards, gracias por tanto	128
6.2 El periodismo que no era	134

6.3 Los saqueos	141
6.4 Una cosa es percepción, otra son las cifras	152
6.5 Entre el descontento, ¡aún hay patria señores!	156
CAPÍTULO 7: MI PRIMER TERREMOTO, MI VERDADERA EXCLUSIVA	166
EPÍLOGO	177
Luchar por el agua y robar para comer	177
Un responsable por casa	181
La noche en que Iván y David salieron a comprar cigarros	190
El largo paseo en camioneta blanca	194
De lesiones graves a lesiones leves	200
La delgada línea roja	203
Los presos del Estado de Catástrofe	208
“Se entenderán por damnificados quienes hayan sufrido...”	212
REFERENCIAS	220
1. Bibliografía: Libros y publicaciones	220
2. Medios digitales	220
3. Sitios web	222
4. Documentos	223
5. Entrevistas	224

RESUMEN

“Mi primer terremoto, mi primera exclusiva. Crónica de una estudiante en práctica” es un relato de mi experiencia personal como estudiante de periodismo de la Universidad de Chile que se ve enfrentada a una práctica profesional marcada por un escenario poco común; el segundo terremoto más grande que azota a Chile, en medio de la transición de un gobierno socialista a uno de derecha liberal.

En el camino se descubre con cada relato los vicios de la profesión, la desnaturalización de los medios, y la cruda realidad que afrontan miles de chilenos.

En medio de mi incursión laboral, la detención de un compañero de universidad junto a su novia por los saqueos en la ciudad de Concepción, desatan una investigación que lleva a cuestionarlo todo. El registro de la desigualdad y los abusos son la motivación de la obra.

Esta crónica busca instalar una reflexión que cruza el quehacer periodístico, la labor de un gobierno, y el rápido olvido en que caen los abusos cometidos y el sufrimiento de un terremoto que abre grietas en la tierra y en las instituciones.

INTRODUCCIÓN

8,8 grados en la escala de Richter son más que suficientes para sacudir un país entero de pies a cabeza. Si a eso se le agrega un maremoto que afectó a tres regiones costeras del país sin alerta previa, y en medio de la transición de un Gobierno socialista (Concertación), con Michelle Bachelet en la Presidencia de la República, a uno de derecha liberal con la victoria de Sebastián Piñera en las urnas, se puede intuir que cada decisión tomada tenía el peso de la opinión pública nacional e internacional sobre los hombros.

El terremoto del 27 de febrero de 2010, que asoló al centro sur de Chile, y el tsunami que lo acompañó, dejaron en evidencia la falta de preparación de las instituciones de emergencia y la carencia casi total de soportes de comunicación fuera de la red eléctrica, donde una falla en el sistema interconectado central dejó incomunicada a gran parte del país.

La situación de caos y descontrol no tardó en reflejarse en los medios de comunicación masivos. Las imágenes de derrumbes, desabastecimiento por la falta de suministros básicos y los saqueos a las grandes industrias y supermercados se transformaron en la noticia de portada. La cuota “fiscalizadora” de los medios parecía centrarse en lo peligroso que resultaba

que no se restableciera aquello que llaman “el orden público” a la brevedad. El Gobierno respondió entregando el control a las Fuerzas Armadas: el 28 de febrero la entonces Presidenta Michelle Bachelet promulgó, mediante decreto supremo, Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe por calamidad pública.

Entre las consideraciones que se invocan en el decreto presidencial se lee: “se han producido alteraciones al orden público, requiriéndose de medidas extraordinarias que miren a la protección de las personas y sus bienes; que, además, es necesario prever que estos hechos no se extiendan o generalicen en el tiempo y a otros lugares, a fin de superar la referida calamidad y asegurar el normal orden y seguridad públicos”. El Estado de Catástrofe se decreta en las regiones del Maule y del Biobío con una duración de 30 días, al mando de los jefes de Plaza general Bosco Pesse y general Guillermo Ramírez, respectivamente. Posteriormente se agregaría la VI región.

Al día siguiente 10 mil efectivos de las Fuerzas Armadas salieron a patrullar las calles en nombre de la seguridad nacional durante el día, y más aún durante la noche bajo toque de queda. Si se piensa en la labor y el entrenamiento que reciben las Fuerzas Armadas es posible entender que aquella recuperación del orden público se realizaría mediante el uso de la fuerza, en post de un “bien mayor”. El problema está en quién y cómo define los

difusos límites en que los uniformados pueden usar la fuerza contra la sociedad civil. Bien lo sabe el Almirante (R) Roberto Macchiavello, Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval de Talcahuano en ese entonces.

“En la ciudad de Concepción, una de las zonas más afectadas por el terremoto del sábado, turbas de saqueadores protagonizaron robos y actos de vandalismo durante la mañana de ayer domingo. Más de una decena de establecimientos comerciales de la ciudad fueron vaciados, mientras la policía se veía superada por la situación. Fueron atacados supermercados, farmacias, cajeros automáticos, casas, bodegas del puerto de Talcahuano y un molino en la capital de la VIII región. En horas de la tarde, el Ejército se hizo cargo del control de la ciudad, imponiendo el toque de queda a partir de las 21:00 hasta las 6:00 horas”, se leía en las páginas del diario La Tercera del 1 de marzo. Las fotografías en portada de todos los diarios, de uniformados apuntando con pistolas o con rifles a los detenidos del pillaje y el vandalismo, provocaban contener la respiración por un segundo. La memoria nacional no es tan frágil como para olvidar tan rápidamente cuándo y por qué se habían vivido escenas como esa en Chile.

David Riquelme e Iván Rojas, dos vecinos de Talcahuano, fueron víctimas de tortura por parte de una patrulla de infantes de marina. Fueron detenidos por transitar en la vía pública en toque de queda en la madrugada del

10 de marzo, el primero de ellos no sobrevivió a estos “errores de procedimiento”. Los infantes responsables no fueron juzgados por “homicidio calificado”, sino que por “violencia innecesaria con resultado de muerte”, en un sistema judicial militar que aún mantiene sumarios secretos.

Christian Fauré, Dayenú Meza, dos jóvenes estudiantes, y Bernardo Ortega, su vecino en Hualpén, sufrieron el violento allanamiento de sus casas en búsqueda de especies robadas, en procedimientos que detuvieron para investigar y no investigaron para detener. Ellos, junto a otros vecinos y cerca de 200 personas, pasaron más de un mes en la cárcel por la aplicación que los tribunales hicieron de dos agravantes al cargo de receptación, que apuntaban al mismo concepto –ley de Sismos y Art. 2 N°10 del código penal-: el incurrir en delito durante el Estado de Catástrofe. Para ellos no hubo presunción de inocencia, todos ingresaron a prisión preventiva. Los medios de comunicación celebraron esta manifestación de mano dura, pues había que dejar caer todo el peso de la ley contra los antisociales oportunistas del terremoto.

El Subsecretario del Interior de ese entonces, Patricio Rosende, fue elocuente en declarar que las instrucciones de la Presidenta Bachelet consistían en aplicar todo el rigor de la ley a quienes resultaran responsables de tales delitos. Que se aplicarían agravantes que resultarían muy perjudiciales para quienes fueran procesados. Muy claro les quedó el mensaje a los fiscales

y jueces que no dudaron un segundo en declarar la prisión preventiva de los detenidos. Pese a que hubo claras irregularidades en los procesos de captura, todo se hacía en nombre del orden público, la seguridad ciudadana.

El estado de conmoción de una nación golpeada por la naturaleza de seguro no les permitiría reparar en aquellos montajes. Los organismos de defensoría de los derechos humanos, los observadores internacionales, estarían ocupados en otros asuntos como para fijarse en los detenidos. Las soluciones de un Gobierno eficiente saldrían en los titulares de los medios. Con el paso del tiempo otros “desajustes” en procedimientos del sistema judicial saldrían a la luz pública en Chile, algunos de gran revuelo, como la persecución política en el montaje del llamado “Caso Bombas”.

La opinión pública exigía rigor y rapidez, el cambio de mando presidencial estaba encima y se necesitaban responsables. Se habían cometido demasiados errores en la emergencia, en la alerta de maremoto, en las comunicaciones, que no se podría permitir el desorden, la desobediencia civil. Poco importaba si se trataba de sobrevivencia, robar estaba pena por la ley. No era tolerable mostrar mano blanda, había que darle un sentido a la existencia de las Fuerzas Armadas y de Orden. El Almirante (R) Macchiavello reconocería en los últimos días de su puesto en la Armada, que no era para eso que sus hombres, los infantes de marina que patrullaron Talcahuano y Concepción,

estaban preparados.

La Constitución de la República establece en su artículo 43 que “por la declaración del Estado de Catástrofe, el Presidente de la República podrá restringir las libertades de locomoción y de reunión. Podrá, asimismo, disponer requisiciones de bienes, establecer limitaciones al ejercicio del derecho de propiedad y adoptar todas las medidas extraordinarias de carácter administrativo que sean necesarias para el pronto restablecimiento de la normalidad en la zona afectada”. Ante esto cabe preguntarse, ¿si el Gobierno podía requisar bienes y establecer límites al derecho a la propiedad, por qué la ciudadanía tuvo que abrir con su manos los supermercados para poder comer?, cabe preguntarse por qué el criterio de la autoridad fue aplicar “todas las medidas extraordinarias” contra estas personas, y no a favor de ellas.

El sismo de 2010 es considerado como el segundo más fuerte en la historia del país y uno de los seis de mayor magnitud registrados por la humanidad. Sólo es superado a nivel nacional por el terremoto de Valdivia de 1960, el de mayor intensidad registrado por el ser humano mediante sismómetros. El sismo chileno fue 31 veces más fuerte y liberó cerca de 178 veces más energía que el devastador terremoto de Haití ocurrido el mes anterior. Esa energía liberada es comparable a 100.000 bombas atómicas como la de Hiroshima. El saldo final de fallecidos se estimó en 525, y más de 2

millones de chilenos se consideraron damnificados.

Según el artículo 2 de la ley de Sismos -la misma ley de la que se invocó una de las agravantes por receptación-: “se entenderán por damnificados quienes hayan sufrido, en sus personas o en sus bienes, daños de consideración provocados directamente por el sismo o catástrofe, y los familiares de éstos que vivan a sus expensas. También se considerarán damnificados los que por la misma causa hayan perdido su ocupación o empleo”. Decretar Estado de Catástrofe y entregar el mando a las Fuerzas Armadas es una decisión que tiene consecuencias reales en todas las instituciones del Estado, pero por sobre todo las tiene en la sociedad civil: David Riquelme, Iván Rojas, Dayenú Meza, Christian Fauré y Bernardo Ortega son sólo algunas de aquellas personas que tuvieron que vivirlo en carne propia.

En febrero de 2010 yo realizaba mi práctica profesional en el diario El Mercurio, el más importante y poderoso del país, de tradición conservadora y socialmente reconocido como un medio al servicio de la clase dominante y sus intereses. A penas con el tercer año cursado de la carrera de periodismo en la Universidad de Chile, integraba la sección Política del periódico de Agustín Edwards, y desde allí pude presenciar la transición al Gobierno de Sebastián Piñera y acompañarlo en sus primeros pasos al mando, visitando las zonas afectadas por el terremoto y maremoto. Desde ese espacio pude vivir en carne

propia el desastre, registrar los discursos llenos de promesas incumplidas, presenciar la puesta en escena ante un pueblo golpeado y desesperado, y pude, sobre todas las cosas, conocer el actuar del periodismo en los medios tradicionales, compararlo con aquello que en la Escuela de Periodismo me habían enseñado como “Ética y tratamientos periodísticos” y levantar una profunda crítica al rol que jugaron para la sociedad.

De aquellos, los otros damnificados, los golpeados por el sistema, de las evidencias de abusos y desigualdades, de historias de tragedia acentuadas por instituciones ineficientes y promesas al aire, de un periodismo sensacionalista y prejuicioso, de una estudiante de periodismo enfrentada a una realidad mediática de poco orgullo, y de un Gobierno de derecha que estrenaba presidente por primera vez en Chile desde el “retorno a la democracia” es que tratan estas páginas. Saltos hacia el presente y hacia el pasado, escritos en primera persona, son el testimonio de una realidad invisibilizada que resurge e invita a reflexionar en esta Crónica de un terremoto grado 8.8.

CAPÍTULO I: 8.8 GRADOS EN LA SALA DE PRENSA

1.1 Mi primer terremoto, mi primera exclusiva

Esa noche de viernes, como nunca ocurría, todos estábamos en casa. Habíamos salido a cenar sushi los tres con mi madre y mi hermano. Me habían dado el pago de mi sueldo como practicante y quería hacer algo especial. Mi pareja me había plantado con el panorama, así que de todas formas decidí invitar a comer a mi familia. Fuimos a ese restaurante que ofrecía “*rolls* libre” por \$6.990 en el sector Providencia con Tobalaba, reconocido por alimentar la gula de los amantes del sushi. Volvimos juntos a la casa temprano, no eran más allá de las 23.00 horas, y nos dormimos pronto con el estómago lleno, hasta que la tierra nos despertó, a nosotros y a millones de chilenos.

El reloj marcó las 3:34:14 de la madrugada del sábado 27 de febrero del año 2010. “Está temblando”, pensé perezosamente, dándome vueltas entre las sábanas, pero el plan de no levantarme como la mayoría de las veces duró muy poco. La casa de madera comenzó a crujir por todas partes y los gritos de “¡a la puerta!” de mi mamá me sacaron de la impavidez. Abrazados en el marco de la puerta, en silencio, acariciando al pequeño y asustado Aquiles, nuestro perro, miramos reventarse el foco del alumbrado público frente a la casa, escuchamos caer loza y adornos, el microondas y tantas otras cosas durante esos largos

casi tres minutos de nuestras vidas.

La mente funciona muy rápido en momentos como ese. Mi madre pensó inmediatamente en mi abuela que vivía en la casa de en frente, postrada en la cama sin capacidad de levantarse. Era la única que se había puesto zapatos. Nosotros, descalzos, esperamos en la puerta que recorriera el camino de vidrios rotos para traernos pantuflas. La abuela estaba bien, poco se había enterado de lo que acababa de pasar, los años y la mente a veces no le jugaban buenas pasadas, en este caso había sido lo mejor.

Mi hermano pensó en que lo más probable era que se suspendiera su examen de título del día siguiente. Horas más tarde dejaría un mensaje en la contestadora del instituto diciendo: "Hola, soy Maximiliano Sánchez, estudiante de Gastronomía. Hoy debía presentar el práctico de mi examen de título, pero no podré ir porque hubo un terremoto. Muchas gracias". Nunca supimos si alguien habrá hecho acuse de recibo de su aviso. Desde luego, el examen estaba suspendido.

Pero mi reacción fue rara. Cuando la tierra dejó de moverse lo primero que se me vino a la cabeza fue "¿y eso es todo?, si esto es un terremoto no me parece tan terrible el asunto". No tenía idea lo equivocada que estaba. De alguna manera muy influenciada por las imágenes de desastres naturales en

los noticieros, por las hecatombes en las películas de acción, yo esperaba que en el suelo se abriera una grieta gigante que separa la vida en dos, o algo así. Mal que mal nunca había vivido un terremoto, muchas cosas de la casa se habían caído, pero la obra gruesa estaba intacta, ninguna pandereta se había desmoronado tampoco. Pese a que la vida moderna y globalizada ha ido reduciendo la capacidad de asombro en las personas, la realidad me taparía la boca, o los pensamientos, en muy pocas horas.

El segundo pensamiento, el de todo periodista, fue la noción de lo que estaría pasando en la sala de redacción del diario. Algo adelantada de lo acostumbrado, porque apenas había cursado tres años de la carrera, yo estaba haciendo la práctica en uno de los periódicos más importantes del país; El Mercurio. Y nada menos que en la sección Política, en un año de elecciones presidenciales. Había comenzado en enero y ya llevaba casi dos meses codeándome con la elite política nacional. Ya había cubierto el día a día de la campaña electoral de ambas coaliciones, había estado en el comando de Eduardo Frei Ruiz-Tagle el día de su derrota frente a Sebastián Piñera, y había estado presente en el ambiente de depresión total que se vivía por esos días en la Casa de Gobierno, el Palacio de La Moneda. Un terremoto no sólo traía damnificados por el desastre natural, era un remezón político que ponía a prueba las reacciones del Gobierno saliente y el Gobierno electo.

Lejos de toda esa vorágine informativa, en la casa familiar en la comuna de Renca, sector nor-poniente de Santiago, lo poco que sabíamos era lo que los periodistas improvisaban desde sus celulares despachando en directo para la radio. Relataban lo que veían desde los balcones de sus edificios, lo que habían hablado con sus vecinos y poco más. El teléfono móvil de mi hermano tenía suficiente batería como para informarnos por algún tiempo. Así nos enteramos rápidamente que el epicentro había sido en el sur, en el mar, frente a las costas de Curanipe y Cobquecura, localidades de la VIII región del Biobío. Esa información nos dejó perplejos. Si el epicentro había sido tan lejos, y en la capital el movimiento había sido tan intenso, la situación en el sur no debía ser buena. No lo era.

Nos aseguramos que los vecinos estuvieran bien, nos comunicamos con la familia más cercana, minutos antes que colapsan las comunicaciones en todo el país, recogimos del suelo lo indispensable para poder transitar por la casa, y nos acostamos en la cama de mi mamá. “Durmamos, no podemos hacer nada más”, dijo ella. Lo cierto es que oímos la radio hasta agotar la batería. Cerca de las 9.00 am le comuniqué a mi madre que yo tenía que ir a trabajar. Ese fin de semana estaba de turno en el diario, y aunque no me hubiera tocado igual hubiese intentado llegar, aunque no era nada de fácil.

Sin vehículo propio, sin poder comunicarme por teléfono con la

redacción, ubicada en el lado oriente de la ciudad en la comuna de Vitacura, en un sector con casi un solo bus de transporte público, no tenía muy claros los pasos a seguir, pero quedarse de brazos cruzados no era una opción. Tomé mi libreta y mi lápiz, mi grabadora, mi cámara de fotos, y partí en busca de cumplir con la labor por la cual había decidido entrar a la Universidad de Chile, aunque tuviera que adquirir una deuda millonaria, para ser periodista. No fue tanto lo que tuve que esperar en el paradero para que apareciera un microbús del Transantiago. Me subí sin importar que no viajara a la dirección que me dirigía, en algo me acercaría, pensé.

A medida que recorríamos las calles en el bus me di cuenta que, a diferencia de lo ocurrido en mi casa, muchas panderetas del sector estaban en el suelo y varias fachadas estaban agrietadas y descascaradas. Cruzamos el río Mapocho por Av. Apostol Santiago y entramos en la comuna de Quinta Normal. Por la Av. General Velásquez el escenario era muy parecido, muchas panderetas en el suelo, polvo suspendido en el aire y las calles prácticamente vacías. En el trayecto de ese bus está la estación de bencina más económica de Santiago. Normalmente hay varios autos en espera, pero la fila de cuadras que vi en aquel momento me desconcertó por completo. El acaparamiento mostraba sus primeros síntomas, pese a que la región metropolitana no sufrió desabastecimiento de ningún tipo.

Recuerdo haber esbozado una sonrisa al pasar frente a los antiguos edificios de la Villa Portales y verlos intactos erguidos con los feos colores de sus ventanas. No todos los edificios de la ciudad habían corrido la misma suerte.

Me bajé en la esquina de la Alameda aún sin poder comunicarme por teléfono con alguien de la redacción. Llamaba a los teléfonos del diario, a los móviles de mis superiores, al de los demás periodistas, pero no había caso, el sistema seguía colapsado. Me subí a otro bus en dirección al oriente. Ya se veía más movimiento en las calles. La micro me dejó en el sector de Av. Providencia, pude ver la Iglesia de la Divina Providencia sin su cúpula. Por fin me comuniqué con una de las periodistas de la sección, “ándate al comando de Piñera”, me dijo. Así que partí a la casona de Apoquindo 2921, el centro de operaciones que llamaban “la Moneda Chica” desde que Sebastián Piñera había sido electo Presidente.

Es irónico que haya sido un bus de militares el que me trasladó en ese trayecto final. Recorrían la avenida principal recogiendo gente y llegaban hasta la Escuela Militar. Me bajé en la esquina de Apoquindo con Tobalaba y vi la persecución de un sujeto que aparentemente había robado algo a alguien y escapaba raudo. Otro hombre, de similares características físicas y etarias, lo seguía de cerca. Todo parecía indicar que era el usurpado en la escena. Lo impactante fue que la poca gente que circulaba por el sector colaboraba con

intentar atraparlo. Un auto se le cruzó en el camino para cerrarle el paso en una arriesgada maniobra, pero el fugitivo tuvo la agilidad como para zafar a tiempo.

Sinceramente no recuerdo el desenlace de aquella historia, pero el sentimiento de desconcierto ante la diferencia de lo ocurrido y lo que ocurriría en condiciones normales sigue igual de latente. Era un cambio de actitud en las personas. Donde normalmente hubiese observado indiferencia, en cambio existía empatía. Para aquellos que presenciaban el misterioso robo no era tolerable que alguien se aprovechara de otra persona en medio de la situación de tristeza e incertidumbre que vivía el país entero. En ese momento no sospechaba lo mucho que reflexionaría en torno a ello, lo manoseado que estaría ese sentimiento por las autoridades y medios de comunicación, y lo parcial y sesgado que resulta si no se consideran todos los elementos de contexto.

El panorama que me aguardaba en el centro de operaciones del entonces Presidente electo era una larga espera en el patio de la casona junto a los colegas periodistas. Llevábamos todo el verano topándonos en las mismas pautas, teníamos ya experiencia en esas horas eternas de reuniones donde con suerte se podía obtener una cuña institucional al final de la jornada, lo que en jerga periodística se conoce como un “plantón”. Pero esta ocasión era diferente, no había cafés ni conversaciones distendidas, reinaban las caras de

preocupación. Todos se veían concentrados en sus *blackberrys*, *iphones*, o la versión de “teléfono inteligente” que estuviera de moda, mirando informaciones de internet.

Todos funcionaban en red y se compartían los datos unos a otros. Que la Onemi (Oficina Nacional de Emergencia del Ministerio del Interior) había publicado esto, que en la radio Biobío lo otro. Recuerdo la desesperación de una chica de Mega, la Gladys. Tenía familia en Iloca y no había podido obtener información de ellos. Preguntaba a todos los colegas si tenían algún corresponsal por allá que pudieran darle el contacto, que si sabían de la publicación de alguna lista de desaparecidos o víctimas fatales -como le encanta a la prensa llamar a los muertos-. Todos le daban sus datos, pero nadie tenía con certeza información respecto de casi nada. Por esas horas del mediodía todo era preliminar, provisorio, no confirmado.

El “plantón” resultó ser un fracaso. Al cabo de un tiempo que se nos hizo eterno, no sabría precisar si verdaderamente habría sido tanto, alguien se asomó a decir que el futuro gabinete se había ido por la salida trasera, y que no darían declaraciones de la reunión. La indignación de todos se expresó más allá de lo protocolar. Nadie podía creer que en un día como aquel, dónde todo era noticia y todos eran indispensables para sus medios -pero sobre todo para la gente que esperaba información desde sus casas-, los hubieran hecho perder el

tiempo de esa manera. Los camarógrafos desmontaron los atriles rápidamente y en cosa de minutos toda la prensa había abandonado el lugar, menos yo. Para variar, no lograba comunicarme con alguien de la sección para recibir nuevas instrucciones. Fue entonces que salí y me senté en la esquina a esperar alguna señal divina que me mostrara el camino a seguir. Y así fue.

Por el portón trasero del recinto iba saliendo nada menos que María Luisa Brahm, la mujer que ha sido sindicada como el cerebro del Gobierno de Sebastián Piñera, jefa de asesores de La Moneda, ubicada en el segundo piso del Palacio de Gobierno. Ex asesora legal de la Odeplan (Oficina de Planificación Nacional, previa al Ministerio de Desarrollo Social) durante la dictadura militar y ex directora del Instituto Libertad -vinculado a Renovación Nacional-. Brahm ha sido la única ciudadana independiente que ha formado parte de la directiva de ese partido, asumiendo una vicepresidencia en reconocimiento de su trayectoria entre 2001 y 2004, sin haber sido nunca militante de la colectividad. Pese al bajo perfil que ha mantenido siempre, es pieza clave de los pasos del poder ejecutivo. Por suerte para mí, el auto de María Luisa estaba estacionado a algunos metros del portón, lo que me dio el tiempo suficiente para abordarla en ese trayecto.

“María Luisa, hola. Disculpa que te moleste, soy Natalia, periodista de El Mercurio. Quería saber si podía contestarme un par de preguntas sobre la

reunión de la que acaba de salir”. Algo así le dije, esperando una negativa rotunda de su parte por interrumpirla al estilo *paparazzi* cuando se había dicho que no habría declaraciones, pero para mi gran sorpresa me esbozó una sonrisa espontánea y me dijo: “Ahh, de El Mercurio, no hay problema”. Y me confesó: “¿Sabes de quién fue la primera llamada que recibí después del terremoto?, la Margaret -periodista de la sección que lleva más de una década cubriendo derecha en el diario-, me llamó para preguntarme cómo estaba y qué tal la familia, un amor ella”. En ese minuto el mundo me hizo más sentido, no por ello un mejor sentido de todas formas.

“La coordinación entre el Gobierno actual y el entrante ha sido total, esperamos que así siga. Es una señal muy importante de unidad nacional. Acaba de haber una reunión del Presidente electo con sus ministros luego de haberse reunido él con el Ministro del Interior Edmundo Pérez-Yoma y con la Directora de la Onemi, Carmen Fernández. Las instrucciones son que cada ministro entrante tome contacto con el ministro actual del Gobierno de la Presidenta Bachelet, le ofrezca toda la colaboración y recabe información. Hay una próxima reunión hoy a las 19.00 horas de análisis de la información recabada y de los lazos ya generados para efectos de la colaboración en el trabajo de la recuperación del país y del manejo de la emergencia”, dice María Luisa con su lenguaje claro y cuidado, hablando con prisa y con precisión. “¿Cómo ha sido la disposición del actual Gobierno en esta coordinación?”, le

pregunto. “De ambos lados ha sido total entrega de generosidad. Aquí primero está el país y aquí ya no existen colores políticos”, remata Brahm.

Apenas estoy apagando la grabadora cuando mi entrevistada me dice que está saliendo Rodrigo Ubilla, que él es el que asumirá como Subsecretario del Interior, que lo entrevisté a él mejor. “¡Rodrigo, Rodrigo! Esta chiquilla viene de El Mercurio, cuéntale de la reunión”, le dice con soltura. Ubilla es un hombre que a primera vista impacta por el gran tamaño de su cabeza, según se lee en la página oficial del Ministerio al que aún pertenece a la fecha, es casado y padre de cuatro hijos. Sociólogo titulado en la Universidad de Chile y Magister en Ciencias Políticas de la Universidad de Austin Texas. Ha desarrollado consultorías al Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En el ámbito académico, se ha desempeñado como profesor de la Universidad Adolfo Ibáñez. En materia política fue fundador y subdirector del Instituto Libertad, posteriormente Secretario General de Renovación Nacional entre 1994 y 1997.

“A primera hora de la mañana tomamos contacto con el Ministerio del Interior, hay que recordar que la Onemi depende de la Subsecretaría del Interior. En ese momento en la Onemi se encontraba el Ministro y la Directora, porque el Subsecretario se encontraba camino al sur con la Presidenta Bachelet. El objetivo de la reunión era tomar contacto. Asistió el Presidente

electo y la señora Carmen Fernández nos pudo hacer un informe detallado de la situación hasta el momento, estamos hablando de las doce del día. El espíritu del Gobierno, y del Gobierno que asume, es trabajar en todo lo que podamos, en esta fase de información, lo más estrechamente posible, a fin de potenciar en beneficio de la gente que lo está pasando muy mal”.

“Las instrucciones del Presidente han sido tomar contacto con nuestro pares, subsecretario con subsecretario, ministro con ministro, y ponerse a disposición para todos los requerimiento que el par necesite. En la Onemi nos dijeron que estos tres primeros días corresponden a la fase de recabar información, para luego en una segunda fase pasar a las propuestas para resolver las emergencias más inmediatas. Ahora, la reconstrucción es un proceso que, dada la magnitud y la extensión de las regiones comprometidas, será una etapa bastante larga. El Presidente electo le pidió formalmente a la directora de la Onemi, Carmen Fernández, dada la emergencia y dado el desempeño que ella ha tenido en la historia del cargo, que continuara en él. Ella consideró que dada la magnitud, lógicamente iba a estar acompañando todo este proceso”, me declaró en grabadora Rodrigo Ubilla. Pese a sus palabras, los días de Carmen Fernández en la conducción de la Onemi ya estaban contados, ella misma presentó su renuncia un día antes que Sebastián Piñera asumiera su mandato.

Nada en ese momento hacía pensar que a más de dos años de aquella conversación, el ex subsecretario de Interior Patricio Rosende y la mencionada ex directora de la Onemi -conocida popularmente por su parecido al personaje cómico del humorista Felipe Izquierdo, la Elvira-, serían formalizados por cuasidelito de homicidio junto a otro seis funcionarios del Gobierno de Michelle Bachelet. En mayo del 2012 comparecieron ante el Séptimo Juzgado de Garantía de Santiago el ex subsecretario del Interior, Patricio Rosende; la ex directora de la Onemi, Carmen Fernández; el jefe del Shoa (Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada) , Mariano Rojas; el ex jefe del Centro Nacional de Alerta Temprana (CAT), Johaziel Jamett; el ex jefe de turno de la Onemi, Osvaldo Malfanti; el sismólogo de la Universidad de Chile, Carlos Aranda; el ex jefe de turno del Shoa, Mario Andina; y el ex director de Oceanografía de la misma entidad, Andrés Enrique.

Eran las 14.42 horas y yo me sentía contenta porque tenía la primera exclusiva de verdad desde que había comenzado la práctica en el diario. Era la única periodista que había conseguido declaraciones de primera fuente de las instrucciones que Sebastián Piñera había entregado a su equipo. Pese a que me gané las felicitaciones de mi coordinadora de sección, Gloria Faúndez, cuando se lo conté por teléfono, comprendí más tarde que una llamada de cualquiera de mis compañeros hubiera conseguido la misma información, pero al menos yo había logrado entregar directrices y estaba contenta.

1.2 Ironías en la Onemi

Tras conseguir, no con poca dificultad, tomar un taxi que se demorarían mucho tiempo en reembolsarme, llegué por fin a la redacción de Av. Santa María 5542. Fue allí que pude ver las primeras imágenes por televisión. Ver a los reporteros con los clásicos impermeables despachando en medio de las inundaciones en las zonas costeras, las clásicas imágenes que los “reporteros ciudadanos” grabaron desde sus celulares justo en el momento en que el mar se llevaba casas completas o caían edificios. Pude sentirme estúpida por mi pensamiento de la madrugada. Ahí tenía las grietas en la tierra que esperaba, y para no ser modestos con los efectos especiales de la vida real, había llanto, muertos, desaparecidos y caos por doquier. Lo cierto es que hemos visto decenas de veces esas escenas en los noticieros cuando es Tailandia o Vietnam, pero el factor de la distancia siempre atenúa el impacto. Esta vez nos había tocado a nosotros, esta vez eran nuestras familias, la destrucción de nuestras ciudades, el sufrimiento de nuestra gente, aquí, a la vuelta de la esquina, un par de kilómetros al sur.

Es difuso el tiempo transcurrido, pero los registros dicen que a las 19.00 horas me encontraba en las dependencias de la Onemi. Era un chiste de mal gusto el estado en que se encontraba ese recinto de la calle Beaucheff, a un costado del Parque O'Higgins. Las grietas, el polvo y el deterioro natural del

edificio resultaban una irónica metáfora de lo que se avecinaba para la institución. Me habían llevado hasta allá en uno de los móviles permanentes que tiene la sección de Policial. El servicio de radiotaxis asociados con El Mercurio, que son tres, estaban, como todo en el país, con un colapso en el servicio. La espera podía ser de horas. Pedro Lezaeta, un peso pesado de la sección Policial, periodista con muchas influencias entre las policías que lleva años cubriendo, había llamado para exigir que le enviaran a alguien a la Onemi lo antes posible, que estaba solo y no daba abasto.

Lezaeta tiene un particular sentido del humor, por decirlo de alguna manera. No se caracterizaba por tratar con mucho respeto a las practicantes, a las que solía llamar “bailarinas de Yingo”. “Yo me ocupo de los uniformados y tú de los civiles”, me dijo.

Me pasé el resto de la tarde tomando cuñas de Magdalena Matte, la primera ministra de Vivienda del gabinete de Sebastián Piñera. En ese momento se hablaba de 500 mil casas destruidas y más de 1 millón y medio con daños severos, en cifras preliminares. Finalmente más de 2 millones de chilenos se vieron damnificados, lo que corresponde a más del 10% de la población nacional. Las irregularidades en su cartera en torno al Caso Kodama terminarían costándole el cargo a aquella mujer. Matte sería la quinta ministra de la administración Piñera en dejar su cargo en abril de 2011. Antes de ella

salieron del Gobierno Ricardo Raineri (Energía), Camila Merino (Trabajo), Felipe Morandé (Transporte y Telecomunicaciones) y Jaime Ravinet (Defensa).

Andrés Velasco, el titular de Hacienda de Michelle Bachelet, y Edmundo Pérez-Yoma, de la cartela de Interior, también quedarían registrados en mi grabadora. Ambos se refirieron a asuntos generales, a expresar el trabajo que se estaba realizando arduamente, a las ayudas que se estaban entregando, los recursos con que contaba el Gobierno para enfrentar la emergencia. Los periodistas se atropellaban para hacer sus preguntas, se abrían espacio a empujones entre los colegas, hablaban unos encima de otros y poco y nada les respondían las autoridades, sino con evasivas y generalidades. Hasta el momento la preocupación seguía siendo la necesidad de la gente, aún yo no escuchaba nada de saqueos, vandalismo, ni protección de las empresas.

Esa noche regresé a mi casa, a la oscuridad de mi población que pasó más de una semana sin luz y un par de días sin agua. Llegué a contarles a mi madre y mi hermano lo que había visto, lo que había escuchado, lo que había sentido.

El 27 de febrero en Chile cambiaron muchas cosas, o poco a poco comenzó a notarse que no había cambiado nada. Lo que más cambió fui yo misma. Las personas y las situaciones que se me cruzaron en el camino me

desafiaron a tirar el hilo de la madeja, a llevar su testimonio a los ojos de los demás, a no temer en denunciar que no hay excusa para tanto abuso, y que no hay excusa para no cubrirlo como periodista. El 27 de febrero de 2010 viví mi primer terremoto, obtuve mi primera exclusiva, me gané la confianza y el respeto de Pedro Lezaeta y comenzó, de cierta manera, el bichito dentro de mí que me sumergió en tratar de comprender qué es aquello que llaman de forma tan familiar “el orden público”, qué significa en la práctica, a qué intereses responde y qué cosas es capaz de hacer un Gobierno de supuesto carácter democrático en su nombre.

CAPÍTULO 2: EL NUEVO (DES)GOBIERNO

2.1 El día previo al cambio que no cambió nada

No es que yo hubiera sido la practicante del diario que haya estado destinada, de punto fijo, todos los días en La Moneda, pero por esas fechas pasaba mucho tiempo en el Palacio. Conocía bien el funcionamiento de “la copucha”, el nombre informal de la sala de prensa de la Casa de Gobierno, y los eternos paseos por el Patio de Los Naranjos y el Patio de los Cañones esperando que alguien saliera a dar declaraciones sobre algo.

El ambiente estaba enrarecido. Funcionarios se paseaban con las típicas cajas en las que meten sus artículos personales al desocupar sus escritorios. Las conversaciones del comedor en la hora del almuerzo giraban en la incertidumbre del quién se queda y quién se va. Los periodistas que llevaban años cubriendo La Moneda se despedían afectuosamente de los jefes de prensa de los gabinetes allí presentes; el Ministerio del Interior, la Secretaría General de la Presidencia, la Secretaría General de Gobierno y el Ministerio del Desarrollo Social.

Había momentos raros y divertidos, como cuando llegaron los cuadros oficiales de Sebastián Piñera, esos que se ponen en todas las reparticiones del

Estado. Los colegas comentamos el cambio de imagen que proyectaba. Mientras la foto de Michelle Bachelet la mostraba con un sobrio traje blanco posando frente a un sencillo fondo entre azul y gris, su sucesor había optado por mostrar los dientes en una sonrisa que no deja de darme miedo por el rictus tan raro que hace él frente a las cámaras. Además, había incorporado la bandera y la cordillera de Los Andes como fondo.

Mucha más polémica en cuanto a imagen causaron los logos que ha presentado su Gobierno, donde más allá de los comentarios expertos, la mayoría de los mortales simplemente los encontró demasiado feos y faltos de creatividad.

Me pregunté qué se haría con esa cantidad de cuadros de Michelle Bachelet que tenían que salir de decenas o tal vez centenares de oficinas del Gobierno. No me sorprendió descubrir que estos cuadros se ofrecen a la venta por las páginas de comercio en internet, por la suma de 65.000 pesos (140 dólares aproximadamente), “con el membrete de agua de la presidencia” incluido. El ingenio chileno no tiene límites. En un país donde todo tiene precio, todo es parte del mercado, incluso los servicios públicos y los derechos sociales.

Era miércoles 10 de marzo de 2010, un día antes del cambio de mando

oficial. Michelle Bachelet declaraba “siempre voy a estar con la gente”, en su última actividad en terreno como Presidenta de Chile. Había escogido la localidad de Bucalemu, en el borde costero de la VI región. A eso de las 21.00 horas Bachelet sorprendió con una transmisión en cadena nacional de despedida que se emitió en los noticieros de todos los canales. La ex mandataria aseguraba que la ayuda había sido distribuida, que los temas más urgentes ya estaban resueltos, que habían restablecido el orden público. Agradecía profundamente a las Fuerzas Armadas, a Carabineros de Chile, por la labor desempeñada y anunciaba medidas económicas en ayuda de los afectados.

“Entregamos un país más justo y solidario, respetado internacionalmente y con una amplia credibilidad de sus autoridades”, dijo la primera mujer en presidir la nación. El 10 de marzo de 2010 Michelle Bachelet se despedía apelando a la solidaridad en la tragedia, mientras Sebastián Piñera jugaba un partido de fútbol con Evo Morales, Presidente de Bolivia, en la Escuela de Carabineros.

En la madrugada de ese 10 de marzo de 2010 Iván Rojas y David Riquelme habían sido detenidos durante el toque de queda en la comuna de Hualpén. Christian Fauré, Dayenú Meza y Bernardo Ortega habían pasado esa noche hacinados en la 4^o comisaría de Hualpencillo. Estaban recluidos junto a

otros acusados de saqueo y no hubo espacio para recibir a los detenidos del toque de queda. En la mañana de ese 10 de marzo David Riquelme no vivió para contarlo, ni para escuchar las lindas palabras de Michelle Bachelet. Pero nada de eso tenía que ver conmigo todavía.

2.2 Piñera es yeta

Era jueves y todo se había dispuesto para que la ceremonia fuera austera, acorde con las circunstancias del país, respetando el sufrimiento de la gente. Lo cierto es que la derecha había ganado la presidencia después de 20 años del “regreso a la democracia” y no podía ni siquiera celebrar un cambio de mando a sus anchas. Pero eso era lo de menos, la tierra le tenía sorpresas al nuevo mandatario, aunque no todos los chascarros de su investidura se los puede achacar a la naturaleza. 7.2 grados de un nuevo movimiento telúrico y una réplica de 6,9 en la escala de Richter eran sus regalos de bienvenida. En un principio se dijo que fueron réplicas, luego se aseguró que fue un fenómeno independiente al del 27F, aún así se sintieron como un terremoto *aquí y en la quebra' del ají*, como nos gusta decir en Chile.

Lo interesante estaba pasando en la ciudad de Valparaíso, donde se encuentra el Congreso, pero yo estaba a más de 110 kilómetros al oriente, en la capital. Había llegado a la redacción de El Mercurio por la mañana y al poco

rato recibí instrucciones de irme hacia La Moneda. Conversaba cosas irrelevantes con el conductor del radiotaxi, mientras viajábamos por Av. Teatinos en pleno centro de Santiago, cuando el hombre me dice “está temblando”. El paisaje a nuestro alrededor eran los edificios del centro cívico, muchos de ellos agrietados por los años pero resistentes en su estructura.

El mayor peligro era para los transeúntes que podían ser impactados por el desprendimiento de alguna cornisa. Así lo advertimos al ver cómo una mujer le gritaba a un joven, que caminaba escuchando música con grandes audífonos, para que se alejara de la vereda donde caía polvo de un antiguo edificio en la esquina de Av. Teatinos con Av. Compañía.

El 27 de febrero el sismo se había producido de madrugada, cuando la mayoría de la gente estaba en sus casas, en un día de descanso. En ese entonces, por el contrario, eran las 11.39 de un día jueves, con todo el mundo en sus puestos de trabajo. Los postes del alumbrado público se balanceaban como juncos en el viento y el auto patinaba en el pavimento de la calle pese al freno de mano que había puesto el chofer.

El epicentro había sido en la VI región, esta vez en tierra firme, a penas a 144 kilómetros al sur de Valparaíso. La Oficina Nacional de Emergencia (Onemi) lanzó una alerta de tsunami para las zonas centro sur de Chile,

incluyendo Valparaíso. Desde luego no querían cometer los mismos errores. Faltaban apenas 20 minutos para el cambio de mando y los invitados nacionales e internacionales estaban llegando a la ceremonia cuando la gente comenzó a correr por las calles aledañas hacia los sectores de mayor altura. Era la primera sorpresa de 7.2 grados Richter según el departamento sismológico de Estados Unidos, el movimiento más intenso desde el 27F.

Cuando llegué a la Casa de Gobierno lo primero que hice fue mirar las grietas del edificio, que por suerte estaban en la parte interior, visibles desde el Patio de los Cañones. No había señales de un mayor deterioro y me alegré por eso.

En 'la copucha' los periodistas estaban siguiendo la transmisión en vivo de la ceremonia en el Congreso de Valparaíso por la televisión, sentados en los sillones, comentando cada detalle. En una dinámica muy distendida se comentaban los trajes de los asistentes, las caras de nerviosismo, la mala suerte del Presidente, y cosas de ese estilo. En eso estábamos cuando la tierra decidió sacudirse nuevamente. “Definitivamente Piñera es yeta”, comentó uno de los colegas, desatando las carcajadas de los demás.

Transcurrido el tiempo podría decirse que aquel periodista lejos de estar equivocado era prácticamente un visionario. A este trágico terremoto que

afectara la zona centro sur del país al inicio de su Gobierno se le sumaron los litigios territoriales y marítimos con Perú y Bolivia, la huelga de hambre Mapuche, el derrumbe de la mina San José (con el rescate de 33 mineros atrapados), las controversias respecto a su patrimonio empresarial y el incendio de la cárcel de San Miguel (con el fallecimiento de 81 reos), tan solo en el primer año de su mandato. Mientras durante el año 2011 tuvo que enfrentar una potente movilización estudiantil -incluso más fuerte que la que enfrentó Bachelet en el 2006-, alzamientos sociales en la zona de Aysén, el rechazo nacional a HidroAysén -principal proyecto de abastecimiento eléctrico-, el accidente aéreo de Juan Fernández, y niveles de aprobación de apenas el 26%, por nombrar solo algunos hitos.

Las escenas del cambio de mando por televisión eran elocuentes. Las caras de nerviosismo mutaron a evidentes caras de preocupación. Presidentes de todas latitudes miraban el techo asustados. El príncipe Felipe de España digamos que perdió levemente la compostura que caracteriza a la realeza.

Las fotos de mandatarios y autoridades retratados justo en el momento de la reacción natural de miedo circularon por los medios de todo el mundo, y la verdad es que son bastante graciosas. Como diría mi amiga Patricia, salen con 'cara de circunstancia'. No es que yo sea cruel, es que en Chile estamos acostumbrados de cierto modo, y las reacciones de muchos invitados

extranjeros nos parecían un tanto exageradas.

Hubo cerca de 1.100 invitados en el cambio de mando, entre los que se contaban los presidentes de Argentina, Colombia, Costa Rica, Panamá, Ecuador, Guatemala, Brasil y Paraguay, mientras que desde España llegó el Príncipe Felipe. También estuvieron presentes el vicepresidente de República Dominicana, el delegado del vaticano Aldo Cavalli y los cancilleres de El Salvador y Portugal, además de delegaciones de Israel, Croacia, Argelia, Reino Unido, India, Siria, Gabón y Líbano, entre otras.

Dicen que la de aquel jueves 11 de marzo fue la ceremonia más austera desde el juramento de Juan Antonio Ríos en 1941, que debió asumir rápidamente por la muerte de Pedro Aguirre Cerda. Sebastián Piñera juró ante la patria, a diferencia de sus dos predecesores que por ser ambos agnósticos, prometieron.

A juicio de los periodistas que trabajaban aquel día en La Moneda, observando los detalles en televisión, la falta de protocolo había sido casi vergonzosa. A los temblores se le agregaron una serie de chascarros uno tras otro. Tartamudeos y confusiones del senador Pizarro que oficiaba la ceremonia, el tamaño exagerado de la banda presidencial que acentuaba la baja estatura de Piñera, la pérdida momentánea de la piocha de Bernardo O'Higgins que la

ex mandataria debía traspasarle como se hace desde que la patria es patria en el 1823, fueron algunos de aquellos inconvenientes.

Justo en el momento posterior al juramento de Sebastián Piñera Echeñique, Jaime Pizarro mira de reojo a Michelle Bachelet como queriendo decirle “ya pues, sácate la banda presidencial”, mientras ella le rebatía algo que no se escuchaba por la transmisión oficial. Piñera miraba parado al lado sin saber qué hacer. Las risas en la audiencia se hicieron escuchar. Luego de unos tensos segundos, Michelle se retira la banda tricolor y la entrega, aunque es otra que proviene de atrás la que le pone el senador Pizarro al Presidente al investirlo. La voz del relator oficial anuncia el traspaso de la piocha, mientras Bachelet no se daba por aludida sino hasta segundos después en que el relator debe repetir la misma frase. Ya había comenzado a sonar el himno nacional cuando las autoridades militares seguían acomodándole la famosa piocha a Sebastián Piñera. Es una secuencia muy divertida, que está igualmente disponible de revisar por internet.

Eran las 12.19 horas del mediodía y Chile tenía un nuevo Presidente. “Muy de derecha serás, pero a eso le llamo yo comenzar con el pie izquierdo”, pensé irónicamente.

2.3 La puesta en escena

La primera conferencia de prensa de Ena Von Baer, quien asumió como vocera de gobierno y se hizo popular por culpar de todo asunto de cualquier índole a la gestión del gobierno anterior, es algo que recuerdo especialmente.

La gente andaba como desorientada. María Inés Mendieta, la Manena, había asumido como jefa de Prensa de la ministra Secretaria General de Gobierno. La periodista egresada de la Universidad del Desarrollo en Concepción había sido investigadora por casi una década en el Instituto Libertad y Desarrollo, además de desempeñarse en el mundo del marketing. Un perfil que se repetía en la mayoría de los recién llegados.

La Manena y su equipo tenían la misión de preparar la primera vocería del nuevo mandato, y desde luego, no tenían idea dónde instalar los equipos de sonido, cómo acceder a internet en la sala de conferencias o asuntos tan básicos como la ubicación de los enchufes de la sala. Daba una ternura maternal verlos improvisar preguntándolo todo.

Ena Von Baer, que posteriormente sería senadora designada en el Congreso, apareció con un entallado vestido gris oscuro hasta las rodillas, con corte redondo y un detalle de pliegues muy moderno en la parte superior. El

pelo cuidadosamente ondulado en peluquería, la mujer lucía segura y atractiva. Sin embargo, la seguridad le duró poco. En la primera frase de entrada se equivocó diciendo presidente electo, en vez de simplemente presidente. Esa tensión en sus palabras, esa suerte de nerviosismo exacerbado la caracterizó siempre en su paso por la vocería, agregado a su increíble talento para desviar los temas y no responder a las preguntas de los medios.

Eran las 17.20 horas del 11 de marzo. Von Baer habló sobre las modificaciones en el programa de Sebastián Piñera, que había visitado Rancagua por los sismos ocurridos en el mediodía. Salirse de libreto es una de sus prácticas favoritas. En su primer día como Presidente de la República, Piñera estuvo en Constitución además de Rancagua, quería dar una señal de “presidente en terreno, tomando decisiones rápidas”, según las propias palabras de la vocera.

Los medios tradicionales ya habían adelantado que el nuevo mandatario llegaría a La Moneda en un Ford Galaxy, el mismo que había usado Salvador Allende en 1970 y que había retomado como tradición Ricardo Lagos en el año 2000. El trayecto saludando a la gente fue por la Alameda, desde Av. General Velázquez hasta el Palacio de Gobierno. Cerca de las 21.00 horas caminó por la alfombra roja y unos 15 minutos después apareció junto a su esposa, Cecilia Morel, por el balcón principal, decorado con la bandera y el escudo patrio, para

pronunciar su discurso frente a la Plaza de la Constitución.

Fueron 26 minutos de un nacionalismo exacerbado. Con el paso del tiempo los chilenos aprendimos muy rápido el tipo de discurso largo, con un exceso de adjetivos calificativos, y muy moralista -como si fuera una constante charla motivacional- que caracterizan las intervenciones del empresario presidente.

En esa casi media hora que se me hizo eterna, si algo me llamó la atención fue su mención respecto de una “nueva transición”, refiriéndose a que su Gobierno encabezaría un segundo cambio desde el retorno a la democracia (1990), haciendo un énfasis en la unidad de las Fuerzas Armadas, la Iglesia y la sociedad civil. Siento que aquella unión mencionada refleja de forma muy clara lo que fue el desarrollo de su Gobierno, marcado por el autoritarismo, la represión y la moralidad católica.

Tras la puesta en escena, Sebastián Piñera tuvo de inmediato su primera reunión de gabinete, la que no era más que una segunda puesta en escena. Sentados todos en una larga mesa, ubicado el Presidente en el puesto central, todos los secretarios de Estado tenían frente a ellos encima de la mesa una carpeta blanca y un casco blanco, porque claro, esos detalles son importantes. Finalizado ese encuentro, acto seguido se reunió con su recién conformado

Comité de Emergencia, era muy importante demostrar el sentido de urgencia.

Ese jueves 11 de marzo de 2010, el diario La Tercera había titulado “Piñera asume hoy y anuncia comité de reconstrucción”, y más abajo, en la última línea de su portada se leía: “Detienen a 5 marinos por golpiza y muerte de hombre en Hualpén. Se trata de dos sargentos, un soldado y dos conscriptos que habrían propinado golpes a un poblador de 45 años, durante el toque de queda de ayer en la comuna de la VIII región”. Esa noche llegué tarde y cansada, me dormí sin sospechar que aquel hombre se llamó David Riquelme, que Iván Rojas era su amigo desde la infancia y por eso lo había acompañado a comprar cigarros pese al toque de queda, que era el único de los hijos de doña Elsa que aún vivía con ella y la cuidaba en su vejez. No sabía, no tenía como saberlo.

CAPÍTULO 3: DE PASEO POR LA DESGRACIA

3.1 ¡Hasta jaibas, señor Presidente!

Hay cosas que pasan sólo por estar en el lugar correcto y en el momento indicado. Por mucho tiempo me preguntaron qué haría yo trabajando en El Mercurio, un diario que representa los intereses de la derecha conservadora y es tan opuesto a mis ideales. No sabía muy bien qué responder, solía decir que lo importante es aprender cómo funciona por dentro. A pesar de la larga jornada de trabajo que claramente es una explotación, yo allí aprendí muchísimo e hice cosas y conocí personas que no hubiera conocido de otra manera. Una de esas cosas fue haber ido a cubrir las giras presidenciales a las zonas afectadas con Sebastián Piñera.

Me tocaba trabajar ese fin de semana. Mi jefe de turno era Sebastián Rivas y eso hacía mucho más cómoda la labor. El Seba también era de la Universidad de Chile y había sido el ayudante en la clase de Lenguaje y Cultura en mi primer año de la carrera, actualmente es docente en la Escuela de Periodismo y trabaja en la revista Qué Pasa. Él me lo había explicado todo al llegar al diario; las dinámicas, los programas para acceder a la base de datos, el sistema de almuerzo, etc. Teníamos una empatía especial y eso me hacía estar menos nerviosa de tener que reportarme a él y no a otro.

El taxi me recogió en mi casa muy temprano por la mañana para llevarme al Grupo 10 de la Fach (Fuerza Aérea de Chile). El sábado 13 y el domingo 14 de marzo de aquel 2010 viajé con la comitiva presidencial a recorrer las regiones VII y VIII. Todo lo que vi, presencié, escuché y sentí en esos dos días fue trascendental para entender la sociedad en que vivimos, el comportamiento de las autoridades, la irracionalidad de los medios de comunicación tradicionales y la impotencia de no poder hacer nada al respecto.

A las 8.45 am. estábamos abordando el avión, la prensa acreditada –sólo los cuatro canales de televisión principales (TVN, Mega, CHV y Canal 13) y los dos periódicos más importantes (El Mercurio y La Tercera)-, junto al presidente Sebastián Piñera, su esposa Cecilia Morel, Rodrigo Hinzpeter ministro de Interior y el senador UDI Víctor Pérez. En menos de una hora arribamos en el aeropuerto Carriel, en la ciudad de Concepción. La entonces Intendenta de la región, Jacqueline Van Rysselberghe, nos esperaba para dirigirnos hacia Talcahuano, el lugar escogido para anunciar los proyectos de ley de emergencia y de reconstrucción.

A los periodistas y camarógrafos nos trasladaron en una camioneta. La jefa de Prensa de Piñera, Carla Munizaga, se preocupaba en todo momento de nuestro transporte y comodidades. Esa mujer debería tener un monumento por

su infinita paciencia. Lidiar con Sebastián Piñera en términos de imagen mediática debe ser sumamente complejo, y en ese viaje me quedó más que demostrado.

Llegamos al sector de Santa Clara, una población ubicada cerca del borde costero. Aunque no estaba en primera línea de mar, nada se interponía en el camino entre el agua y sus casas. Allí escuché los primeros testimonios de la gente que se agolpaba para clamar que la escucharan las autoridades. Mujeres desesperadas, hombres indignados. El olor a descomposición estaba aún presente, pronto entendería por qué.

“Nos ha llegado una sola bolsita de alimento, y dos veces agua mineral. Pero resulta que acá tenemos un problema sanitario, imagínese que aquí tenemos al lado las pesqueras, donde se salió todo. Resulta, señor Presidente, que aquí la autoridad máxima ni siquiera se apareció. El alcalde ni siquiera se acercó a esta población, y lo llamamos y le suplicamos. Resulta que nosotros no somos saqueadores, señor Presidente, somos de la clase media trabajadora, gente que trabaja en el mar, gente que trabaja en el astillero de Asmar, y pagamos un dividendo de 200 mil pesos, ¿cómo vamos a poder comprar cosas? Eso es lo que necesitamos, que nos ayuden con los alimentos del hogar, porque no tenemos nada. Nos quedamos sin nada, ni siquiera una cama para dormir. Tenemos hijos en la universidad, ¿con qué vamos a pagar

este año? Solamente tenemos la plata para intentar empezar de nuevo y arreglar un poco la casa. No tenemos agua todavía, hace 15 días, y están las casas llenas de barro, llenas de pescados, ¡hasta jaibas, señor Presidente!”. Esas fueron las palabras de la primera mujer que captó su atención.

“¿Hasta qué altura entró el agua en sus casas?”, fue lo que preguntó el Presidente ante el testimonio que acababa de escuchar. “Hasta el primer piso, poco más”, le respondían. “¿Frontal o de lado?”, volvió a consultar. “De lado”, responde uno. “Se juntaron dos, porque la bahía es una herradura, entonces se juntó al medio, justo aquí”, agrega otro. “Mejor vamos a mostrarle las casa para que las vea”, dice un tercero.

Caminamos un tramo no muy largo seguidos por la multitud. Pensé en ese momento que había acertado con mi ropa informal y mis zapatillas cómodas. Abrirse paso entre la gente, en medio del barro, intentando no perder de vista a mis protagonistas en ningún minuto, grabadora en mano recogiendo las impresiones de la gente, no era tarea fácil. Llegamos frente a una casa que había quedado con las vigas descubiertas.

En ese momento conocí lo que sería la tónica de Sebastián Piñera durante la gira. Una especie de modelo para la foto, una persona que se intenta proyectar como un osado hombre de acción, una persona efectista en su actuar,

tanto como en sus palabras. El Presidente no tuvo una idea mejor que subirse a las vigas de aquella casa para hablar a la comunidad desde allí arriba. Lo sorprendente para mí fue que nadie hizo ningún esfuerzo por detenerlo en lo que me pareció una evidente, y además ridícula, conducta de riesgo para la máxima autoridad del país.

Montado en aquellas maderas, visiblemente inestables, habló a la gente de Santa Clara. “Podríamos decir que esta es la verdadera zona cero. El lugar más golpeado por la tragedia. Como lo hace cualquier madre y cualquier padre, sé que la ayuda tiene que llegar de forma prioritaria a los sectores que fueron más golpeados y más afectados. Entre esos están ustedes, Santa Clara, están Las Salinas, Luján, Santa Juana. Lo más importante fue el problema de los que perdieron la vida y los que estaban desaparecidos, porque la vida humana es lo único que no se puede recuperar”, dice Piñera.

Un joven lo interrumpe desde una mediana distancia. “Les dijeron que volvieran a sus casas, señor Presidente, y ahí perdieron la vida”, sentencia. “Lo sé”, contesta él, y prosigue: “lo sé y eso es lo más doloso de la tragedia, porque todo lo demás también es doloroso, pero es materialmente recuperable”. Les dijo que lo principal en la emergencia era despejar el barro de las casas y calles, y restablecer el suministro de agua potable y de electricidad. Después vendría la etapa de restaurar las viviendas que habían sufrido un tremendo

daño. Señaló haberlo visto “con sus propios ojos” junto a la Intendenta y al ministro del Interior.

“Sé que muchos de ustedes temen por sus fuentes de trabajo, y tenemos un camino muy largo por delante. Pero yo les quiero decir una sola cosa, lamentablemente no podemos hacer milagros, es lo único que no podemos hacer. Todo lo demás, y especialmente en una zona tan afectada como esta, créannos, haremos todo lo que esté en nuestro alcance para poder llegar con la ayuda oportuna que ustedes necesitan. Yo los veo ahora a ustedes, veo en los ojos la desesperación, la angustia, el sufrimiento y el dolor. Así que les pido que, a pesar de toda la adversidad, tengamos la fuerza para ponernos de pie y juntos vamos a reconstruir Santa Clara”, finalizó Sebastián Piñera.

Una ola de preguntas atropelladas y sentencias en voz alta comenzaron a surgir de todas partes. “No queremos vivir en carpas, somos cientos de familias que estamos allegados”, “¿qué va a pasar con los créditos hipotecarios?”, “nos ofrecen *mediaguas*, pero ¿cómo vamos a preferir *mediaguas* por sobre nuestras casas?”, “¿van a reconstruir aquí mismo o van a reubicarnos?”, y así muchas otras que no se alcanzaban a distinguir entre el bullicio. Preguntas que no fueron contestadas, había que continuar con el itinerario que contemplaba seis localidades más.

Subimos en la camioneta de la prensa y seguimos a la comitiva, nos dirigíamos al centro de Talcahuano. Fueron mis primeras imágenes en vivo de la destrucción en un área urbana y comercial. Tiendas abiertas con sus cortinas metálicas aplastadas. Oficinas vacías, desvalijadas y aún cubiertas de barro. Parecía aquella típica escena del pueblo fantasma en las películas, hasta que vi a un militar parado en la esquina, con su uniforme verde, su arma de servicio en mano, en posición de guardia. Y en la otra esquina, otro militar. Entonces me recorrió una sensación de repudio. La escena ya no parecía una ciudad fantasma, era la viva imagen de un lugar sitiado, la guerra, la opresión. No sería la única vez en que me enfrentaría a la imagen de militares en las calles en ese mes de marzo.

Allí, junto a la bahía, en el Molo Blanco de Talcahuano, Sebastián Piñera anunció los proyectos de ley de emergencia y de reconstrucción. Un paquete de medidas económicas, comités interdisciplinarios trabajando en la emergencia. En poco más de 20 minutos el Presidente le dio la portada de los diarios del día siguiente a la prensa. Yo registraba en mi grabadora, tomaba apuntes en mi libreta, sería lo primero que le informaría por teléfono a mi jefe de turno, mi amigo Sebastián Rivas.

“Vamos a necesitar un esfuerzo muy especial de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden. Las Fuerzas Armadas están para proteger la seguridad

externa de nuestro país, la soberanía del territorio, el mar, nuestros límites. Pero también están para prestar toda su asistencia y apoyo; su logística, su organización, su compromiso y su patriotismo en tiempos de adversidad como los que estamos viviendo”, dijo Sebastián Piñera. Meses después, en mis conversaciones con el Almirante (R) Roberto Macchiavello, no sabría decir qué tan de acuerdo estaba él con esas afirmaciones sobre el rol de sus hombres.

El remate de las palabras del Presidente siempre son de carácter moral, y agradezco que existan las grabadoras para poder recordar dichos como esos, porque cuando reprimió duramente a estas mismas personas en los años siguientes, no creo que el Presidente recordara lo que les había prometido aquel 13 de marzo: “Los que no han recorrido las zonas afectadas, les pido que sientan el dolor de sus hermanos como si fuera propio. Quiero que sepan que el Gobierno hace suyos sus dolores y sus sufrimientos, y también que sepan que el Gobierno va a estar junto a ustedes y que no los va a dejar abandonados”.

“¿Tiene alguna estimación del plazo de duración del toque de queda, cuánto tiempo más va a ser necesario mantenerlo en la VII y VIII regiones?”, le preguntó Mónica Rincón, periodista de Televisión Nacional de Chile. La colega por esos días fue reconocida por haber sido la primera en transmitir en directo después del terremoto, prácticamente con pijama y sin maquillaje, toda una heroína de los medios.

“El toque de queda es una facultad del jefe de Plaza (autoridad militar de cada región). Yo me reuní con los tres jefes de plaza de las regiones declaradas en Estado de Catástrofe, y lo que les he pedido es que tengamos toque de queda todo el tiempo que sea necesario para garantizar el orden público y la seguridad ciudadana”, le contesta Piñera, desatando los aplausos de la concurrencia. “Yo quisiera que ese plazo fuera lo más corto posible, pero no vamos a cometer el error de levantar el toque de queda antes que tengamos la certeza de que la tranquilidad de cada persona, y especialmente los damnificados por esta tragedia, esté asegurada”, agregó.

Por cierto que hubo gente que agradeció ese gesto, esas palabras, y aquella presencia militar en las calles. Ninguna de ellas está dentro de las personas que yo conocería en Concepción y Talcahuano meses después, quienes sólo tenían humillaciones y malos recuerdos de ese aclamado toque de queda, de esas patrióticas y organizadas Fuerzas Armadas y de Orden.

3.2 La verdadera fuerza del mar

Ya eran casi las 13.00 horas cuando nos trasladamos con toda la comitiva a la base naval de Talcahuano. Dos veces volví a visitar ese lugar, y nunca lo vi como en ese sábado de marzo.

Allí se sumaron las autoridades pertinentes, el entonces ministro de Defensa Jaime Ravinet, el Jefe de Estado Conjunto Cristián Le Dantec, y el comandante en jefe del Ejército, Juan Miguel Fuente-Alba. Las historias de la base naval también eran tristes, muchas familias viven en la base, y el agua arrasó con gran parte de la infraestructura. Por suerte, estaba finalizando febrero y un gran número de marinos aún no regresaba de sus vacaciones sino hasta el lunes. Justamente por ser fin de semana, era menos el contingente que se encontraba de guardia aquella madrugada del 27F.

En la base naval, algunos metros hacia adentro del recinto militar, está instalado Asmar (Astilleros y Maestranzas de la Armada), empresa del Estado de administración autónoma que se dedica a las reparaciones, carenas y construcciones de las unidades de la Armada de Chile, para terceros nacionales y extranjeros.

Si uno mira una foto aérea de lo que es Asmar en Talcahuano, nota claramente que es una especie de península que se adentra hacia el mar, apenas conectada por una estrecha franja de tierra. Lo que se observa a simple vista son instalaciones enormes del tipo *container*, y diversas embarcaciones al rededor. En palabras técnicas, tal como se describe en su sitio web, el astillero cuenta con dos diques secos, cinco diques flotantes (dos de ellos techados),

sobre 1.100 metros lineales de muelles y sitios de atraque con todos los servicios asociados, una grada de lanzamiento y modernos centros de producción en las áreas de estructuras, electricidad, mecánica, combustión interna, máquinas, herramientas, calderas y cañerías, electrónica, sistemas de armas, mecánica de armamentos, hidráulica, metalurgia, carpintería, terminaciones, etc. Esta descripción previa es necesaria, para que se pueda dimensionar a cabalidad el tipo de maquinaria pesada que se encuentra en el lugar.

Debo confesar que en esos momentos yo me distraje profundamente de mi trabajo. Sé que Sebastián Piñera junto a Jaime Ravinet se montaron en una escalera para subirse a uno de los diques secos. Nuevamente esa era otra de las actividades de esta gira donde lo importante era la foto de un presidente de acción, y para eso estaban los reporteros gráficos. Pero cómo no iba a distraerme, si los ojos no daban crédito a lo que estaban viendo.

Para poder llegar hasta ese lugar, en que Piñera se quiso subir al dique seco, habíamos recorrido un trayecto complicadísimo, escalando estructuras metálicas, entre el barro, entre escombros. Parecía una etapa de aventuras de video juego con gráfica 3D. En varias ocasiones tuvieron que ofrecerme una mano de ayuda para poder avanzar.

Es difícil poder transmitir una descripción correcta, pero puedo intentar decir que cuando entramos en las dependencias de Asmar pude comprender la verdadera fuerza del mar. Es cierto que ya había visto muchas fotos en los medios, imágenes por televisión de las casas arrasadas por el agua, pero en cierta medida son construcciones medianamente ligeras, sobre todo en las zonas costeras que son balnearios. Había visto al agua arrancar árboles de la tierra, llevarse autos y cosas de ese estilo. Pero en Asmar eran buques gigantescos los que habían sido empujados a tierra firme y se veían volcados hacia un lado decorando el desastre.

Nunca olvidaré el impacto que me provocó una inmensa grúa flotante, que según nos explicaron se encontraba a cientos de metros mar adentro en el momento del tsunami, que se había incrustado dentro de una embarcación y de una construcción de tipo caseta. Era una tremenda grúa metálica que había llegado con el impacto del mar y se había enterrado en medio del astillero sin importar lo que estuviera debajo.

Asmar era una metáfora tremenda, una lección de la naturaleza. En esa bahía de la región del Biobío, había un mensaje en el que nadie parecía reparar. Todos esos inmensos buques, reflejo de un poderío en armamento de guerra, todas esas tremendas máquinas de matar fabricadas por el hombre, con sus mejores materiales, no eran nada frente a la verdadera fuerza del mar.

Los creyentes en la fe cristiana podrían llamarlo 'la mano de Dios'. Yo meditaba, dentro de mi impacto permanente, lo absurdo de seguir a un Presidente de un lado a otro, de verlo escalar un dique, porque es la autoridad máxima y hay que informar a la comunidad de cada uno de sus pasos. Pero, ¿qué autoridad tiene un Presidente ante la realidad, ante el mensaje de la naturaleza misma? A veces estos desastres me hacen reflexionar en cuánto puede la naturaleza causar destrucción y cuánto puede el hombre destruir la naturaleza con sus acciones.

3.3 Los cuerpos debajo y los baños sin casa

Yo nunca pensé en la vida que tendría la oportunidad de subirme a un helicóptero. Entre las muchas cosas que uno imagina en su desarrollo profesional futuro, jamás se me pasó por la cabeza que viajaría en una de esas naves. Incluso, creo que nunca había visto una así de cerca. La tripulación de la Fach, hombres jóvenes, uniformados con el típico traje de Tom Cruise en la película Top Gun, con esos parches bordados con motivos de escudos alados, me parecieron hasta atractivos.

Recibí los tapones de oídos que nos ofrecieron y me los puse, pensando en el intenso dolor que me producen los aterrizajes en avión, pero nos

explicaron que la mayoría los usa por el estruendoso ruido de la máquina más que por otra cosa. Planear en un helicóptero es realmente asombroso. La libertad de su movimiento me impactó mucho. Se desliza muy suavemente por el aire, y la visión aérea que ofrece es alucinante. Yo estaba completamente fascinada de volar en ese Dell 412 de la Fach, hasta que nos dijeron que ya estábamos llegando, que miráramos Dichato.

Eran cerca de las 14:00 horas, sábado 13 de marzo de 2010, y la comitiva presidencial de Sebastián Piñera viajaba en tres helicópteros al balneario de la VIII región. “Parece que hubiera caído una bomba atómica en este lugar”, pensé al contemplar la vista. Poco a poco nos fuimos acercando a lo que de lejos se veía como un montón de escombros repartidos a lo largo de la costa y por varias decenas de metros hacia adentro de la tierra. Un montón de todo y de nada disperso en el espacio. Un lugar arrasado por completo por la fuerza del mar. Una extensión de barro mezclado con los restos de objetos de la vida de decenas de familias que se habían destruido por completo, que lo habían perdido todo.

El ruido de los helicópteros anunció de forma natural la llegada del Presidente. La gente se aglomeró lo más cerca que la ventolera del aterrizaje se lo permitió para recibir a las autoridades. Cerca de 50 mujeres y hombres pobladores de Dichato que vociferaban peticiones una tras otra.

Una chica adolescente se acercó entre la multitud. “Señor Presidente, hay cuerpos debajo de nuestras casas y nadie los viene a buscar. Nosotros no podemos volver allí porque el olor es insoportable”, le dijo. Un escalofrío es lo que se suele decir que recorre el cuerpo en estos casos, pero yo no sé lo que sentí. Creo que algo se me desgarró por dentro, tuve ganas de llorar, de abrazar a esa muchacha, de increpar al Presidente con ella y de salir corriendo de esa película de terror. Sentí tantas cosas a la vez en tan poco tiempo, y me caló tan hondo la indiferencia de Sebastián Piñera, que esa noche fue muy difícil conciliar el sueño, la conciencia. “Lo sé, estamos trabajando señora”, le respondió el mandatario.

En Dichato nada había sido como debía ser, y todo parecía un teatro de lo absurdo. El agua que habían recibido había viajado largas horas por carretera desde Copiapó, ciudad a más de 1270 kilómetros al norte. Las carpas que se habían levantado en campamentos de emergencia provenían de Medio Oriente y se podían leer inscripciones en árabe en sus telas. Lo que relataba la gente de forma alborotada, a cualquiera que llevara las distintivas chaquetas rojas que el Gobierno había repartido entre sus integrantes, era que la ayuda estaba centralizada en Tomé, y que allá la tenían acaparada y no la distribuían para Dichato. Estaban atados de manos por la burocracia del Municipio de Tomé.

Tras el esfuerzo de avanzar entre la multitud, todos los de la comitiva logramos llegar a las camionetas que nos trasportarían a la Villa Fresia, en el sector alto de Dichato, donde cerca de 100 personas esperaban al Presidente con pancartas.

El trayecto entre la costa, donde habían aterrizado los helicópteros, hacia la Villa Fresia fue un nuevo desafío para mi capacidad de asombro. Habíamos avanzado menos de la mitad del recorrido mirando la cantidad de objetos que estaban tirados por todas partes entre los escombros, ropa, fotos, muebles y tantas cosas que no tenían sentido sino en el calor de un hogar, cuando pasamos por un lugar aún más extraño.

A un costado de la calle por donde viajábamos había lo que a simple vista parecía un descampado muy grande, donde cada cierto tramo se levantaba una especie de caseta de concreto de cerca de unos 2 o 3 metros cuadrados. Llamaba la atención porque eran muchas esas casetas todas puestas a la misma distancia unas de otras, decenas de ellas. Estaba tan intrigada que le pregunté al conductor de la camioneta qué eran esas construcciones. “Son los baños de las casas, era la única parte de concreto”, me contestó.

Tardé algunos segundos en procesar lo que el lugareño me había dicho. Resulta difícil entender que me estuviera hablando de casas donde yo no veía nada. Tardé con mucho desconcierto en aceptar que las casas derribadas no estuvieran ahí, en el suelo, conformando una villa de casas caídas. Tardé en dimensionar que el mar había arrasado con todo, y que eso era lo que estaba esparcido por todas partes, que la única evidencia de que allí habían vivido muchas familias eran esas casetas de concreto, los baños sin casa, baños de nadie.

3.4 La desgarradora lista del joven de Chillán

Al llegar a la Villa Fresia comenzamos a caminar por una calle larga, cuesta arriba. Nos mostraron el cuartel de bomberos donde tenían almacenados los galones de agua y algunas provisiones de la ayuda que recibían. Comencé a observar al ministro del Interior, la expresión de su rostro me llamó la atención. Gente le hablaba alrededor, él parecía estar pensando en la nada. Un joven caminaba a su lado.

"Señor ministro, yo soy de Chillán, pero he pasado todos los veranos de mi vida en Dichato. Esta es mi gente, y mi gente se va a morir en la calle si no llegan las *mediaguas*. Hasta ahora hemos resistido bien, pero el invierno nos va a matar a todos. Mi hijo de un año está en Chillán. No lo veo desde el

terremoto, pero no puedo abandonar a mi gente hasta que vea la primera casa en Dichato", dijo el joven. Alto, moreno, de pelo largo recogido en un moño, llevaba ropa *hippianta* y sucia. Caminaba a paso firme junto a Rodrigo Hinzpeter luchando por no perderlo del alcance, hasta que logró captar su atención. El ministro del Interior lo miró a los ojos, por primera vez levantaba la vista del suelo, ensimismado de tanto desastre, del desastre en las narices, en las suelas del zapato, en la garganta seca, en la tierra entre las uñas.

Un circo de aplausos sonaba de fondo, mezclado con el llanto de las mujeres que abrazaban emocionadas a la Primera Dama. "Tan bonita que es usted señora Cecilia, gracias por venir a ayudarnos", le decían. Mientras el chico del moño alto proseguía sus cinco minutos de fama con la lectura de una desgarradora lista. "María Ignacia Moreno, 7 meses de gestación, 1 mes sin recibir control de su embarazo, un hijo de dos años, sin casa, sin familia, cesante. Juana Rosales Cancino, 4 meses de gestación, mes y medio sin control de su embarazo, 2 hijos, sin hogar, marido cesante". Así, con esos o con otros nombres que ya no recuerdo, iniciaba la larga lista de la situación de las mujeres embarazadas de Dichato. Hinzpeter caminaba cabizbajo escuchando en silencio, la mirada nuevamente perdida en el asfalto de la larga calle. Metros más adelante, el Presidente daría un breve discurso alentador, con un megáfono, para que todos escucharan fuerte y claro que el Gobierno había llegado a prometer soluciones.

El joven moreno de ropa *hippienta* seguía con su lista. La voz firme, inquebrantable, sobrecogedora, no sólo había logrado la atención del ministro, también su respeto. "Bien *cabro*, bien", le dijo Hinzpeter mientras le palmoteaba la espalda conmovido. Le tomó sus datos, un número de contacto, se despidió desconcertado y se mezcló entre la multitud agolpada para escuchar al Presidente, para mirar a la señora Morel de cerca, para tomarse una foto con la Intendenta Van Rysselbergue, para darle un abrazo a cualquiera que llevara la chaqueta roja con el escudo de la patria.

Sentí una pena tremenda de saber que por muy amigo mío que fuera Sebastián Rivas, mi jefe de turno de ese fin de semana, no había manera de que lo que yo acababa de presenciar se publicara en El Mercurio, mucho menos en la sección de Política donde trabajaba.

El Presidente Piñera habló desde el megáfono, yo puse mi grabadora al igual que en todos los lugares que visitamos ese día; Talcahuano, Cauquenes, Curanipe y Talca. Tomé apuntes e informé las directrices de sus palabras, que no presentaban nada nuevo bajo el sol de ese verano.

Recordaría muy bien ese día, cuando más de un año después los pobladores de Dichato se alzaron en una protesta porque aún esperaban por la

reconstrucción de sus viviendas. El sábado 16 de julio de 2011 hubo una manifestación a nivel nacional por las falencias en soluciones definitivas de vivienda. A esa fecha cientos de familias permanecían en campamentos. En Dichato, en la zona costera, el campamento El Molino no declinó su manifestación y cerca de las 21.00 horas continuaban con cortes de ruta entre la carretera que une el balneario con Tomé, y enfrentándose con Carabineros. Se retiró la policía para regresar horas más tarde y bombardear el campamento con gas lacrimógeno.

El mismo ministro del Interior que había caminado cabizbajo escuchando los pesares de aquella gente, mandó a reprimirlos con las Fuerzas Especiales de Carabineros, violentando a ancianos, mujeres y niños indistintamente. Por días se prolongó una batalla con una represión desmedida y desgarradora. Fue a través de las radios comunitarias, transmisiones por internet en vivo que levantaron estudiantes de Concepción, que se dieron a conocer estos hechos. La viralización por las redes sociales fue tal que los medios masivos no pudieron seguir haciendo oídos sordos.

La madrugada del 20 de julio se transmitía testimonios por las redes sociales. “Las lacrimógenas las están tirando dentro de la aldea. Salió toda la gente a la calle, hay cerca de 600 vecinos, y los *pacos* siguen tirando bombas, aquí hay niños, ancianos”, relató una pobladora. “El Gobernador dijo que no

había dado la orden a Carabineros para entrar a la aldea, ahora solo se lava las manos. Los niños y adultos están acá sufriendo la represión, ya no podemos dormir tranquilos”, dijo María, otra vecina.

Las palabras de una mujer de nombre Lorena reflejaban la impotencia acumulada en el tiempo, “aquí ha sido terrible, ha sido una mierda, esto es una guerra. La política de Piñera, de Hinzpeter, los Carabineros de Chile han tirado perdigones a los hombres, mujeres y niños. Aquí ha sido una guerra, estamos siendo invadidos por Fuerzas Especiales porque estamos por la reconstrucción. Nos han tirado mínimo unas 150 lacrimógenas. Aquí tenemos una guerra por nuestras vidas y nuestra dignidad”.

Pero ese sábado 13 de marzo de 2010, a 14 días del terremoto y el maremoto, las palabras que resonaban en los oídos de Dichato a las 14.30 horas, en ovaciones de aplausos de la multitud, eran las del Presidente Sebastián Piñera: “Queremos decirles que queremos pasar lo más rápido posible de la emergencia a la reconstrucción. Y eso significa levantar nuestras viviendas y nuestras casas, levantar nuestras escuelas, levantar nuestros centros de salud y también significa levantar y recomponer los puestos de trabajo. Son tareas que vamos a enfrentar con mucha fuerza y con sentido de urgencia. Sé que han sufrido mucho, y que han demostrado un coraje, un temple que ha sido admirado por todo Chile que ha visto como enfrentan

ustedes la adversidad, pero también sé que necesitan mucha, mucha ayuda. Y quiero comprometerme aquí en presencia del diputado, de la intendenta, y en mi propio nombre, a que Dichato va a tener la ayuda que merece y que necesita en estos tiempos de dolor y de adversidad”.

La vida es tan irónica como se necesita que esta lo sea. En mayo de 2012 ocurrió el primer temporal de tormentas del invierno y, como cada año, se inundó gran parte del país y se produjeron innumerables cortes de luz. Llovió durante todo un fin de semana. Mi hermano hizo sopaipillas secas y pasadas, esa masa frita de harina y zapallo que se acostumbra comer en Chile en los días lluviosos.

Sentados en la mesa en familia compartiendo una taza de té, mirábamos las noticias de aquellos que sufren con la lluvia. Una vez más el agua azotaba a esa gente del campamento El Molino, a dos años del terremoto, y a un año de la represión que vivieron por efectivos de Fuerzas Especiales. El periodista del canal de televisión entrevistaba a una mujer con el agua hasta las rodillas. Entre las trivialidades y obviedades que ya enseñaba la cámara de pronto le pregunta, “¿han recibido algún tipo de ayuda por parte de las autoridades?”. La reacción espontánea de la mujer fue una carcajada. “¿Ayuda? -volvió a reír- nosotros estamos solos, aquí estamos botados”, sentenció.

Miré a mi madre, tomamos un sorbo de té caliente sin decir palabra. Esa mujer que reía de la ingenuidad del periodista en mayo de 2012, podría perfectamente haber sido María o Lorena en julio de 2011, o la madre de aquella chica que gritaba por los muertos bajo su casa, o la hermana de una de las embarazadas de la lista del joven de Chillán, o la dueña de alguno de aquellos baños sin casa en marzo de 2010. Todas ellas eran una sola voz, todas ellas un solo pueblo que sufre y se alza, todas ellas un pueblo que es reprimido, un pueblo al que dejamos atrás desde el momento de subir a esos helicópteros de la Fach.

A eso de las 15:20 horas salimos de Dichato rumbo al siguiente destino. Para escuchar repetir las mismas palabras, caminar entre la misma gente desesperada, tomar fotos, poner la grabadora, y volver a subir al helicóptero.

Atrás dejábamos el balneario y su gente, abajo, chiquititos, como hormigas. Las hormigas que de puro coraje siguen de pie, caminando en fila, reconstruyendo un nuevo hormiguero sobre las ruinas. La fuerza del mar arrasó con sus hogares, sus fuentes de trabajo, y sus recuerdos. Su dignidad estaba esparcida entre escombros, el barro y los albergues improvisados en carpas enviadas desde Medio Oriente, que se abastecían con agua que viajó kilómetros desde Copiapó.

3.5 El puente que ustedes quieren, merecen y van a tener de vuelta

Aterrizamos en Cauquenes, en la región del Maule, para recorrer las ruinas de su hospital y el campamento de campaña que se había levantado a su lado. Por primera vez en todo el viaje veía a los militares cumpliendo una verdadera función de ayuda. Nunca había visto un campamento militar sino en las películas, y era impresionante pensar que todo aquello fuera desmontable. Esas carpas estaban tan bien equipadas, ni los gitanos en sus mejores tiempos tendrían algo así.

Poco tiempo estuvimos en Cauquenes, en 13 días regresaríamos para protagonizar una divertida escena digna de dedicarle un espacio en estas líneas. El 26 de marzo, en una segunda gira presidencial a las zonas afectadas, el Presidente Sebastián Piñera se topó con una manifestación espontánea. Un grupo de vecinos del Barrio Estación de Cauquenes protestaba porque a un mes del terremoto se encontraban aislados del centro de la ciudad. El puente que los conectaba había cedido dejando a 15 mil personas del otro lado.

Ante la manifestación espontánea e inesperada Sebastián Piñera decidió hablar con la gente desde el megáfono de una patrulla de Carabineros. A un lado estaban los vecinos del Barrio Estación, del otro lado el Presidente dando su discurso, junto a él levemente detrás el entonces ministro de Obras Públicas

Hernán de Solminihac, y a sus espaldas los periodistas con micrófonos y grabadoras.

“Les quiero contar que estoy aquí en el puente que ustedes quieren, merecen y van a tener de vuelta. Vamos a poner puentes mecano de emergencia, para resolver la emergencia, durante la próxima semana. Es lo más rápido que podemos responder, lo contrario sería pedir un milagro y desgraciadamente los milagros ocurren solamente cuando está presente dios o algún santo y nosotros en el Gobierno no somos ni dioses ni santos, somos seres humanos que estamos conscientes del daño y del dolor”, pronunció el mandatario.

A penas se escucharon esas palabras, hubo una ovación de aplausos y gritos de vítores, mientras que el ministro Solminihac movía la cabeza de un lado a otro en signo de negación. “No, no se puede”, se le escuchó decir bajito, sin que nadie pudiera oírlo salvo los periodistas que estábamos junto a él. Hizo el amago de comunicarle al Presidente que lo que estaba anunciando no era lo planificado, sin embargo, el mandatario prosiguió su discurso sin inmutarse.

“Los vamos a tomar en cuenta. La próxima semana vamos a tener puentes de emergencia”, volvió a repetir Piñera. Nuevamente el ministro negó con la cabeza, y ya las risas entre la prensa fueron evidentes. “Va a tener que

aperrar no más ministro”, le dijo un reportero mientras le palmoteaba el hombro. Pese a la evidente contradicción entre las autoridades, el 3 de abril de ese 2010 ya estaba instalado el puente mecano entre el centro de Cauquenes y el Barrio Estación. Las condiciones no estaban, según el ministro, pero a todos nos quedó muy claro cuando la palabra es la ley, simplemente. No fue el caso de Dichato, desde luego.

El maratónico sábado 13 de marzo, estábamos agotadísimos cuando hicimos una parada a almorzar. El reloj ya marcaba las 17.00 horas. La prensa acreditada nos miramos sin saber si habría comida contemplada para nosotros. Yo llevaba el dinero del viático que me había dado el periódico, pero tampoco tenía un gran presupuesto para pagar la comida casera de aquella posada en la carretera que el Presidente había escogido.

En eso estábamos cuando Carla Munizaga, la jefa de Prensa de Piñera, nos dijo que había una mesa para nosotros. Comí con el hambre contenida de horas, nadie sabía cuándo volveríamos a tener oportunidad de alimentarnos, aún quedaban varios destinos por recorrer. No alcanzábamos a probar aún los postres cuando en la mesa del Presidente comenzaron a ponerse todos de pie. Una sola mirada de Carla Munizaga y todos nos despedimos de la idea de un postre casero. A las 18.00 horas ya estábamos en la caleta de Pelluhue.

Acompañados por el titular de Interior Rodrigo Hinzpeter, por el intendente del Maule Rodrigo Galilea y por los diputados y senadores locales, el encuentro esta vez fue con los pescadores de las localidades costeras de Pelluhue y Curanipe.

No tengo noción de cuánto habremos caminado, pero los pies dolían, el paisaje de desastre ya impactaba menos, las historias de la gente parecían una reiteración en cada localidad, y las palabras registradas en la grabadora eran iguales a las de todo el día. ¿Cuánta atención real se puede poner en las necesidades de un pueblo recorriendo una hora cada localidad, corriendo de una a otra durante todo el día? Era fácil recibir aplausos, contentar a las personas diciéndoles lo que quieren escuchar, decir con voz firme un discurso elaborado por otro que sí ha recorrido y levantado un diagnóstico en terreno.

3.6 Una noche de toque de queda en el Maule

Al final de la jornada nos dirigimos a Talca. Llegamos al regimiento de Infantería N° 16 para conocer de la voz del General Bosco Pesse, Jefe de Plaza de la región, las actividades que estaba desarrollando el Ejército. Ya estaba perdida la noción del tiempo, sólo sé que no tuvimos acceso como prensa a la reunión del mandatario con las Fuerzas Armadas y tuvimos que esperar afuera por más de una hora, tal vez dos, a que salieran a darnos las últimas

declaraciones del día.

Pasadas las 21.00 horas salió Sebastián Piñera para hablarle a su prensa fiel, transportada y alimentada por el Gobierno para seguirlo a todas partes en sus actividades con sentido de urgencia. Cuando esperábamos poder conocer el tenor de la reunión, detalles de las operaciones del Ejército, el anuncio fue un delegado presidencial para la zona costera de Pelluhue y Curanipe, misma cosa que se había anunciado para Cauquenes y para Dichato. El segundo anuncio, en el transcurso de la semana, ingresaría un proyecto de ley para apurar las licitaciones de obras públicas y los permisos ambientales para empezar a reconstruir cuanto antes las zonas afectadas.

Me fui decepcionada, estaba en un recinto militar, en la puerta de una reunión logística sobre la forma de “asegurar el orden público” y no había podido enterarme absolutamente de nada.

Ese sábado 13 de marzo, el periódico de la competencia había publicado que 1.609 personas habían sido detenidas en 13 días, durante el toque de queda de las VII y VIII regiones. En la noticia se leía:

“Desde que se instauró el toque, el 28 de febrero, en la región del Biobío se ha detenido a 1.344 personas. Según cuentan en el Ejército, la mayor cantidad de detenidos es de la provincia de Concepción, producto

de la falta de planificación que han tenido los habitantes, en cosas como el viaje de regreso a casa.

El jefe nacional para el Estado de Catástrofe en la VIII Región, general Guillermo Ramírez, cuenta que el toque de queda, que incluso llegó a durar 18 horas, "ha sido una muy buena medida, muy aceptada y eficiente para el funcionamiento normal de la ciudad, considerando que hay muchas demoliciones, caminos destruidos y puentes que están por destruirse prontamente".

En la Región del Maule, el jefe de zona, general Bosco Pesse, señaló que a la fecha hay 384 detenidos. De esos, 265 son por infringir el toque de queda, y los otros 119, por otros delitos.

El general Pesse indicó que "hemos tenido un muy buen comportamiento de la ciudadanía. La evaluación es positiva, en el sentido que la gente detenida ha bajado respecto del inicio, habiendo en algunas urbes, como Talca, un leve aumento los fines de semana, debido a actividades recreativas".

Precisó que "en términos generales, se mantiene un promedio de 38 detenidos en el Maule, aunque al principio teníamos sobre 100".

La Tercera (13 de marzo, 2010)

Los números, las estadísticas, sonaban muy bien en el papel. Los detenidos disminuían, la tranquilidad retornaba y la gente estaba agradecida. Sin embargo, aquel 13 de marzo Christian Fauré, Dayenú Meza y Bernardo

Ortega cumplían su cuarto día en reclusión en centros penitenciarios, sin saber qué sería de sus destinos.

David Riquelme no vio la reconstitución de escena de su asesinato, que se había llevado a cabo la noche anterior cerca de las 22.00 horas, en el sector de Hualpén. David Riquelme no pudo corroborar el testimonio de su amigo Iván Rojas cuando su versión distó de la entregada por los cinco infantes de marina imputados en el caso. No pudo decir si fue fidedigna la recreación de cómo lo arrojaron de la patrulla de infantería en la cancha de fútbol “El Halcón” de la población El Triángulo, frente a la refinería de Enap (Empresa Nacional Petrolera), hasta que murió solo en el frío cemento. Pero las estadísticas sonaban bien en el papel, los gobiernos habían sido eficientes en contener el caos. Yo, periodista del diario más importante del país, dentro de un recinto militar, junto al Presidente y el General Bosco Pesse, no pude preguntar nada.

Pasé la noche en un hotel promedio en Talca, sin internet ni agua caliente, pero los tiempos no estaban para exquisiteces. Compartí una habitación con la periodista de La Tercera, el diario de la competencia, para ahorrar y quedarme con algo del viático. Era tarde y teníamos hambre, salimos las dos a buscar un lugar donde comer. La chica se llamaba Verónica, era un par de años mayor que yo, pero igualmente muy joven. Trabajaba en la sección de Reportajes, y conocía a uno de los chicos del nuevo equipo de prensa

presidencial, René Cánovas. Joven, rubio, amable y tan inexperto como cualquiera en su lugar. Habían sido compañeros en una universidad privada que no recuerdo.

Caminábamos buscando un sitio y todo se veía sospechosamente tranquilo, la mayoría de los locales estaban cerrados. De pronto nos percatamos que no teníamos claro a qué hora comenzaba a regir el toque de queda. Nos inquietamos en el acto, habíamos visto jóvenes armados que no nos superaban en edad. Preguntamos a la primera persona que nos topamos dónde podíamos encontrar un sitio abierto para comer. La respuesta parecía tan obvia, unas cuadras más allá había un restaurante de comida china. Teníamos una hora para comer y regresar.

Es extraño describir lo que se siente saber que el reloj está corriendo, que un descuido podría hacerte infringir la ley. Tantos años escuchando historias de la dictadura, del peligro de verdad, del peligro de perder la vida y, sin embargo, a 20 años del manoseado retorno a la democracia, ahí estaba yo, deseando que los chinos del restaurante trajeran rápido la comida para poder volver sana y salva al hotel.

Lo extraño de esa noche, pese a todas las emociones que había vivido, el impacto de ver tanta desesperación, la desidia de escuchar una y otra vez

tantas palabras al aire, es que por sobre todo estaba preocupada de mi trabajo.

En dos meses había aprendido muy bien la dinámica del medio al que pertenecía, aunque fuera de forma temporal. Me puse pijama, me lavé los dientes y me acosté pensando si lo habría hecho bien ese día, si realmente había reportado a mi jefe de turno todo lo más relevante de la jornada. Estaba increíblemente nerviosa de haber metido la pata frente a la confianza que se me había entregado, mal que mal, el diario de la competencia no había enviado una practicante a la primera gira presidencial de Sebastián Piñera.

La miré acostarse en la cama del lado y pensé que por suerte estábamos compartiendo habitación, al menos así me aseguraba que Verónica no estuviera informando de cosas de las que yo no me había enterado. Si no hubiera sido de esa forma, me habría costado mucho dormir de solo pensar en que La Tercera nos “golpearía”, término que se usa cuando se saca una exclusiva que no lleva nadie más, con algo de lo que yo no me hubiera percatado. Es triste lo presionada que me sentía, y lo poco que reflexioné realmente en torno a todo lo que había presenciado. No fue hasta llegar a mi casa en Santiago, al día siguiente, que me bajó esa angustia tremenda y ese cansancio de la gente que ha visto escenas que no podrá jamás borrar de su memoria.

3.7 Desayuno con el pueblo

Ni pensarlo que me iba a duchar con agua fría. Simplemente me lavé la cara, los dientes, me peiné un poco, me cambié de ropa, calcé mis zapatillas y agradecí no tener que despachar para un canal de televisión. Ni una sola gota de maquillaje que se pudiera correr con el sudor o estropear con la tierra hacía falta.

La primera actividad del día era una visita a un albergue de damnificados en el centro de Talca. Eran 140 personas que estaban durmiendo en el gimnasio del Club Vanguardia Unida, una estructura que no era más que un galpón techado con suelo de loza muy fría.

El albergue era, básicamente, dos hileras de colchones y mantas distribuidos a lo largo del suelo, donde dormían todos unos al lado de otros. Eran cerca de las 9.45 de la mañana cuando el Presidente decidió sentarse a tomar desayuno con los damnificados.

La escena era realmente conmovedora, compartiendo un trozo de marraqueta -pan tradicional chileno- con margarina y una taza de té caliente. Él, la primera autoridad de país, comiendo y bebiendo lo mismo que aquellos que habían sido castigados por la desgracia. La foto funcionaba a la perfección,

sentado junto a su esposa Cecilia, humilde y sencilla. Muchos no podíamos creer el nivel de su puesta en escena, el constante teatro de cada uno de sus pasos. Poco importaba comenzar el día retrasando la agenda, saliéndose de libreto, tomándose su tiempo para que los fotógrafos y las cámaras de televisión pudieran registrarlo bien, mostrarlo compartiendo con su gente. Él, el empresario con una de las mayores fortunas del país.

El olor del ambiente era denso, desagradable, una mezcla del encierro, la humedad, la aglomeración de gente. Algunas de las personas con las que conversé me manifestaron su preocupación por el tiempo que llevaban allí, porque en esas malas condiciones de ventilación estaban la mayoría enfermos. Se contagiaban unos a otros sin forma de remediarlo. Tomé notas de sus palabras, notas que se quedaron solamente en mi libreta.

Salimos del gimnasio y comenzamos a caminar por las calles aledañas, el barrio oriente del centro de Talca, el casco antiguo de la ciudad, el adobe en el suelo en cada esquina. Escombros de este material de barro estaban por todas partes, trozos de casas como si fueran maquetas, exposiciones, escenografías de una obra de teatro. Una escena nos descolocó más aún de lo que observábamos en todas partes.

Un hombre, vestido de la cintura hacia abajo, se aseaba en un

lavamanos que estaba en medio de la nada. Todo se había caído a su alrededor, y ese pequeño trozo de baño había quedado en pie. El señor se lavaba a vista de toda la comitiva que pasaba junto a él por la calle. Desde luego, Sebastián Piñera se acercó a saludarlo y cruzar un par de palabras. Por un minuto se me pasó por la mente que el Presidente era capaz de comenzar a lavarse la cara junto a él. Rogué para mis adentros que por favor tuviera la dignidad de no hacerlo, y esta vez tuve suerte.

3.8 “*Frazanas o Zafranas*”

Víctor Díaz era por esos días el niño de ocho años más famoso del país. Se había hecho conocido por un video publicado en un medio en internet. El niño contaba cómo había sobrevivido al terremoto y posterior maremoto, y mostraba la destrucción de su escuela en Iloca. Un chico de cara redonda, pecoso, de pelo atípico rubio y tieso, que con la sencillez y la inocencia de un niño relataba en siete minutos las cosas que para él eran importantes mientras caminaba por los escombros de lo que fue su colegio. Lo que le otorgó su apodo, y fue la clave de su popularidad, fueron sus problemas con el lenguaje, la transformación de las palabras al pronunciarlas de forma incorrecta.

“Oiga sabe qué, pasó una camioneta con sacos de dormir, con carpas y con todas esas cosas, y pasaron de largo, no pararon aquí. Estábamos ahí, y

no paró, se fue de largo para allá. Nos quedamos sin sacos de dormir, nos faltan *zafradas* y cosas así”, es la frase célebre por la que a Víctor se le apodó El Zafrada, al no haber dicho frazadas.

El chico prosigue con este lenguaje al mencionar que los *tarallines* pegados del comedor de su colegio eran malos, y que lo que le gustaba de una chica Susana era su cara y su *hablamiento*. El Zafrada y sus palabras se masificaron a gran velocidad por las redes sociales, y fue justamente la parte final del video la que causó mayor resonancia. Víctor hacía un llamado a “ese caballero que salió de Presidente”, a que vaya a Iloca y los ayude, que les lleve alimentos, carpas y colchones, y bombines para inflar los colchones. “Eso es lo que más le pedimos”, termina diciendo en niño.

El 14 de marzo los helicópteros llegaron a Iloca a eso de las 11.30 horas de la mañana y la prensa estaba expectante. Se había sumado a la comitiva el entonces ministro de Educación Joaquín Lavín. La razón de la visita en Iloca era mostrar la construcción de una escuela modular de *containers* prefabricados en esa localidad, respondiendo al emplazamiento del Zafrada. Además, se anunciaba que en un plazo de 45 días todos los establecimientos del país debían comenzar las clases. En Chile el año académico comienza en los primeros días de marzo, incluso a veces a finales de febrero. La destrucción de las escuelas presentaba un tremendo desafío en ese sentido.

Era la institución de privados “Levantemos Chile” la que estaba donando estas escuelas modulares en distintos lugares del país. No era precisamente una iniciativa del Gobierno, pero desde luego esa moderna infraestructura, fácil de implementar, era agradecida en cada sitio.

De toda la gira presidencial uno de los momentos en que más tuve que contener la risa ante las palabras o acciones de Sebastián Piñera fue durante su discurso en Iloca. Su intento frustrado por decir el apodo de Zafrada, dos o 3 veces seguidas.

“Víctor con la sabiduría y al mismo tiempo con la ternura de los niños nos dio un mensaje muy importante. No solamente al pedir *frazanas* o *zafranas* - 'zafradas, Presidente', se escuchó una voz que lo corregía- o *zafradas*, este nuevo idioma que vamos a tener que aprender que es el idioma de Víctor, pero también con sus palabras nos dio un ejemplo de valor. Así que le trajimos sus *zafranas*, sus *frazadas*, sus *zafradas*, como él quiera llamarlas, pero también le trajimos una pelota de regalo porque me dicen que le gusta el fútbol y que le gustan los caballos a Víctor, así que te entrego tu pelota autografiada y espero poder jugar un día un partido de fútbol la selección de Iloca contra la selección del Gobierno, ¿qué te parece Víctor?”, dice el mandatario. Se alza el estallido de aplausos.

A penas 3 días después de que el video de Víctor Díaz se exhibiera en internet, ya más de 43 mil personas habían visitado el enlace. Hace un tiempo descubrí que el Zafrada tenía su propia página web, www.zafradachile.cl. En el sitio se contaba en extremo detalle la biografía del menor, se mostraban fotos de él y su familia en diferentes contextos, su historia con relación al terremoto e Iloca, estaban las diferentes noticias en que apareció el menor y había incluso una sección para depositar dinero a una cuenta bancaria para “los estudios de Víctor”. La página ya no se encuentra disponible en la red.

Yo conocí a un Víctor Díaz nervioso porque lo visitaba el Presidente, feliz por su nueva escuela, peinado con jugo de limón para las cámaras. Un niño que en vez de recibir la comida, la ayuda en colchones y las famosas *zafradas* que él había pedido, recibía una pelota autografiada por Sebastián Piñera. Bonitas fotografías de la entrega de ese presente aparecieron en todos los medios nacionales.

3.9 ¿Usted le ha dicho al Presidente que no alguna vez?

Desde Iloca partimos a la ciudad de Curicó. Igual que en Talca el centro y su casco antiguo se encontraban en el suelo, construcciones de adobe convertidas en las ruinas de un hogar. Ciudades secas, descascaradas por el

sol del verano en la región del Maule.

En Curicó el periódico local “La Prensa” es de larga data. Su edificio ubicado en la plaza principal de la ciudad tiene más de un siglo de antigüedad. Lamentablemente, se había caído todo por dentro con el terremoto. Desde fuera, en la fachada, no era muy visible su derrumbe, sin embargo, en el interior todo se había desmoronado. Las autoridades locales tenían cercado el perímetro de la plaza, con acceso restringido dado el peligro de un inminente derrumbe. El país aún sufría numerosas réplicas día a día y cualquier sismo de menor intensidad aumentaba el peligro de que el edificio acabara de desplomarse en el suelo.

La comitiva ya había traspasado el cerco de seguridad. Estábamos parados frente al edificio de La Prensa de Curicó cuando alguien que no recuerdo dijo “va a entrar, Piñera va a entrar al edificio”. Carla Munizaga, su fiel jefa de Prensa, abrió unos ojos muy grandes, horrorizada por la hazaña que su jefe deseaba emprender. La mujer miró a su lado y divisó al Edecán, el uniformado a cargo de la seguridad personal de la presidencia. Se dirigió a él rápidamente y le dijo espantada: “¡oiga, usted, haga algo pues!, es su trabajo que él no haga este tipo de cosas que ponen en riesgo su seguridad”. El Edecán, con toda calma miró a Carla y sus ojos saltones, le sonrió cómplice y le preguntó: “¿usted le ha dicho al Presidente que no alguna vez?”. No hubo

respuesta, ambos se miraron con resignación.

Comprendí que esa era la nueva forma de gobernar que tanto se había pregonado durante la campaña presidencial. Un mandatario al que nadie, ni sus más íntimos servidores, le ponían reparos en nada. No es algo de lo que me sienta especialmente orgullosa, pero muy dentro de mí deseé que la tierra se remeciera sólo un poco, a ver si algún escombros le caía en la cabeza. No todos los pensamientos son nobles en esta vida, y las oportunidades de que ocurra un accidente de esas características son realmente pocas.

Regresamos a la capital a bordo de los hermosos helicópteros Dell 412 de la Fach. Fue el vuelo más largo de todos, pero el cansancio de la jornada no me permitió disfrutarlo como la primera vez. Demasiadas historias, demasiadas visiones desgarradoras, demasiada contradicción entre lo que como periodista sentía que debía hacer, y lo que sabía que haría al llegar a la redacción.

Aterrizamos en la Escuela de Carabineros, en Avenida Antonio Varas. Allí me esperaba uno de los radiotaxis del diario para llevarme a El Mercurio, de regreso a reportarme con Sebastián Rivas. Hubiese deseado irme directo a mi casa, hablar con mi madre, escribir mil cosas en el diario de vida, pero aún era temprano para el horario laboral.

Anocheció, me encontraba transcribiendo algunos audios de la gira, revisando los medios electrónicos para complementar mi nota, cuando de pronto un apagón se llevó la luz por unos instantes. Resulta que un diario como El Mercurio desde luego tiene generadores de emergencia para este tipo de casos, sin embargo, gran parte del país se había quedado nuevamente sin suministro eléctrico.

Una falla de un transformador en el Biobío produjo un corte de energía entre Taltal y Chiloé. El repentino corte afectó al centro, norte y sur del país dejándolos sin luz. La suspensión del suministro eléctrico perjudicó al menos al 90% de la población dependiente del Sistema Interconectado Central (SIC). El ministro del Interior, Rodrigo Hinzpeter, informó que la falla se produjo por un recalentamiento de un transformador de 500 KW en la subestación Charrúa. La falla era otra de las consecuencias del terremoto.

No fui la única que se rió de este *blackout*, como siúticamente lo llamaron los medios. Por mucho que el mandatario se haya esforzado en producir imágenes impactantes durante su gira, por muy pomposos que hayan sonado sus anuncios, el protagonista de la portada del lunes no era otro sino el apagón nacional. Nuevamente regresé a mi idea inicial, "Piñera es yeta".

CAPÍTULO 4: EN LA VIDA PARALELA

4.1 La dirigente ausente

En marzo de 2010 yo no era solamente una periodista practicante de la sección Política de El Mercurio, era estudiante de cuarto año de Periodismo en la Universidad de Chile y era la presidenta del Centro de Estudiantes de Comunicación.

Por cosas de la vida, en la enseñanza media di a parar en uno de los principales liceos de la ciudad de Santiago, uno de aquellos colegios “emblemáticos” municipales. Selectivo con sus estudiantes y de alto rendimiento académico, el establecimiento era catapulta de parlamentarias, ministras, y hasta de la primera presidenta de la república; el Liceo N°1 “Javier Carrera”. Fue en el año 2006, estando en 4º medio, cuando en Chile estalló la “Revolución Pingüina”, el movimiento estudiantil y social más grande que se vivía desde el fin de la dictadura. Esa movilización fue el puntapié de una incipiente incursión en política y sin duda el gatillo de una conciencia social que me ha perseguido y perseguirá por siempre, espero.

Christian Fauré Polloni cursó su enseñanza media en uno de estos liceos “emblemáticos”, aquel que aseguraba en su himno ser el primer foco de luz de

la nación, el Instituto Nacional José Miguel Carrera. Había egresado un año antes que yo y había compartido las mismas inquietudes en su vida escolar, y justamente fue por estas organizaciones estudiantiles que conoció a Dayenú Meza. Por alguna extraña razón, Christian también escogió el periodismo como su profesión.

El Fauré llegó a la carrera en el 2009. Me pareció un chico muy callado. Comenzó a asistir a las reuniones del colectivo político al que pertenecía, pero solía opinar muy poco, observar todo con mucha atención. Me llamaba poderosamente la atención porque yo siempre he hablado hasta por los codos, y la gente muy silenciosa me pone nerviosa.

Los hermanos mayores Fauré tenían una cierta popularidad en el mundo del denominado “Cordón Macul”, por las tres universidades que confluyen en la esquina de Av. Macul con Av. Gracia (Campus Juan Gómez Millas de la Universidad de Chile, sede Macul de la Universidad Tecnológica Metropolitana y la UMCE). Miguel Fauré era conocido en la UMCE por el movimiento de la pedagogía popular, teorías lideradas por el brasileño Paulo Freire. El otro hermano, Daniel Fauré, es académico en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Era un apellido con tradición.

A finales del 2009 el “Fauré chico” ya era uno más del colectivo, y nos

enfrentábamos a una tercera elección de Centro de Estudiantes de la Comunicación, tras dos derrotas consecutivas. Esta vez, la lista de candidatos la encabezaba yo como presidenta. Ganamos.

Es en este contexto en que, no sin pocas críticas, llegué a realizar la práctica profesional al diario El Mercurio, y nada menos que a la sección Política, el 2 de enero de 2010. Ya le había planteado al equipo de trabajo del Centro de Estudiantes que estaría ausente durante el mes de marzo, porque la práctica duraba tres meses.

Tras el terremoto del 27F no había cabeza para pensar en paseos ni fiestas, la comunidad universitaria tenía muchas labores que desempeñar, y con mucha urgencia. Partiendo por la revisión de los daños en la infraestructura, catastrando en los tres estamentos la cantidad de gente damnificada, y viendo cómo la comunidad podía responder con sus conocimientos y su capacidad en las zonas afectadas por el desastre. Eran demasiadas las tareas que desempeñar, y yo no estaba ahí.

En el diario había conseguido mi primera exclusiva, me había ganado el respeto de periodistas difíciles como Pedro Lezaeta, de policial, y me había ido en una gira presidencial a recorrer las zonas afectadas del sur. En términos profesionales, había varias razones para estar contenta, o al menos conforme,

pero no lo estaba. Día a día recibía en mi buzón electrónico los *mails* de cómo se organizaban mis compañeros, cómo se establecían centros de acopio en diferentes campus de la universidad, cómo se levantaban comisiones triestamentales, y no podía dejar de sentir que no estaba aportando nada encerrada en una redacción seis días a la semana, sin poder proponer pautas, ni desarrollar temas de real relevancia.

“Natalia, te toca la pauta en el PPD (Partido por la Democracia), te toca la conferencia de prensa en la UDI, anda a ver si el ministro Hinzpeter te adelanta algo sobre el nombramiento de los gobernadores regionales, anda a la embajada de Cuba a ver si es verdad que recibieron una carta de los parlamentarios del Partido Socialista respecto a los presos políticos del régimen”. Esas eran las instrucciones de mis jefes en el diario más importante en Chile, mis aportes al país.

Es difícil poner en la balanza las cosas, sabía que en el fondo mis compañeros de Centro de Estudiantes no me juzgaban por estar ausente. Mi equipo entendía que yo no tenía cómo prever que habría un terremoto y un maremoto en el verano, pero era inevitable preguntarme qué estarían pensando el resto de los cientos de estudiantes del Instituto de la Comunicación e Imagen, aquellos que nos habían apoyado con su voto en las elecciones, y todos aquellos estudiantes de primer año que debían preguntarse dónde estaba la

presidenta de su Centro de Estudiantes. Es macabro pensar que la respuesta era “trabajando en el diario más fascista de este país”.

En principio no fue tan complejo sobrellevar la contradicción profunda que atravesaba, hasta que ya en la segunda mitad del mes de marzo, en un día que no logro situar en el calendario con exactitud, mi novio en ese entonces me llamó por teléfono. “El Christian está preso, lleva algunos días en la cárcel de Concepción”. Si es que no fueron esas sus palabras exactas, tienen que haber sido unas muy parecidas.

Hay pocos momentos en la vida en que uno siente que se le congela la espalda, como en las películas, que el rostro realmente empalidece y el aire no entra en los pulmones por un segundo. Aquel día sin fecha sumaba un nuevo momento de escalofríos a mi lista, cuando me dijeron que Fauré estaba preso.

No es que Christian y yo fuéramos especialmente cercanos. Para ser honestos estaba más cerca de ser un conocido que un amigo si lo ponemos en esos términos, pero lo que Christian para mí era un “compañero”. En Chile, por largos años de dictadura estaba prohibido hablar de compañeros, porque así es como se nombraban entre ellos los comunistas. Con los años llamarse de compañeros se retornó una suerte de reivindicación, no necesariamente de los comunistas, sino que de aquellos que comparten una causa, una lucha.

Christian Fauré no era mi amigo, era mi compañero en la lucha, y estaba en la cárcel.

Las explicaciones del caso comenzaron a caer como goteras. Resulta que esto había sucedido en la tarde del 9 de marzo, y que nadie se había enterado porque lo habían detenido en Concepción, que lo habían tomado por saqueador. Que estaba en Concepción porque la novia, Dayenú Meza, se iba a estudiar para allá y él había ido a ayudarla a instalarse, a pasar días juntos antes de la separación. El terremoto los había pillado por allá. Ella también había caído a la cárcel. Daniel Fauré, su hermano, se había contactado con el Centro de Estudiantes porque estaban recopilando cartas de buena conducta de Christian para presentárselas al abogado. Nada parecía tener sentido, una sabe de estos casos cuando los lee en los diarios, los mira en las noticias de la televisión, y son cosas que se supone que nunca te pasan a ti ni a tu gente, sino a ese otro indeterminado por la indiferencia de la desgracia ajena.

Fui tan ingenua, lo recuerdo y me da risa. En el teléfono, sin haber procesado todavía lo que estaba escuchando, le dije a Felipe, mi novio, que “algo podré hacer yo desde el diario, averiguar sobre la causa con la gente de policial y tribunales. Puedo mover contactos, visibilizar su detención”. Por supuesto, no hice nada eso, porque qué le importaba a El Mercurio que un compañero estuviera detenido, las cifras ya se habían publicado, los números y

las estadísticas ya eran conocidas por todos, ya se habían calmado los saqueos y el orden público estaba restablecido, no había noticia allí.

4.2 El discurso de bienvenida

El 22 de marzo se daba la bienvenida oficial a los estudiantes de primer año del Instituto de la Comunicación e Imagen. Como presidenta del Centro de Estudiantes me correspondía uno de los discursos del acto que se realizó en el auditorio de la Libertad de Expresión Periodista José Carrasco Tapia, nombre que lleva en honor a un gran periodista asesinado en dictadura.

Había pedido permiso en el trabajo desde el viernes anterior. Había entrado a la oficina de José Luís Santa María, mi editor, y le había explicado algo nerviosa que yo era dirigente en mi facultad, tenía que ir a dar un discurso. Por suerte me dijo que no habría problemas. Ese lunes había escogido muy bien la ropa que llevaba puesta, y el discurso lo había escrito la noche anterior. Tomé un radiotaxi del periódico y partí rumbo al Campus Juan Gómez Millas. Acostumbrada al derroche de recursos que el diario invierte en esos móviles, le dije que me esperar estacionado dentro del recinto.

El auditorio estaba lleno. Nadie que entra a la mejor universidad del país se pierde su ceremonia de bienvenida. Escuchaba atenta a los profesores de

tantas veces, compañeros en el aprendizaje. Eran las mismas palabras de aliento de cada año, ese desafío a abrazar la profesión. Esperaba mi turno algo nerviosa. Finalmente, me levanté con mi discurso impreso, me instalé en el podio, acomodé el micrófono y les hablé a los nuevos estudiantes de lo que significaba para mí estar en esa universidad, y en ese momento.

“Desde las comunicaciones es posible ir en infinidad de direcciones, proyectar muchísimas miradas distintas, y nosotros, los estudiantes de la Universidad de Chile estamos llamados a mirar hacia una comunicación de servicio social, a ser entes activos de la sociedad y proyectar el rol público que muchas veces se olvida, tiene nuestra casa de estudios.

Ha sido realmente emocionante ver como en estos momentos de incertidumbre para miles de chilenos que se vieron afectados con este terremoto, nuestra comunidad del ICEI se unió y se levantó para trabajar con todos nuestros equipos y herramientas para documentar, registrar, difundir, y coordinar la ayuda en esta semana de la solidaridad. Estudiantes, funcionarios y académicos como un sólo núcleo desplegado hacia los necesitados.

En estos momentos tenemos situaciones muy tristes que lamentar, el fallecimiento de la esposa del profesor Álvaro Medina nos tiene profundamente acongojados y le enviamos fuerza y apoyo. Parte de nuestros compañeros, docentes y funcionarios han sufrido el deterioro de sus hogares, pero especialmente nos aflige la injusta y arbitraria detención del compañero de 2° año de Periodismo, Christian Fauré.

Christian lleva más de dos semanas en la cárcel El Manzano en Concepción, recluso producto de un allanamiento en el que se le imputó un robo que no había cometido.

Como Centro de Estudiantes y como amigos de Christian estamos haciendo todo lo posible por sacarlo de la reclusión, y hemos contado con el apoyo de la FECH y de las autoridades del ICEI, pero aún queda mucho por hacer.

La detención inhumana y desmedida de Christian, y la situación de mucha gente que aún vive con temor a los saqueos en sus casas y negocios, nos llevan a reflexionar sobre el rol que han jugado los medios de comunicación en nuestro país. Muchos son los reparos a la forma en que el sensacionalismo, el alarmismo y tantos viejos vicios invadieron radios, canales y diarios nacionales.

Es por eso que hoy, nosotros, los comunicadores sociales y audiovisuales de mañana, debemos hacer una profunda crítica de los objetivos y las líneas en que se debieran desenvolver nuestras disciplinas. Cómo lo vinculamos en nuestra malla académica, cómo lo materializamos en nuestros proyectos, cómo lo acercamos a la gente y lo ponemos a su servicio y no al de los grandes medios y productoras. Estas respuestas no las tendremos hoy, pero desde ya les dejo planteada la interrogante, pues será una de las cosas que como ICEI debemos resolver, y sacar en limpio de esta tragedia nacional.”

Fragmento Discurso, Instituto de la Comunicación e Imagen
(22 de marzo, 2010)

Habría deseado quedarme, almorzar con los amigos, conversar con los

profesores, pero el radiotaxi me esperaba. Regresar al diario después de haber pronunciado esas palabras fue una contradicción tremenda, un peso en el pecho. Nada de lo que pudiera hacer allí me parecía útil y mucho menos respondía a esa “comunicación de servicio social” que acababa de enfatizar.

Me fui sin saber qué les habría llegado del discurso a los nuevos estudiantes. Con el tiempo varios de ellos se convirtieron en amigos con los que trabajo en proyectos actualmente. Me confesaron que a todos les impactó mucho saber que un compañero estaba preso, que no habían sabido qué pensar. “Quedamos pa' adentro”, me dijo Gonzalo Espinoza, quien sería también Presidente del Centro de Estudiantes de Comunicación años después.

CAPÍTULO 5: SE AGUDIZAN LAS CONTRADICCIONES

5.1 Dos viajes muy diferentes

En los días siguientes hubo dos viajes a Concepción. Uno era una comitiva que tenía por objetivo visitar a Christian en la cárcel de El Manzano, y el otro era la segunda gira de Sebastián Piñera a las zonas afectadas. Uno sin mí, otro conmigo.

Era ya la tercera semana que Christian, Dayenú y Bernardo cumplían presos en Concepción. La situación de su detención tenía a todos los compañeros del Colectivo y del Centro de Estudiantes absolutamente desconcertados. No teníamos claridad de cómo o qué hacer para colaborar con él y su familia. Sus hermanos ya nos habían pedido que no hiciéramos mucha denuncia en los medios porque el proceso judicial estaba abierto y eso podía resultar perjudicial para él. Finalmente decidimos que algunos de nosotros viajarían a visitarlo para darle nuestro apoyo personalmente.

El jueves 25 de marzo, a las 10:45 de la mañana los compañeros Mauricio Osorio, Fabián Araneda, Erick Valenzuela y Felipe Ramírez abordaron el avión rumbo a Concepción con la misión de ver a Christian y expresarle todo el apoyo que en la universidad había para él y su compañera Dayenú. En un

principio queríamos escribirle muchas cartas de aliento pero desde la Federación nos instruyeron que no se podía llevar lápices, papeles, ni vestir jockey, ropa negra o verde que pudiera parecerse al uniforme de los gendarmes.

Nuevamente el destino era demasiado caprichoso y nos daba con la puerta en las narices. El vuelo que la Fech había facilitado arribó en Concepción a las 11:50, y la hora de visitas en El Manzano era hasta las 12:30, tan solo contando el desplazamiento desde aeropuerto hasta el centro penitenciario podía tomar una hora. Además, la gente hacía filas para ingresar a las visitar desde las 6:00 de la mañana, y una vez dentro el trámite de registro y controles tomaba otro tiempo más. Tras tanta coordinación de esfuerzos, la misión de la comitiva había fracasado.

El viernes 26 de marzo, mientras los chicos aún no regresaban de la región del Biobío, era mi turno de partir nuevamente junto a la comitiva presidencial, esta vez a la ciudad de Cauquenes, a Constitución y Concepción. Al igual que la vez anterior me encontraba con mi ropa seria y mis zapatillas cómodas muy temprano por la mañana en el Grupo 10 de la Fach. No viajamos con el Presidente, no abordamos su lindo y cómodo avión presidencial, sino una avioneta de un modelo que no memoricé, pero que recuerdo como si fuera ayer el vaivén de su vuelo, los permanentes saltos cortos que cada cierto

tiempo inestabilizaban mi estómago y sentía cómo mi desayuno en cualquier momento se devolvía en los zapatos bonitos de la periodista de Chilevisión que viajaba a mi lado.

Esta gira no fue muy distinta de la anterior, el desastre para nosotros ya no era novedad. Partimos en Cauquenes en un muy aburrido acto en que Sebastián Piñera y Catalina Parot, entonces ministra de Bienes Nacionales, hicieron entrega de un terreno del ex Regimiento Andalién para la construcción de una escuela modular que albergará a 3 mil alumnos. Al igual que en Iloca, el proyecto era financiado y ejecutado por la Organización Desafío Levantemos Chile, a la que a mí me gustaba secundar con el eslogan “los privados al rescate”. Como fuera, los estudiantes del Liceo Antonio Varas y del Liceo de Niñas Claudina Urrutia de Lavín tendrían un lugar para continuar su educación.

Cauquenes para ese entonces tenía aproximadamente 55 mil habitantes, de los que 35 mil habían resultado afectados por el terremoto. Según el catastro entregado por la municipalidad había 8 mil casas destruidas y 3 mil estaban en el suelo aún ese 26 de marzo de 2010. Si a eso le sumamos aislamiento producto de un puente caído, no es de extrañar que ocurriera aquel episodio de la promesa de los tres puentes mecano para el Barrio Estación que relaté anteriormente. También fuimos a las dependencias del hospital de campaña a anunciar la construcción de un hospital definitivo que reemplazaría al modular,

pero desde luego, sin definir plazos para ello.

Hasta ahí, todo iba en relativo orden, la grabadora registrando, la comitiva de prensa siguiendo a las autoridades como un rebaño sumiso. Sólo algo me hacía ruido. La Tercera no había enviado un periodista joven con poca experiencia, quien caminaba junto a mi era Bernardita Marino, una periodista de la sección Política que solía “golpear” bastante con temas que El Mercurio no llevaba. Morena, joven y guapa, tenía una sonrisa encantadora. Me advirtieron que la vigilara, que no le quitara los ojos de encima, que fuera casi su sombra, que no podía salir con algo que yo no viera. Menuda presión para una practicante que está sola en otra región cubriendo para el medio escrito más importante del país.

El problema no era perderla de vista, el problema era que Bernardita Marino no paraba de hablar por teléfono. Y como es de muy mala educación escuchar conversaciones ajenas, verla pegada al celular, sin poner la grabadora, me tenía completamente nerviosa. Al día siguiente descubrí que, como buena mujer que hace muchas cosas a la vez, estaba reportando en paralelo un tema que La Tercera sacó destacado en portada que se titulaba “La Moneda y policías coordinan inédito plan para enfrentar Día del Joven Combatiente”, una información que no era mi responsabilidad obtener. Recuerdo como si fuera ayer su saludo a la mañana siguiente, con una sonrisa

que sin palabras decía “¿viste mi nota, verdad?”.

Me pregunté si acaso Bernardita Marino sería de aquellas periodistas que llevaban tiempo cubriendo derecha, habían estrechado lazos de confianza y amistad con sus fuentes para sacarle datos y “papitas”, de aquellas que serían convocadas a formar parte del nuevo Gobierno. El tiempo me daría la razón.

En el año 2011 el portal online del periódico The Clinic publicó una contrapropuesta al clásico artículo de El Mercurio de las “100 mujeres líderes del año”. En la parodia, Bernardito Marino era la número 68, presente en la categoría de “Las que le hacen bien a la política chilena”. “La mujer que hizo que todos se quitaran la corbata. Rodrigo Álvarez, ministro de Energía, no contento con ser pelado, tuvo una idea perfecta para capear el calor -y de paso ahorrar energía-, inspirada en Japón: hacer una campaña en la que saliera él y otras figurillas sacándose la corbata. Le contó a su asesora, Bernardita Marino, y ella le dijo algo así como: “Pero démosle”. Rodrigo entonces, muy feliz, decidió hacer el asunto. Gracias, Bernardita”, se lee en su reseña.

Para el 2013 la periodista figura como Jefa de Comunicaciones en AES Gener S.A., empresa del rubro energético que está siendo investigada por la intoxicación de 7 personas en la comuna de La Greda, en el sector de

Puchuncaví en la V Región, producto de los contaminantes emitidos por cuatro de sus termoeléctricas. Cabe mencionar que el Presidente de AES Gener, Andrés Gluski Weilert, fue designado miembro del comité para las exportaciones de Barack Obama, es decir, forma un equipo asesor de nada más y nada menos que del Presidente de Estados Unidos. Harto trabajo debe tener Bernardita por estos días.

Regresando al 2010, luego de las actividades en Cauquenes nos trasladamos a la ciudad de Constitución. Al igual que Talcahuano, Constitución es una ciudad costera donde el mar constituye una de las principales actividades económicas. La diferencia estaba en que Talcahuano es una gran urbe, moderna y colindante a la capital regional (Concepción), en cambio Constitución tenía una fuerza laboral de alto porcentaje de pesca artesanal. Por muchos fue considerada la verdadera Zona Cero, el punto urbano más cercano al epicentro del terremoto, con mayor intensidad del movimiento y brutalmente afectada por el maremoto que secundó al movimiento telúrico. Constitución, a un mes del desastre, era devastadora.

Nuestra presencia allí se justificaba en la inauguración de una explanada y muelle en el sector La Poza, en la desembocadura del río Maule. Desde luego esto era algo muy significativo para la comunidad pesquera. Piñera esta vez estaba acompañado por el senador Juan Antonio Coloma, el diputado Pedro

Pablo Álvarez, el ministro de Obras Públicas, la subsecretaria de Obras Públicas, el Intendente de la Región del Maule y un hombre al que Piñera nombró como “el Jefe, Comandante Macchiavello que ha estado a cargo de muchas de las tareas de emergencia y reconstrucción”. Meses después tendría la oportunidad de hablar personalmente con Roberto Macchiavello, Comandante en Jefe de la Segunda Base Naval de Talcahuano.

“Segunda vez que estoy en Constitución como Presidente de la República, y por tanto he estado acá ya dos veces en las últimas dos semanas y esto no es casualidad. Yo quiero decirles que mañana, o la madrugada del día de mañana, a las 3:34 de la mañana, todos vamos a recordar lo que pasó hace un mes atrás, y especialmente la gente de Constitución. Ese día, o esa madrugada, Chile experimentó uno de los cinco terremotos más graves en la historia conocida de la humanidad”, así iniciaba Sebastián Piñera sus palabras que se prolongaron por la media hora aproximada a la que ya nos tenía acostumbrados.

Como en una clase de historia natural, prosiguió ilustrando a los asistentes, “esa madrugada la tierra tembló como solamente lo había hecho cinco veces en su historia. El primero y el más grave de todos ocurrió en Chile, el terremoto de Chillán. Los otros tres ocurrieron fuera de Chile, en Alaska, en Estados Unidos, en Sumatra y en Camanchaca, y el quinto peor terremoto de la

historia de la humanidad ocurrió aquí, en nuestro país. Pero yo quiero decirle a la gente de Constitución que esta zona fue doblemente golpeada. En primer lugar porque estuvo muy cerca del epicentro, por tanto el terremoto aquí fue aún más fuerte (...), pero además, en esta tierra la naturaleza golpeó doblemente; primero el terremoto, y después el maremoto que azoló estas tierras y que causó una tremenda destrucción en la ciudad de Constitución. Y un Presidente tiene que estar cerca de donde están los problemas, y yo sé que aquí ha habido mucha sangre, sudor, lágrimas y muerte.”

Pocas cosas parecen interesantes cuando uno ha escuchado ya muchas veces repetir el mismo discurso ante diferentes personas, pero hay palabras de aquella media hora en Constitución que es necesario mostrar al mundo, dejar registro y tomar nota, porque si cada palabra tirada al viento fuera un compromiso vinculante de realizar, todos ellos estarían enjuiciados por incumplir, por mentir, por jugar con la esperanza de un pueblo. Sebastián Piñera dijo: “Cuando venía entrando escuché de boca de muchas personas, y especialmente de las mujeres, los problemas que aquejan a Constitución. Quiero decirles que me hace muy bien como Presidente de Chile escucharlos directamente de la boca y mirando a los ojos a la gente de Constitución. Porque cuando uno lo ve así no se le olvida nunca más.”

Luego siguió enumerando una a una las carencias de servicios básicos y

el listado de desastres que había sufrido aquella gente. Posteriormente los invitó a comenzar a reconstruir sus vidas, a través de la inauguración simbólica del muelle, para deshacerse en promesas y compromisos que él como Presidente, y su Gobierno, asumían con ellos, reiterando una y otra vez que escucharlos “le llega al alma” y no los dejarían solos.

Antes de terminar hizo un llamado a dios, como un hombre de fe, para que los ayudara a enfrentar esa tragedia. “Yo creo que dios nunca nos pone una carga que no seamos capaces de sobrellevar, y por tanto, con la ayuda de dios, con el compromiso de ustedes, con el trabajo de todos, estoy seguro que vamos a ser capaces de volver a ponernos de pie, de secar nuestras lágrimas, de arremangarnos las mangas y ponernos a reconstruir, no el mismo Chile que destruyó el terremoto y el maremoto, porque las tragedias también son una oportunidad para construir cosas mejores (...). Quiero que sientan, a cada minuto, que hay un Gobierno que sabe qué está pasando aquí, que hace suyo sus problemas, y que mientras ustedes duerman sepan que hay un Gobierno trabajando para que ustedes y sus familias tengan un mejor amanecer”, remató el Piñera con una retórica emotiva impecable.

Luego empujó el primer bote, representando “el comienzo de la recuperación y la reconstrucción”. Metió la pierna al agua, como la persona inquieta y torpe que es, desatando un estallido de flashes de los gráficos y el

festín de los camarógrafos de los canales de televisión.

Aquel día, aunque Sebastián Piñera no lo mencionara, también estuvo presente el Alcalde de Constitución, el independiente Hugo Tillería Torres. Sería este mismo edil quien en marzo de 2012 acusaría al Presidente de la República de no cumplir con la palabra empeñada y llevar tan solo el 11% de avance en el plan de reconstrucción “Constitución a Toda Costa”. En la noticia que publicó el diario regional El Centro el 12 de marzo de 2012 se lee:

“Hugo Tillería acusó el incumplimiento del Gobierno en materia de reconstrucción basándose en el porcentaje de avance del Plan Constitución a Toda Costa donde se proyectó la edificación de cinco conjuntos habitacionales con aproximadamente mil 500 departamentos.

‘Fue en marzo del año 2010 cuando el propio Presidente de la República, acompañado de sus ministros, aseguró que el plan de reconstrucción “Constitución a Toda Costa” con mil 500 nuevos departamentos, estarían contruidos en diciembre del 2011, pudiendo decirle responsablemente que el porcentaje de avance de los cinco conjuntos habitacionales es solo del 11 por ciento. Dejando claramente establecido el incumplimiento de la palabra del Presidente y de su Gobierno’, indicó la primera autoridad comunal de Constitución.”

Diario El Centro (12 de marzo, 2012)

De igual forma la noticia aclara que el gobernador de la provincia de Talca, José Antonio Arellano, discrepaba de las cifras que manejaba el edil,

señalando que “el Gobierno tiene otra visión de la reconstrucción y ello dice relación con un 68 por ciento de avances”.

Me encantaría preguntarles a aquellas personas humildes que viven de la pesca artesanal, a aquellas mujeres que lo encararon al llegar a Constitución, si creen que Sebastián Piñera, que las miró a los ojos y las escuchó de sus bocas, se olvidó de ellos o no en las semanas y meses siguientes, en la construcción de sus viviendas que se comprometió a hacer en el plazo de dos años.

5.2 Concepción me sabía a injusticia

Para la noche del viernes 26 de marzo de 2010, Christian Fauré y Dayenú Meza seguían en la cárcel tras negarles la libertad en un primer intento de sus abogados. Erick, Felipe, Fabián y Mauricio ya habían regresado a la capital sin haber podido visitar a Christian y yo me disponía a pasar la noche en Concepción.

No recuerdo con precisión a qué hora llegamos a la capital regional, si era aún de día o más bien ya caía la noche. De seguro debe haber sido de tarde porque los periodistas y camarógrafos de los canales de televisión partieron rápidamente a sus filiales en la región a editar y montar sus notas para

el noticiero de las 21:00 hrs. Ya desde el furgón que nos trasladaba iban preparando sus locuciones en sus libretas de notas, mirando las imágenes en el visor de las cámaras y seleccionando las que serían transmitidas.

Desde el 27F que las noticias del bloque de las 21:00 hrs., el principal del día, se habían extendido media hora adicional para entregar mayor información de la situación nacional, una práctica que se mantiene aún. Extraño legado nos deja este desastre natural, donde nuevamente sería interesante consultar a la ciudadanía si se siente más informada con el crecimiento temporal de las noticias. Qué diría el escritor y periodista chileno Guillermo Blanco en su genial obra sobre las noticias televisivas “El joder y la gloria”, lectura obligada en primer año de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Otro grande del periodismo chileno que perderíamos ese 2010.

“El autor –cuya existencia real ha sido puesta en duda en más de una oportunidad- sitúa la acción de esta novela en un país tan imaginario como él mismo. Los telespectadores viven ahí sometidos a un régimen de fútbol obligatorio a través de eterno “tonticiarios” en los que, entre pelota y pelota, el debate político se abre un hueco vía declaraciones que nadie escucha, en respuesta a declaraciones que después no recuerda nadie.

El joder y la gloria lo instala en esa realidad – que no tiene nada de virtual- y lo invita a buscar alivio y reflexionar, riéndose.”

Guillermo Blanco, *El joder y la gloria* (1997)

Tres cosas me marcaron en la ciudad de Concepción, una como persona con profundo asco por el autoritarismo, la otra como periodista, y la última como ser humano aún con capacidad de asombro.

En el hotel de Concepción no compartí la habitación con nadie. Bernardita Marino se había puesto de acuerdo con la periodista de Canal13 y ellas ahorrarían en un cuarto doble. Cuando llegó la hora de la cena me percaté que no quedaría mucho de mi viático para el bolsillo propio, los periodistas me invitaban a comer con ellos en un restaurante mexicano. El periodista de TVN, la de Canal 13, Bernardita Marino por el diario La Tercera y yo en representación de El Mercurio salimos a cenar y beber vino, como en una caricatura de la elite mediática nacional sentada a la mesa. Me sentí extrañísima, evidentemente se conocían de años compartiendo escena en la cobertura del mundillo político, quizás cuántas giras presidenciales como esta llevaban en el cuerpo. Traté de estar a la altura de la conversación, de tomar la copa de vino como había visto hacer a la gente que sabe de cepas. Pese a que era una chiquilla que poco tenía que aportar, tengo la sensación de haberlo pasado bien.

Al regresar, caminando por el centro de Concepción, una visión nos sacó del relajó y nos violentó demasiado. Las tiendas del comercio estaban cerradas

con sus cortinas metálicas, los faroles del alumbrado público encendidos y pocas almas transitaban por las calles. Era la noche de un viernes demasiado tranquilo para una ciudad como esa, capital regional y centro cívico principal del sur de Chile. Pronto entenderíamos porqué. Al doblar en una esquina aparecieron ante nuestros ojos dos chicos de no más de 18 años en ningún caso. Vestidos del tradicional uniforme militar de camuflaje verde, el clásico pelo muy corto y recto de aquellos que realizan el servicio militar, pañoletas palestinas de las que están de moda entre los jóvenes envolviendo sus cuellos –corría un aire fresco aquella noche-, parados en posición firme, muy erguidos con las piernas semiabiertas y los bototos negros aferrados al cemento, hacían guardia sosteniendo rifles con los brazos flectados.

Es cierto que ya había visto uniformados armados en Talcahuano en la gira anterior, sin embargo, en esa ocasión era de día y había muchas personas y actividades a su alrededor, no había tenido la oportunidad de enfrentarme a ellos en un cotidiano acto como salir a cenar. Su presencia era un aire frío recorriendo la espalda, un estado de desconcierto que sabía a estupidez y descriterio. Tenían rostros adolescentes, los delataba su parte inferior de la cara donde una innecesariamente afeitada pelusa imberbe asomaba su juventud. Nos miraban desafiantes, alertas, firmes y en guardia como les habrían enseñado a penas días atrás.

En Chile, el servicio militar continúa siendo obligatorio pese a que en algunos años se ha completado el cantón de reclutamiento con voluntarios, dando a la ciudadanía la sensación de lo contrario. Todo joven que cumpla los 18 años, incluso teniendo 17 aún, puede ser llamado mediante un sorteo que se define como “aleatorio, público y transparente”, a completar la lista cuando no se cumplen los cupos con conscriptos voluntarios. El ser llamado y no presentarse implica una infracción, y en efecto para muchos trabajos y en todos los cargos públicos se exige presentar un certificado de “Situación militar”.

Si las listas de llamado a los seleccionados definitivos se publican en diciembre para la Armada y la Fuerza Aérea y en febrero para el Ejército, y finalmente el acuartelamiento comienza en el mes de marzo, es fácil pensar que el 26 de marzo de 2010, poco y nada sabrían esos chicos en la esquina de Concepción de disciplina militar, de servicio país e incluso del correcto uso y manipulación de las armas que portaban. Pero ahí estaban, en la guardia nocturna de una céntrica calle de una de las ciudades más golpeadas por el terremoto. Adolescentes con armas, como en las películas de medio oriente, como en las favelas de Brasil, como en los carteles del narcotráfico colombiano-mexicano, pero proporcionados por el Estado, en nombre del orden público.

No podía dejar de pensar en Christian Fauré y en su compañera Dayenú, preguntarme si habrían sido chicos como esos quienes los tomaran detenidos,

quienes irrumpieran en su casa buscando especies robadas. Con el tiempo entendería que no. Desde luego, quienes protegieron los intereses del mercado, de las industrias saqueadas, de la propiedad privada de la multinacional extranjera, no fueron dotaciones inexpertas de jovencitos recién reclutados, fueron las Fuerzas Especiales traídas desde Santiago quienes allanaron casas buscando culpables que compensaran la pérdida económica de quienes controlan el país y su abastecimiento. Éstos, los “pelados” –como popularmente se conoce a los jóvenes que realizan el servicio militar, por sus cortes de pelo-, estaban destinados a eso que el Ejército llama “proteger a la población”.

Con el asco de la escena regresamos al hotel, algo reflexivos y algunos visiblemente más afectados que otros. Esa noche, o más bien en la madrugada del día siguiente, se cumplía ya un mes del terremoto y maremoto que había afectado a nuestro país. A las 3:34 am. de aquel 27 de marzo Sebastián Piñera estaría en la plaza principal de Concepción orando por las víctimas, en una vigilia y velatón. El segundo impacto de la noche fue la propuesta que Bernardita Marino me hizo al llegar al hotel.

Era hora de irnos a dormir, había que aprovechar de descansar pues el furgón de prensa presidencial recogería a los medios a las 3:00 am. en punto para trasladarlos a la actividad. Estábamos en las buenas noches cuando se me acerca para hablar conmigo. Básicamente me dijo que qué me parecía si

ninguna de las dos iba a la vigilia. Si yo iba ella estaba obligada a ir, pero que si no iba ninguna de las dos, contaríamos con las grabaciones de los demás. Algo desconcertada por la propuesta, acepté con la sincera convicción de querer creer que no era un truco.

Me fui a dormir y me costó conciliar el sueño. Nuevamente sentía la presión de cumplir con el diario. Me enfermaba la idea de tener que desconfiar de una colega, de pensar en qué pasaría si ella iba de todas formas, qué diría yo en el diario al volver a Santiago. Finalmente, ¿era ético ponerse de acuerdo de esa forma? Mal que mal, sólo nosotras competíamos una con otra. A estas alturas he aprendido mucho de la solidaridad gremial, que son finalmente las mismas condiciones de explotación laboral las que nos reúnen más que la competitividad de nuestros empleadores la que nos divide, pero debo decir que esa noche tuve suerte. Bernardita Marino realmente quería poder dormir un viernes por la noche en vez de pararse a pasar frío en una plaza del sur de Chile porque a un Presidente se le había ocurrido montar una puesta en escena para los medios.

Para el sábado 27, la hojita que nos daba Carla Munizaga o René Cánovas con el itinerario del día del Presidente decía lo siguiente:

03:34. En Concepción, el Presidente de la República, recuerda a las víctimas del terremoto del 27 de febrero y ora por Chile.

10:00. En Concepción, el Presidente de la República, encabeza una reunión de trabajo del Comité de Reconstrucción.

11:00. En Concepción, el Presidente de la República, Sebastián Piñera, asiste a una Misa Ecuménica a un mes del terremoto.

13:30. El Presidente de la República, junto al ministro de Educación, firma convenio de cooperación entre la Municipalidad de Talcahuano y Mineduc para el reinicio del año escolar.

Tras cubrir estas actividades con el mecánico procedimiento de conectar la grabadora, tomar apuntes de las cuñas principales según mi criterio de importancia para El Mercurio, tomar algunas notas del ambiente, la jornada acabó sin novedad.

Teníamos algo de tiempo libre antes de volar a Santiago, esta vez por suerte en el avión presidencial. Los periodistas de los canales andaban repartidos y en el furgón de prensa nos encontrábamos solas con Bernardita. Y entonces a ella se le ocurrió preguntarle al conductor si estábamos muy lejos del edificio Alto Río y si acaso nos podía llevar.

La foto del desplome del edificio Alto Río, en Av. Los Carrera, muy cerca del centro de Concepción, fue una de las que dio vuelta al mundo por lo impactante de la imagen. A solo un año desde su inauguración el edificio había

caído por completo desde su base y, además, se había partido por la mitad. Por la hora en que el terremoto ocurrió, a las 3:34, muchos de sus moradores quedaron atrapados en el interior. Finalmente hubo cerca de setenta heridos sobrevivientes y ocho fallecidos. El último cuerpo fue rescatado el 9 de marzo del mismo año. Las historias de aquellas familias mantuvieron en vilo a todo el país ante la angustia de la búsqueda, la rabia contenida ante la mala calidad de una construcción nueva que había costado vidas. El caso se hizo famoso, fue incluso retratado en la película “3:34” del director chileno Juan Pablo Ternicier, y yo tuve la oportunidad de verlo con mis propios ojos.

A esas aturas de mi práctica profesional había visto muchas cosas que me parecían absurdas y sin sentido. Había presenciado discursos maquillados de palabras bonitas, escuchado promesas que el tiempo daría la razón de calificarlas como falsas, había estado en campañas presidenciales, y seguido de cerca a la elite política nacional. Es decir, sabía de impotencia ante el circo político. Pero esta vez los dardos se dirigían a la empresa privada, a una horrible estafa del mercado inmobiliario, a la impotencia de ver las consecuencias de jugar con el sueño de la casa propia, cobrando vidas, pagando con la muerte.

Se sentía como volver a las escenas en Dichato, pero en medio de la ciudad capital regional del Biobío. Nunca podré olvidar el escalofrío de ver y

recorrer los departamentos tirados inclinados casi en 90°. Nuevamente las cosas que sólo tienen sentido en el calor de un hogar; ropa, fotos, muebles, artículos personales de todo tipo, esparcidos en los escombros. Trozos de baños, de comedores, de dormitorios, fraccionados y abiertos al público como en una *sitcom* estadounidense donde los actores entrarían en cualquier momento a escena.

Con apenas un año de uso, los objetos aún tenían esa apariencia de “lo nuevo”. Era inevitable preguntarse cómo cae y se destroza una estructura nueva. La respuesta estaba ahí, tan evidente como violenta. Los materiales, la obra gruesa de aquel edificio, era una verdadera broma de mal gusto. Las estructuras de fierro utilizadas en los pilares eran unas varillas delgadas que parecían alambres, habían cedido por completo y estaban dobladas y quebradas por todas partes. Al mirarlas tenía la certeza que con un gran alicate podría doblarlas, incluso con mi propia fuerza. El hormigón de esos pilares se descascaraba con las manos. Sentí ganas de llorar, un nudo en el pecho de sólo pensar en cómo la empresa inmobiliaria Socovil podía abaratar costos con ese nivel de descaro, con ese nivel de irresponsabilidad, con ese nivel de consecuencias.

Para el mes de agosto del 2013 se reabría un segundo juicio contra los responsables del colapso de Alto Río, tras la anulación de un primer juicio que

había establecido como único culpable al ingeniero calculista René Pettinelli.

El caso judicial se desarrolló por más de dos años, sumando cuatro meses de audiencias, siendo hasta entonces el juicio más largo desde la Reforma Procesal Penal en Chile. Los imputados habían sido el gerente general de la constructora Socovil, Juan Ignacio Ortigosa Ampuero; el gerente comercial Felipe Parra Zanetti; los ingenieros civiles calculistas René Pettinelli Loayza y Pedro Ortigosa; el gerente de proyectos Ricardo Baeza Martínez; el director de la obra, Mario Valeria; y los jefes de obra Héctor Torres y José Luis Paredes. El 31 de octubre de 2012 se falló en favor de todos salvo Pettinelli Loayza, quien fue condenado por el desplome del edificio. La condena dictada correspondía a una pena remitida de 800 días y el pago de dos mil millones de pesos chilenos. El fallo causó indignación entre la ciudadanía.

En este nuevo proceso, que se espera dure aproximadamente unos cinco meses, se busca establecer la responsabilidad de los tres ejecutivos de la constructora Socovil; Juan Ignacio Ortigosa, Felipe Parra y Ricardo Baeza, por infringir normativas sobre edificación. Para el Ministerio Público, los ejecutivos además fueron negligentes en la contratación de personas no idóneas para llevar a cabo la construcción del inmueble.

Como todos los que rondábamos los escombros, tomé algunas fotos con

el teléfono móvil pensando en mostrárselas a mi familia, y nos alejamos del lugar con la sensación de turistas que observan, fotografían y se van. A esas alturas, poco quedaba por decir en los medios sobre el tema, Alto Río había ya acaparado portadas y copado páginas de historias tristes. Concepción sabía a mucha injusticia.

En octubre de 2013 los escombros fueron donados a la ciudad de Concepción y en el lugar de Alto Río en Av. Los Carrera queda sólo un trozo en memoria de lo ocurrido que lleva una placa de reconocimiento en la que se lee: “Que el dolor de la comunidad del Alto Río nos recuerde que hay errores que no se deben repetir y que aún en medio del dolor, es posible reconstruir un futuro mejor”.

5.3 Chascarro del Día del Joven Combatiente

Volábamos de regreso a Santiago sentados en la parte trasera del avión presidencial, separados por una elegante cortina de la parte de adelante correspondiente a las autoridades. Yo miraba mis apuntes pensando en el informe que daría al llegar a la redacción, cuando Sebastián Piñera cruzó la cortina para conversar con nosotros.

Saludó, preguntó qué tal estábamos todos, algunos respondieron que

cansados, otros que no tan cómodos como él, y finalmente nos dijo lo que fue un bombazo para todos los presentes. “Vengo a decirles que mañana vamos a ir a la Villa Francia, en Estación Central, a decirle a estos chiquillos lo que les va a pasar si se portan mal”. Las caras de impacto y las muchas contra-preguntas que se desataron son una nebulosa, un ruido lejano ante mi desconcierto por lo que acababa de escuchar. ¿Acaso había dicho que iría a la Villa Francia, él, en persona, en vísperas del 29 de marzo? Pues sí, eso era justamente lo que el Presidente Sebastián Piñera había dicho. ¡Al carajo los apuntes, llamé de inmediato para informar a la redacción!

En Chile el 29 de marzo se conoce como el Día del Joven Combatiente. Se conmemora año a año el asesinato, a manos de Carabineros de Chile, de los hermanos Eduardo y Rafael Vergara Toledo, militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), en la Villa Francia en 1985, en el contexto de la dictadura militar. Este hito se ha convertido en un día de estallido social donde se reconoce la valentía de los caídos en lucha tanto en dictadura como en democracia, y a los muchos actos conmemorativos como marchas, actos culturales y foros, se suman barricadas y enfrentamientos con la policía al caer el sol.

Para los sectores conservadores es un día de delincuencia donde los antisociales salen a hacer disturbios y causar desmanes, con altos costos en

infraestructura pública. En este, el primer Gobierno de derecha electo desde “el retorno a la democracia”, existía mucha expectativa en torno a cómo se enfrentaría ese día en que, además, se cumplían 25 años del asesinato de los Vergara Toledo.

Aquel sábado 27, la mágica y desdoblada Bernardita Merino junto a dos colegas de su medio, habían publicado un completo artículo del plan que el Gobierno, encabezado por el ministro de Interior Rodrigo Hinzpeter, tenía preparado para el lunes 29 de marzo:

“Dos mil carabineros en Santiago, 13 mil efectivos de las Fuerzas Armadas en la Octava Región y dos aviones no tripulados que sobrevolarán Concepción forman parte del inédito plan de contingencia que La Moneda desplegará el lunes, en el 25 aniversario de Día del Joven Combatiente.

La preocupación del Gobierno para esta fecha no es casual: será la primera prueba en materia de seguridad, tema clave en el programa de Sebastián Piñera. Hinzpeter apuesta a fortalecer los planes del Ejecutivo en seguridad ciudadana y marcar diferencia de sus antecesores. Esta semana el jefe de gabinete completó el equipo de la División de Seguridad Pública, que será encabezada por el abogado Jorge Nazer.”

La Tercera (27 de marzo, 2010)

Otra de las medidas consideraba el retiro masivo de escombros, para

prevenir que fueran utilizados en los enfrentamientos con la policía o como materiales de destrucción. Ante este escenario, que el mismo Presidente anunciara su visita a la Villa Francia para “advertir lo que les pasaría” a esos chiquillos no podía ser entendido de otra forma que como una terrible provocación. Incluso desde el punto de vista de su propia seguridad, no podía ser una buena idea.

Aquella misma tarde del sábado, ya instalada en la redacción de El Mercurio, recibí una llamada de René Cánovas de prensa presidencial. Me aclaraba con mucha sutileza que aquella visita a la Villa Francia que el Presidente nos había anunciado, no sería tal. El anuncio había sido una equivocación, en realidad la actividad de Sebastián Piñera sería visitar la Prefectura de Fuerzas Especiales de Carabineros. Nuevamente el equipo asesor debía apagar el incendio de un arrebató de su mandatario, y avisar a cada medio. En mi forma de ver, no era menos osado decidir arengar a las Fuerzas Especiales el día anterior.

Esta vez, y siendo la única en que trabajé para Política y Policial a la vez, estuve presente en el cuartel de Calle San Isidro, cuando Sebastián Piñera acompañado de Rodrigo Hinzpeter habló a las Fuerzas Especiales, las mismas que yo había visto tantas veces reprimir a mis amigos, compañeros, con excesiva violencia, los mismos que se habían llevado a Christian Fauré y

Dayenú Meza desde su casa en Hualpén. “Presidente anuncia ‘mano dura’ para jornada del ‘Día del Joven Combatiente’”, así se titulaba mi noticia publicada el 29 de marzo en la página 12 del Cuerpo C de El Mercurio.

“Con ‘toda la fuerza del mundo’ y ‘con todo el rigor de la ley’. Así enfrentará el gobierno el denominado Día del Joven Combatiente, según lo declaró ayer el Presidente Sebastián Piñera, durante una inédita visita a la Prefectura de Fuerzas Especiales de Carabineros.

‘Ustedes (Carabineros) van a contar con todo el respaldo del gobierno que yo presido’, les dijo el Mandatario, y recalcó la importancia de su labor para enfrentar la delincuencia con ‘mano dura’ para ‘devolverle a la gente su derecho a vivir en paz y tranquilidad’. En sus palabras agregó que ‘los padres, familiares y amigos de los hermanos Vergara tienen todo el derecho a recordar su muerte, pero no tienen ningún derecho a alterar el orden público ni poner en riesgo la vida ni la propiedad de las personas’”.

El Mercurio (29 de marzo, 2010)

En su discurso Piñera fue muy enfático en la mano firme, en el rigor ante la delincuencia. Lo que no se publicó en El Mercurio, fue que antes de la palabra “recordar”, el Mandatario dijo que “los padres, familiares y amigos de los hermanos Vergara tienen todo el derecho a celebrar... o recordar su muerte” y esa fue una palabra que causó indignación. No sólo que un Presidente de derecha, quienes sostuvieron y respaldaron la dictadura militar, arengara a las Fuerzas Especiales para salir a reprimir con firmeza y todo su respaldo, sino

que además se atreviera a hablar, si quiera tan solo a mencionarlos, de los hermanos Vergara, y además cometiera la estupidez de hablar de la celebración de su muerte.

5.4 Algunos números de relevancia y otros de incierta necesidad

Mientras tanto, el Informe de Situación #9, del 26 de marzo de 2010, elaborado por Naciones Unidas mostraba cifras al mundo que poco se conocían en Chile:

- Según las últimas declaraciones del Gobierno, el balance de daños causados por el terremoto equivale a:
- Vivienda: USD 3.943 millones, de los cuales el Estado financiará el 82,6%;
- Educación: 4.013 escuelas contabilizan daños que equivalen a USD 3.015 millones;
- Salud: 79 hospitales afectados o fuera de servicio. Los costos en Salud suman USD 2.773 millones;
- Agricultura y Pesca: las pérdidas en agricultura se calculan en USD 39 millones, y la misma cifra en el sector pesquero, que reporta 4.223 embarcaciones dañadas y 26.923 pescadores damnificados;
- Vialidad: las pérdidas totales equivalen a USD 958,4 millones.
- La industria del vino en Chile calculó en USD 250 millones las pérdidas del sector:
- Agua potable y viviendas temporales se identifican como necesidades

prioritarias.

- Según la FICR (Federación Internacional de la Cruz Roja), cerca de 19.000 personas están viviendo en 90 campamentos de emergencia en las Regiones de O'Higgins, Maule y Biobío. 25.000 personas están albergando en viviendas temporales improvisadas (escuelas) y 50.000 están viviendo en campamentos improvisados y necesitan una vivienda de emergencia.
- Según la FICR en la Región del Maule, el 20% de la producción regional de arroz no recibe fuentes de riego y se han perdido 100.000 hectáreas de tierras de regadío.
- Según el Informe del USGS (Servicio Geológico de Estados Unidos), el 26 de Marzo dos sismos de 4,8 y 4,9 grados de magnitud en la escala de Richter han sido registrado en la Región del Maule. Además un temblor de 5,9 grados de magnitud de la escala de Richter ha sido registrado desde la II hasta la VI Región.

El Informe de Situación #10 de la misma institución, con fecha 30 de marzo de 2010, entre otras cosas, agregaba que:

- De acuerdo a la información consolidada con que dispone el Gobierno, el total de viviendas destruidas producto del terremoto y maremoto fue de 81.444; las viviendas que sufrieron daños mayores ascienden a 108.914 y las que se vieron afectadas por daños menores corresponden a 179.693. Esto da un total de viviendas con daños de consideración de 370.051.

- El día 29 de Marzo, JUNAEB (Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas) estaba entregando aproximadamente 143.259 servicios de desayuno, almuerzo, once y/o cena para un total de 65.621 personas damnificadas, disminuyendo la demanda respecto del día anterior en un 4%. Con ello, el número de comunas beneficiadas alcanza a 58, las que pertenecen a las regiones de Valparaíso, Metropolitana, O'Higgins, Maule y Biobío.

- El Gobierno crea el "Bono abril", un incentivo destinado a acelerar la entrega de las viviendas de emergencia. Una empresa que entregue *mediaguas* la primera semana de abril recibirá como premio un bono de 100.000 pesos (aprox. USD 190) por cada una de ellas. Si ello ocurre la segunda semana dicho monto será de 65.000 pesos (aprox. USD 125); durante la tercera semana será de 40.000 pesos (aprox. USD 76) por vivienda entregada, y en la última semana se reducirá a 15.000 pesos (aprox. USD 28).

- La OIM indicó que con los USD 3 millones provenientes del CERF (United Nation's Central Emergency Response Fund) se construirán casas temporales, conocidas como *mediaguas*, para unas 1.500 familias. Además, se proveerán 600 sets para reparación de viviendas a las personas cuyos hogares han sufrido daños menores y también se repartirán otros 600 sets de cocina e higiene a los que han perdido sus pertenencias.

- Un grupo de seis artistas de la organización Payasos sin Fronteras (PSF) llegó el 29 de Marzo al campamento de la caleta el Morro, cerca de la damnificada localidad de Talcahuano (Región del Biobío), para

acompañar a los niños/as damnificados por el terremoto/maremoto. Durante la primera parte de la gira, los payasos de la organización viajarán por la región del Biobío, mientras que la segunda semana de abril partirán hacia la región del Maule.

- Según la superintendencia de Servicios Sanitarios, al 29 de Marzo el 100% de la población de las regiones afectadas por el terremoto y que habita en localidades urbanas (11,24 millones de personas), cuenta con abastecimiento de agua potable. De esta cifra el 99,7% (11,21 millones) lo obtiene a través de las redes de distribución con suministro en el interior de sus casas, aunque en algunos casos con baja presión y cortes esporádicos. El 0,3 % restante, equivalentes a 32 mil personas en la Región del Biobío, es abastecido mediante camiones aljibe o estanques portátiles instalados en las ciudades.

- El Gobierno del Ecuador entregó 10 toneladas de alimentos y medicinas. Entre los productos alimenticios constan aceite, arroz, avena, fideos, granos secos, sal, enlatados, azúcar, alimentos fortificados y otros como jabones para ropa y de tocador, pañales, toallas sanitarias y pastas dentales. Entre las medicinas se incluyen: antiinflamatorios, anestésicos y medicamentos para la hipertensión arterial.

- Al 25 de marzo, el Gobierno de Estados Unidos ha brindado cerca de USD 14 millones en asistencia humanitaria a Chile en respuesta a los efectos del terremoto, incluyendo: más de USD 12 millones de USAID/OFDA (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional / Oficina de los Estados Unidos de Asistencia para Desastres en el Extranjero), USD 1 millón del Departamento de Defensa estadounidense.

Lo que los Informes de Situación de Naciones Unidas no decían era la cantidad de casas desabastecidas de servicios básicos que habían sido allanadas por carabineros y militares buscando especies robadas. La cifra de personas, como Christian Fauré, Dayenú Meza y Bernardo Ortega que habían sido detenidas en procedimientos irregulares. Los días que llevaban en la cárcel y los días que se estimaba permanecerían presos, y cuánto generaba eso en costos de mantenimiento al sistema penitenciario y en procedimientos al Ministerio Público.

Lo que los Informes de Situación de Naciones Unidas no decían era la cantidad de víctimas que, además de la situación traumática, habían sufrido abusos y excesos de violencia por parte de las Fuerzas Armadas y de Orden. La cantidad de golpeados, torturados y asesinados de los que se supo e investigó, como Iván Rojas y David Riquelme, y de los que nunca se supo nada. Los informes tampoco hablaban del gasto en contingente militar y armamento que el Gobierno mantiene y profundiza año a año y cuánto de eso fue útil para servir al país ante la emergencia.

Lo que los Informes de Situación de Naciones Unidas no incluyeron en sus páginas tampoco eran la cantidad de negligencias y faltas a la ética cometidas por los medios de comunicación masivos. El total de imágenes

desgarradoras, morbosas y aterradoras que se publicaron en los diarios. Las horas al aire de sensacionalismo del desastre sin pausa ni descanso. El porcentaje de miedo e inseguridad infundido en las personas a través de sus informaciones de poca utilidad, en contraste con el porcentaje de riesgo real de ser saqueados. La cantidad de horas al aire en tv y radio, y de páginas en diarios y revistas dedicadas a la protección de la propiedad privada de grandes empresarios y las dedicadas a la protección de la propiedad de particulares de poco poder adquisitivo y la propiedad pública.

CAPÍTULO 6: ¿QUÉ TE PASÓ PERIODISMO? ANTES ERAS CHÉVERE

6.1 Adiós Agustín Edwards, gracias por tanto

En pocos días finalizó mi paso por El Mercurio, en la sección Política, en un álgido verano noticioso. Me preguntaron si tenía la posibilidad de continuar como colaboradora, dije que estaba a penas entrando en cuarto año de la carrera, que eso no era una opción.

Fuimos tres las practicantes de esa sección en el verano de 2010. Natalia Olivares, de la Universidad Católica, se quedó trabajando allí; Constanza Caldera, de la Universidad Católica del Norte, fue reprobada con nota 4.0; y yo me fui con buenos comentarios de mi equipo y una pobre evaluación de José Luis Santa María –mi editor- de nota 5.0.

De mi paso de tres meses por el diario impreso más importante del país, parte del duopolio que controla la prensa escrita en Chile y su distribución nacional, puedo sacar varias cosas en limpio. La primera reflexión es comprender que en la sección Política no se define la línea editorial política del medio, sino que en la sección de Economía y Negocios. Cuando quedé en Política pensé que probablemente sería incómodo para mí escribir sobre cosas que no estaría de acuerdo en muchas ocasiones, sin embargo, en la práctica

esto no fue así. La mayor parte del tiempo el trabajo se trataba de cubrir conferencias y puntos de prensa donde autoridades, parlamentarios o partidos políticos tenían un anuncio que hacer respecto a algún tema de contingencia, cubrir actividades en las que participaban autoridades, y el resto del tiempo se trataba de recoger reacciones de un sector frente a los dichos de otro sector.

Si lo pienso durante un momento, no es muy diferente a una sección de espectáculos o un programa de farándula de los que se critican todo el tiempo. En ambos casos se trata de seguir a personajes públicos y ver cómo se pelean, retan, confrontan y rara vez proponen algo nuevo o tienen un aporte que entregar. La diferencia, se supone, debería recaer en que seguir a las autoridades públicas es parte del rol fiscalizador que los medios de comunicación juegan en un sistema democrático. Es cierto, misión muy necesaria en un régimen de libertad de expresión, sin embargo, la fiscalización es escasa, básicamente porque no es noticia, no genera pauta y, simplemente, no es lo que se incluye en las páginas del diario.

Nunca pude proponer un solo tema en las ricas reuniones-desayuno de pauta de los días jueves, porque los practicantes no tienen ningún dato ni quien los datee sobre ninguna cosa del mundo político. La única vez que quise proponer algo para un breve, el Club Deportivo Francisco Bilbao que estaban levantando algunos militantes de las juventudes del Partido Radical y el Partido

por la Democracia, fue desestimado porque los chicos no eran “conocidos”.

Sólo una vez tuve una edición en un texto que podría considerarse un tipo de censura. En una noticia que hablaba sobre la designación de la directora del Instituto Nacional de Derechos Humanos, me cambiaron la frase “investigaciones sobre víctimas de violaciones a los derechos humanos” por “investigaciones de casos de violaciones a los derechos humanos”. Al parecer esas sutilezas siguen siendo el gran talón de Aquiles del conglomerado de Agustín Edwards. Invitación aparte a ver el documental “El diario de Agustín” y leer el libro del mismo nombre para comprender mejor el porqué.

En los más de 90 días que participé de la redacción de la ciudad Mercurio S.A de Av. Santa María 5542, escribí pocos artículos firmados con mi nombre y una alta cantidad de breves. Pude reportear un par de casos interesantes y estar contenta de ello, como los siguientes titulares:

- Hinzpeter anula designación de gobernador tras revelarse vínculos con Colonia Dignidad (2 marzo 2010)

- Larroulet prepara visitas al Congreso antes de asumir cargo (17 febrero 2010)

- RN y PRI reafirman pacto en la Cámara y Zaldívar ofrece gobernabilidad a Piñera (29 enero 2010)

- Ravinet recibe críticas oficialistas y presidente (s) DC dice que “miente”

sobre apoyo de Krauss (14 febrero 2010)

- Presidente anuncia “mano dura” para jornada del “Día del Joven Combatiente” (29 marzo 2010)

Escribí en varias ocasiones breves para una subsección llamada “Política de Perfil”, donde se incluían cosas más amenas, datos o anécdotas del mundo político. Ahí tuve algunos temas como:

- Los regalos que entregó el Presidente electo a quienes lo visitaron ayer (10 enero 2010)

- Los “trucos” y estrategias que preparan los partidos políticos para regresar a la legalidad (01 febrero 2010)

- Las despedidas de los últimos Presidentes (12 febrero 2010)

-Enríquez-Ominami reaparece con saludos del Día de los Enamorados desde su sitio web (15 febrero 2010)

- Tabaré Vázquez anuncia que invitó a Piñera a cambio de mando en Uruguay (21 enero 2010)

- Álvarez invita a opinar sobre la cuenta pública (12 febrero 2010)

Pero en El Mercurio, en dos ocasiones en particular, tuve que escribir temas que sentí una profunda vergüenza de firmar con mi nombre y que, por lo demás, fueron los que me tomaron mayor tiempo de preparación y horas de trabajo. Febrero es un mes donde escasean las noticias de política porque los

políticos salen de vacaciones. Con ese panorama, se me encargó varias veces fabricar noticias sobre aspectos, a mi modo de ver, irrelevantes. Paradójicamente éstas fueron las noticias que tuvieron mayor espacio en el periódico. Una de ellas fue:

- Litoral central, la Araucanía y Coquimbo: los destinos preferidos para vacaciones de los políticos (1 febrero 2010)

Para poder escribir esta “noticia” que se publicó a página completa, con fotos a todo color, tuve que llamar a todos los parlamentarios (ambas cámaras) y preguntarles dónde irían de vacaciones, generar un *Excel* y cruzar los datos, esta tarea me tomó un par de días. No es necesario precisar que desde luego muchos se molestaron por ser contactados para asuntos tan triviales que, por lo demás, formaban parte de su vida privada. Otros, en cambio, comentaron felices los detalles de sus días de descanso, incluso enviando fotos.

Siempre voy a recordar a Nelson Ávila (senador del PPD) contándome como si fuera una amiga de toda la vida, que su avión había tenido muchas turbulencias mientras volaba sobre las cataratas de Iguazú, además de prometerme unas fotos personales con un guacamayo posado en su cabeza.

Nota aparte habría sido la conversación con Álvaro Escobar, el actor nacional que ya terminaba sus cuatro años de incursión en la Cámara Baja

como diputado de la Concertación. Con mucho sarcasmo me confidenció que tenía una casa en Los Vilos pero que le daba mucha "lata" ir para allá, porque en ese balneario también vacacionaba la diputada María Antonieta Saa (PPD) y el ex ministro Edmundo Pérez-Yoma, y que si acaso yo me los podía imaginar en traje de baño y entender por qué no tenía ganas de presenciar esa escena. Además, en el llamado telefónico me contó que ya no tenía ganas de verle la cara a nadie más del parlamento, que al fin se acababan los 4 años mejor pagados de su vida, por no hacer nada. Que aquel verano en 2010 no tomaría vacaciones, porque tenía que volver a trabajar. Yo lo encontré simplemente notable.

Finalmente, la única vez en mi estadía en El Mercurio que una noticia firmada con mi nombre logró salir destacada en la portada del diario, fue por lejos la más ridícula e irresponsable de todas:

- Piñera encabeza grupo de presidentes más deportistas a nivel mundial
(05 febrero 2010)

Aquel día en que Sergio Espinoza, mi subeditor, me dijo que tenía una misión para mí, que debía investigar qué presidentes en el mundo hacían deportes, para decir que Sebastián Piñera era el que hacía más deportes, yo me largué a reír. No de forma estruendosa, pero no pude evitar soltar una carcajada pensando que era una broma de Sergio. No lo era. Su cara me delató

en un segundo que hablaba en serio, y sus palabras lo confirmaron con severidad al agregar “y es para hoy”.

No tenía idea por dónde empezar. Comencé a ingresar en los buscadores “presidentes deportistas”, en los archivos de El Mercurio, y poco era lo que podía comprobar. Es decir, pude dar fácilmente con noticias que relacionaban a Vladimir Putin con el judo, Barack Obama con el surf, Evo Morales con el fútbol, pero cómo sería posible que en una sola tarde yo comprobara que, efectivamente, en el mundo entero no había presidentes que hicieran más deporte que Sebastián Piñera. Creo que fue la noticia con la que sentí mayor presión, finalmente en la sección poco les importaba que fuera verdad o no, se vería muy atractivo decir que el presidente *G.I. Joe* (los muñecos militares de los 70's) era un verdadero hombre de acción que “practica buceo, parapente, rafting, windsurf, esquí acuático, fútbol y tenis, y también pilotea su propio helicóptero”. Simplemente, creo que no hay nada más que agregar al respecto. Adiós Agustín Edwards, gracias por tanto.

6.2 El periodismo que no era

Si Ryszard Kapuscinski, el tremendo maestro de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), hubiera sido un joven de la actual era hiperconectada que se expresa a través de emoticones, planifica su vida

por WhatsApp desde su teléfono móvil, comparte sus experiencias con sus amigos subiendo fotos en Instagram y hace bromas con *memes* que publica en Tumblr, es probable que hubiese dicho en su obra “Los cinco sentidos del periodista”: ¿Qué te pasó periodismo? Antes eras chévere.

La frase que hoy es parte del vocabulario de esta generación descrita proviene de un capítulo de la serie animada Los Simpson en que Bart está en el futuro y al encontrarse con Homero le dice, “¿qué te pasó viejo? Antes eras chévere”. Homero le responde “todavía lo soy”, y Bart lo niega diciendo “nah, has cambiado”. En la cultura popular juvenil la frase se usa para graficar algo que antes nos provocaba gran orgullo y satisfacción, pero que nos ha desilusionado con el tiempo, principalmente porque se ha vendido al sistema y ha abandonado la esencia que lo caracterizaba. Nada puede resumir mejor el sentimiento que tengo al hablar (o escribir) sobre lo que pasó con los medios en Chile, tras años de ayudante académica en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y un duro golpe de bruceos con la realidad.

Kapuscinski lo dijo ya en el año 2003 respecto al periodismo, “hace 50 años este oficio se veía muy diferente a como se percibe hoy. Se trataba de una profesión de alto respeto y dignidad, que jugaba un papel intelectual y político. Un periodista era una persona de importancia, admirada. Pero eso cambió en los últimos 20 años, a partir de una tremenda transformación en las prácticas de

este oficio (...) Hoy, al cronista que llega de hacer una cobertura su jefe no le pregunta si la noticia que trae es verdadera, sino si es interesante y si la puede vender. Éste es el cambio más profundo en el mundo de los medios: el remplazo de una ética por otra. Tras el ingreso del gran capital a los medios masivos, ese valor fue remplazado por la búsqueda de lo interesante o lo que se puede vender”.

Si el gran Ryszard no hubiera muerto en el 2007, si hubiera vivido tan sólo 3 o 4 años más, tal vez hubiera podido reafirmar sus reflexiones con el tratamiento noticioso de los terremotos de Chile y Haití. Tal vez, incluso, hubiera estado de acuerdo con Vicente Parrini, del Observatorio de Medios Fucatel, en su increíble columna titulada “La energía liberada por los medios”, donde en su bajada se lee: “Se alternaron, en general durante las primeras transmisiones, el dato duro y necesario con una sobredosis de testimonios lacrimógenos y una majadería informativa que tuvo, al menos una semana, a medio Chile con los nervios de punta entre réplicas y contra réplicas, anuncios de falsos maremotos, periodistas sobreexcitados que pronuncian cada diez segundos la palabra “dantesco” y los registros de reporteros aficionados que suben, compulsivamente, a la red sus aventuras sísmicas personales grabadas desde un celular”.

En Chile, en las horas siguientes al terremoto y posterior maremoto del

27 de febrero de 2010 las comunicaciones fallaron por largo tiempo. No hubo luz, ni líneas telefónicas, ni conexión a red de internet en gran parte del país. Las radios a pila y las baterías de los celulares fueron el único medio para saber qué ocurría, conectar personas que buscaban comunicarse con otras personas, dar avisos, alertas, mensajes.

El rol que jugaron los medios de comunicación locales fue fundamental. Principalmente las radios desarrollaron una labor social impresionante, pudiendo conectar a cientos de personas que buscaban señales de vida de familiares y amigos.

Muchos periodistas y comunicadores sociales que también habían sido afectados con la tragedia, lograron sobreponerse y asumieron su labor ante las necesidades informativas de un país conmovido e impactado por el dolor y las pérdidas de variada naturaleza, dando despachos en vivo desde sus barrios, desde el trayecto a sus trabajos, con verdadero profesionalismo. Su trabajo fue fundamental para situar a las personas en el contexto de la catástrofe y también como apoyo a las autoridades y equipos de rescate que en muchas ocasiones llegaron en forma posterior a los medios.

Sin embargo, con el paso de las horas el panorama fue cambiando. El sensacionalismo y la falta de rigor en la difusión de cualquier información sin

corroborarla previamente abundaron en canales de televisión, radios y portales de internet. El concepto de “saqueos” fue tratado con total prejuicio moral, sin considerar condiciones ni contexto.

El 26 de marzo, el Colegio de Periodistas sacó una declaración pública cuestionando las faltas a la ética cometidas por muchos colegas comunicadores:

“Lamentablemente, y en la medida que se ha ido conociendo la crudeza de las consecuencias del terremoto, se ha advertido en algunos medios de comunicación un uso indebido de imágenes y testimonios captados en medio del dolor, para la construcción de mensajes informativos que buscan captar receptores por medio del sensacionalismo.

En tal situación, es necesario recordar que el Código de Ética señala expresamente que el periodista “en especial respetará la intimidad de las personas en situación de aflicción o dolor, evitando las especulaciones y la intromisión gratuita en sus sentimientos y circunstancias.”

Se ha advertido, además, una innecesaria repetición de imágenes con escenas dramáticas desgarradoras, lo que sólo contribuye a aumentar el dolor de las víctimas, infunde temor y puede tener un fuerte impacto negativo en la salud mental de quienes se sienten bombardeados por este tipo de mensajes repetidos.

También se ha advertido, en algunos medios de comunicación, la difusión de informaciones no comprobadas, muchas veces provenientes de fuentes anónimas, bajo el rótulo de “periodismo ciudadano”. Esta práctica resulta riesgosa, especialmente en momentos de gran sensibilidad social, y podría ser dañina.

En tal sentido, el Tribunal Nacional de Ética del Colegio de Periodistas, tiene el deber de recordar que de acuerdo a las normas éticas de la profesión “el periodista difundirá sólo informaciones fundamentadas, sea por la correspondiente verificación de los hechos en forma directa o con distintas fuentes, o la confiabilidad de las mismas” y que “el periodista no manipulará, bajo ninguna circunstancia, la información y no será cómplice de falsear la realidad”.

Colegio de Periodistas (26 de marzo, 2010)

Con el transcurso de los días y meses muchos fueron los espacios que abordaron el tratamiento de los medios sobre la catástrofe; foros, universidades, periodistas. Las aristas principales de los análisis; uso y reiteración majadera de imágenes dramáticas, falta de preparación de medios y periodistas para afrontar el desastre, faltas a la ética en el manejo del dolor y el sufrimiento en las informaciones, falta de una visión globalizada por sobre las experiencias particulares, el innecesario protagonismo de periodistas famosos y “rostros” de la televisión, la creación de personajes “símbolo” que llevaron a una naturalización del desastre, por mencionar algunas.

Si se desea profundizar en estos aspectos, hay abundante material de

lectura que permite formar una visión imparcial de cómo los grandes medios chilenos cubrieron el sismo y sus consecuencias, esa no es verdaderamente mi intención. Por ejemplo, el texto “La “naturalización” mediática de las catástrofes. Una aproximación crítica”, de los autores José María Bernardo y Nel-lo Pellisser, aporta un tremendo marco conceptual respecto a la responsabilidad mediática. Pese a utilizar un lenguaje bastante técnico que para quienes no estén familiarizados con las ciencias de la comunicación se puede tornar de difícil comprensión, este texto plantea respecto a la cobertura del terremoto que “la actualidad informativa de catástrofes se sustenta en las reconstrucciones escénicas de las quiebras del acontecer. Su estructura narrativa se caracteriza por ser un esporádico goteo de datos que, con el paso del tiempo llega a convertirse en un gran torrente de información que desborda, por acumulación, la percepción y comprensión de lo que realmente ha ocurrido y está ocurriendo”.

Yo he hecho una selección de fragmentos de varios autores y columnistas que pudieron corroborar que mi impresión de que las cosas no estaban en su sitio no era algo antojadizo, sino una frustración fundada en hechos y compartida por muchos más. En un esfuerzo por reflexionar, pude percatarme que mis críticas trascienden a los términos estrictamente académicos en torno a la ética y el quehacer periodístico, sino que se ubican en un posicionamiento ideológico respecto al sistema dominante y los intereses

creados. Pero partamos de lo concreto.

6.3 Los saqueos

Podemos comenzar con un ejemplo específico en torno al tratamiento de los saqueos. Pensemos en el episodio que puso en tela de juicio al periodista de Televisión Nacional Amaro Gómez Pablos. Esta es la escena. Es la mañana del 28 de febrero de 2010 y bomberos está en medio de un operativo de rescate en un edificio en Concepción. El periodista está allí transmitiendo en directo, en medio de los escombros donde ciertamente cualquier cosa podría aparecer.

En ese preciso instante estaban saqueando un supermercado Líder en Av. Arturo Prat. Gómez Pablos se dirige hacia el supermercado y se encuentra de frente con las personas saliendo con los objetos extraídos. Hay dos momentos inolvidables de aquella transmisión continuada; uno en que una persona carga un televisor plasma enorme y Amaro le pregunta “¿es este un artículo de primera necesidad?”, y luego otro en que una persona lleva una lavadora al hombro. A raíz de estas imágenes se generaron rápidamente múltiples reacciones en las redes sociales.

El video aún se encuentra disponible en el portal Youtube, en él se pueden ver, por ejemplo, el momento en que Amaro Gómez Pablos le pregunta

a una señora “¿Esto es vandalismo, esto es robo, esto es necesidad?”, a lo que ella responde: “Yo creo que es necesidad, no tenemos agua, no tenemos nada para comer. Nosotros vivimos en un edificio en un quinto piso, se nos cayó todo y no tenemos nada. Yo tengo una *guagua* y no tengo paños, no tengo nada. Es lo que necesitamos, no tenemos agua, no tenemos nada.”

El portal de internet Gogulson.cl, actual sitio informal de opinión en el que columnistas abordan temas de contingencia bajo seudónimos que los protegen en el anonimato, publicó un artículo llamado “El Terremoto y los Saqueos”, el 01 de marzo de 2010. Con una crítica ácida, Goku, el autor, expone una serie de interrogantes ante la labor de la televisión en aquellos días:

“El mismo Amaro Gómez Pablos, se encontraba reportando en Concepción, afuera de un edificio derrumbado donde bomberos intentaban rescatar cuerpos probablemente sin vida. Pero frente a este edificio se sucedía algo mil veces más sabroso: un supermercado Líder siendo saqueado por un gran número de gente, se robaban en grandes cantidades comida, electrodomésticos, ropa, productos de aseo, útiles escolares, hasta me tocó ver una *flaite* llevándose una alfombra del Colo Colo. En Chilevisión Macarena Pizarro hacía la misma labor reporteril mientras en estudio veíamos a un furioso Iván Núñez tratando a esta gente con una severidad que nunca le habíamos visto en su carrera periodística, nunca, y eso que él condujo un programa supuestamente de denuncia llamado Esto no Tiene Nombre. Más tarde cada nuevo bloque de prensa partía con esta información. Matías del Río entrevistó a la

alcaldesa de Concepción, la ciudad grande más afectada por el sismo, y lo primero que le preguntó fue de los saqueos en el Líder.

La idea de un país siendo saqueado era tan tentadora para la prensa que cómo no iban a prostituir explotando estos sucesos hasta la última gota. Entre hoy y ayer prácticamente el 70% del contenido de los noticiarios trataba de los saqueos, vi la toma de Amaro retando a la gente como 15 veces sin exagerar, y diarios como Las Últimas Noticias y La Tercera le dedican un notorio número de páginas a esto del pillaje. Este tratamiento mediático nos hace plantear una serie de preguntas:

Cuando hay un terremoto en el país de 8,8 grados con cientos de muertos y miles de damnificados ¿es lo más importante ver gente saqueando?

Tras estos sucesos los dueños de supermercados fueron a La Moneda a buscar soluciones, ¿cuando al dueño de un kiosco lo asaltan lo recibe Pérez-Yoma en el Palacio de Gobierno?

Se dice que los supermercados serán indemnizados por las pérdidas por robo, ¿es eso justo? ¿Cuando a usted lo han asaltado le devolvieron lo robado?

¿Nadie reparó que Líder recién al verse saqueado planteó la posibilidad de donar mercadería? Mercadería que por cierto a tres días del terremoto todavía no llega.

¿Dónde ha estado la prensa cuando miles de clientes viven abusos de parte de las tarjetas de crédito como por ejemplo la tarjeta

Presto?

¿Dónde hay mayor daño económico? ¿En un Líder saqueado o en una Ruta 5 destruida incomunicando a todo el país?

¿No es más grave la situación de la gente estafada por inmobiliarias que ya no tiene casa que un Líder sin plamas? ¿Por qué se persigue al *flaite* que roba confort en grandes cantidades pero nadie va a buscar a sus casas a los dueños de las inmobiliarias mencionadas?

¿Dónde está la responsabilidad informativa de la prensa cuando prendemos la tele y lo único que vemos es una y otra vez las imágenes del Líder de Concepción? ¿Cuándo la información dura se vuelve morbo y finalmente un agente instigador de nuevos saqueos?

Cuando Horst Paulmann llamó a no informar de los saqueos, ¿creen que la prensa se negó por convicción profesional o porque iban a tener más *rating* mostrando repetidamente los saqueos?

Para nosotros todas estas preguntas tienen respuestas obvias y de sentido común. Pero precisamente sentido común es lo que nunca manifiesta tener el gremio periodístico nacional, que en esta ocasión nos avergüenza por vez número 123554772.”

Goku, Gugulson.cl (01 de marzo, 2010)

Desde la prensa formal también hubo duros cuestionamientos, pero siempre desde el espacio de la opinión personal. Por ejemplo, el periodista y escritor Francisco Mouat publicó en la revista Wikend, de El Mercurio, una

columna el 4 de abril en que se lee: “Recuerdo haber comentado en la radio, a propósito de las imágenes de saqueos y violencia que transmitía la televisión para disputarse la sintonía, que esas escenas eran sólo una parte de la historia: la más impactante y vendedora en ese momento. Pero que la realidad era ancha y diversa, y que en otros sitios, en el mismo instante en que se saqueaba, se podían registrar miles de otras postales del terremoto que tenían exactamente la misma relevancia, miles de chilenos viviendo a su manera una tragedia de la que difícilmente podías apartarte: deudos velando a sus familiares y amigos muertos, padres abrazando a sus hijos más pequeños para apaciguar el miedo, grupos de vecinos intentando darse una mano en medio del caos, hombres y mujeres, viejos y niños, andando en medio de los escombros, llamando a gente entonces desaparecida; consumidores neuróticos haciendo filas en supermercados y bombas de bencina, ciudadanos asustados, ciudadanos espirituados de que la próxima réplica fuera un nuevo terremoto, jóvenes estudiantes viajando improvisadamente al sur para dar una mano en sus últimos días de vacaciones”. Serían estas otras historias las que yo tendría oportunidad de conocer de la voz de sus protagonistas.

No quisiera plantear que esta mirada crítica sólo provino desde un sector ciudadano sobre ideologizado. La Universidad UNIACC organizó un foro llamado "Medios de comunicación y terremoto: ¿información o infoxicación?" al que invitaron a debatir a el cientista político Guillermo Holzmann, la periodista y

miembro del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, Francisca Alessandri, el periodista Sergio Campos y a la ex ministra secretaria general de Gobierno Pilar Armanet.

De esta discusión que ocurrió el 25 de marzo de 2010, ya de forma posterior a los días álgidos puestos en tela de juicio, las conclusiones no estuvieron muy alejadas del comentario de Goku, las ideas de Mouat o Parrini. En la opinión de Sergio Campos, periodista de Radio Cooperativa, “cuando uno observa estos brotes de sensacionalismo exacerbado que apuntan no a la racionalidad de la gente si no a las emociones de las personas, enfrentamos constantemente una situación de manipulación en los medios de comunicación y sobre todo en la televisión. Cuando le preguntamos a una persona que va arrancando con un plasma ¿Qué le está pasando a la raza chilena?, nos damos cuenta de que ahí hay una manipulación ideológica muy profunda y que tiene que ver con este afán de ganar sintonía, *rating*, e incrementar los ingresos que a costa de la gente me parece constituyen una aberración”.

Para Pilar Armanet el problema se centró en que “los medios se comportaron como un adolescente frente a una autoridad que había que interpelar, acusar. Y eso es gravísimo porque los medios de comunicación tienen que contribuir a hacer crítica razonable pero no a destrozar a la autoridad porque la autoridad es fundamental. Los medios no pueden suplantarla. Un país

sin autoridad no funciona. Había una irracionalidad en la demanda, que a mí me produjo la sensación de irresponsabilidad”.

Desde la mirada del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, Francisca Alessandri afirmó que “el primer gran problema que suele ocurrirle a los medios es que pasan a ser protagonistas, y en este caso más. Cuando el periodista da cuenta de que está mojado, de que está lloviendo fuerte, de que lleva varios días durmiendo en carpa, que hace frío, que no hay alimentos, etc. La audiencia no le importa mucho, porque lo que le importa es saber lo que ocurre donde está el periodista. El problema es que achicamos el foco y caímos en la casuística, es decir, que se entrevista hasta el cansancio a las personas, al caso concreto, que puede ser muy loable, pero nos lleva a perder la amplitud del problema del terremoto y la capacidad de volver a la normalidad”.

El mismo Consejo de Ética de los Medios de Comunicación publicó el 27 de abril de 2010, en su Resolución N°151 titulada “Cobertura de noticias en situaciones de catástrofe”, varias observaciones entre las que destaco:

“Únicamente una suma de informaciones provenientes de diversos lugares y fuentes puede permitir extraer conclusiones válidas acerca del alcance de una catástrofe, del comportamiento de las víctimas, del papel desempeñado por las autoridades, de la acción de los servicios médicos o de la labor desplegada por las fuerzas policiales y de seguridad y por

los bomberos. Esta labor, que le corresponde al editor, permite que la noticia sea debidamente puesta en un contexto, considerando la relevancia del hecho y las diversas aristas que ofrece. Por tal motivo este Consejo debe subrayar la inconveniencia de prescindir, en situaciones de crisis, de la edición de las noticias, por la supuesta urgencia de ponerlas de inmediato a disposición del público.

El periodista debe evitar ser un simple transmisor de los acontecimientos, lo que lo puede llevar a convertirse en un observador neutral que muestre con la misma distancia y frialdad los efectos de un movimiento sísmico en la estructura de un edificio o los saqueos producidos después de un terremoto.

La cobertura de una catástrofe no significa únicamente estar en el lugar de los hechos o llegar antes que el personal de otros medios, sino realizar la labor profesional de investigar lo ocurrido y sus consecuencias. Para ello se debe utilizar la mayor cantidad de fuentes posibles, de preferencia oficiales antes que privadas, para evitar caer en el dramatismo de los casos particulares, y, en especial, fuentes expertas que permitan ofrecer el contexto de la catástrofe y darle a la cobertura de ella la dimensión que le corresponde en la totalidad de la oferta noticiosa del medio.”

Consejo de Ética de los medios de comunicación (27 de abril, 2010)

Y es que no es una exageración el querer enfatizar en cómo los medios actuaron. Hoy la construcción de la realidad está necesariamente mediada a través de las noticias. Si antes el saber se obtenía desde las familias e

instituciones educativas, hoy la televisión y los medios en general son un agente de poder y de verdad prácticamente incuestionables. ¿Cuántas veces hemos escuchado a alguien decir que algo es verdad porque “lo vio en la tele”? En “Los cinco sentidos del periodista”, texto que me gusta mucho por la simpleza con la que Kapuscinski expone las cosas, se entiende perfectamente por qué.

Sin tanta teorización de por medio, tan solo con la experiencia en el cuerpo, el periodista y escritor afirma que “la revolución de los medios ha planteado el problema fundamental de cómo entender el mundo. Convertida en una nueva fuente de la historia, la pequeña pantalla del televisor elabora y relata versiones incompetentes y erróneas, que se imponen sin ser contrastadas con fuentes auténticas o documentos originales. Los medios se multiplican a una velocidad mucho mayor que los libros con saberes concretos y sólidos”. Es muy probable que más personas puedan acceder a una columna de Emol.cl, que al artículo de José María Bernardo y Nel-lo Pellisser, por mucho que ambos circulen en internet.

Para Ryszard esas manipulaciones nos alejan de las historias y problemas reales que suceden en las diversas civilizaciones. “Vivimos en un mundo de tantas culturas que solamente un reducido grupo de especialistas es capaz de entender y aprender algo de lo que está pasando. El resto accede al

discurso fragmentado y superficial que los grandes medios condensan en un minuto: se trata de un problema que seguiremos sufriendo mientras las noticias muevan tanto dinero, estén influidas por el capital y compitan como productos de los dueños de los medios”, asegura.

En este contexto, no puede darnos lo mismo que expresiones como “esta es una escena dantesca”, “los vecinos están ciegos en las noches, y las fogatas iluminan la esperanza en cada esquina”, o “el llanto bota la angustia que se acumulaba desde el sábado”, hayan sido comunes en los relatos contruidos por periodistas de la televisión y la radio.

Buscando información en la web di por casualidad con un artículo llamado “El tratamiento del dolor en la cobertura del terremoto y maremoto en Chile. Una mirada desde la ética” del autor Eugenio Yáñez Rojas, de quien se describe “es Doctor en Filosofía por la Universidad de Osnabrück. Profesor de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez de Santiago de Chile. Autor de Medios de Comunicación Social y Periodismo. Una aproximación desde la ética (2007)”. En lo personal recomiendo su lectura a quienes quieran una visión menos precipitada y más pausada, muy bien argumentada, aunque yo diste de varias de las alusiones morales que incluye. Las fuentes y los textos que analiza en su artículo hacen que sea de una lectura muy lúcida.

El artículo de Yáñez comienza planteando que “el dolor es noticia. Pero no sólo es noticia, es una muy “buena” noticia, pues tiene (casi) todos los elementos que constituyen un golpe noticioso (proximidad, actualidad, drama, prominencia, novedad, interés, suspenso, etc.). No podemos desconocer que los sucesos dolorosos atraen a los medios de comunicación y por extensión al público, como la carroña al ave de rapiña. En este sentido *bad news*, *good news*. La primera reflexión es que no debemos perder nuestra capacidad de asombro frente al dolor, al principio el mal nos horroriza. Después nos horroriza la banalidad con que ese mal se comete y soporta. Posteriormente nos horroriza la propia incapacidad de horrorizarnos. Y finalmente nada nos horroriza”. De aquí puedo comprender un poco mejor que la caravana de prensa presidencial con la que viajaba durante la práctica en El Mercurio, cubriendo las visitas de Sebastián Piñera en las zonas afectadas, no parecieron mayormente impactados, o sintieran como yo el impulso de comenzar a registrar cada una de las historias que presenciamos.

Del gran recorrido que Yáñez realiza con muchos datos de análisis, me quedo con esta descripción: “En suma, no todo lo que técnicamente puede ser publicado debe ser difundido. El problema no radica, entonces, en comunicar una realidad dolorosa, sino en hacerlo de tal modo, que no implique entre otras cosas: a) causar más dolor; b) provocar un mal mayor; c) hacer del dolor un

espectáculo mediático; d) atentar contra el honor y a honra del doliente; e) causar miedo o alarma pública injustificadamente; f) alimentar el morbo del público, para obtener, por ejemplo, mayores ganancias económicas.”

6.4 Una cosa es percepción, otra son las cifras

Entre tanto cuestionamiento, principalmente a la prensa televisiva, el trabajo del Consejo Nacional de Televisión (CNTV) fue notable. En respuesta, realizaron el “Estudio Cobertura televisiva del terremoto. El terremoto visto a través de la pantalla, la audiencia y la industria”. Tomaron las transmisiones de TVN, Canal 13, Chilevisión y Mega, en total 565 horas de transmisión continua entre los días 27 de febrero y 05 de marzo de 2010 para estudiar su contenido. Además incluyeron más de 1000 encuestas telefónicas, grupos focales y entrevistas a informantes clave, para complementar la percepción ciudadana. Entre las cosas más interesantes a mi modo, Yáñez interpreta estas cifras en su artículo destacando que:

“Del 100% de las transmisiones un 37,4% se destinó a informar acerca de los daños, un 14,7% a la ayuda solidaria y un 7,1% a informar sobre los desordenes y saqueos. Además, un 95% de los encuestados consideró que la televisión tendrá un rol clave en la reconstrucción de las zonas destruidas.

Hubo cierta manipulación para generar impacto emocional,

distinguiendo entre adultos y niños. En el caso de los adultos, en un 44,2% de las transmisiones hubo reiteración de imágenes, especialmente de la llamada “zona cero” (un edificio derrumbado en Concepción), un 39,2% ocupó primeros planos, en un 35,6 hubo adjetivización excesiva y en un 31,7% musicalización, especialmente la melodía del film “La lista de Schindler”. En el caso de los menores un 8,8% se concentró en primeros planos, un 7,7% en musicalización, un 6,4 en adjetivización excesiva y un 4,8% en exhibición del dolor.

¿Con qué imagen se quedó el público? En una primera mención el 40% se quedó con la imagen de la devastación y destrucción en general, un 39% con la devastación costera, un 8% con el sufrimiento de las personas afectadas y un 6% con los saqueos en tiendas comerciales.”

Eugenio Yáñez, El tratamiento del dolor en la cobertura del terremoto y maremoto en Chile.

Una mirada desde la ética. (Julio 2010)

Solo por darle una vuelta a las cifras, si bien el tratamiento de los saqueos no fue porcentualmente tan alto, el estudio contempla una semana completa, siendo que la reiteración de estas imágenes tuvo mayor impacto en los primeros días de la catástrofe.

Por otro lado, como a nadie le gusta ser el abogado del diablo, el 27 de marzo de 2010 apareció una entrevista en la revista Qué Pasa a Jorge Cabezas, entonces director de prensa de TVN, titulada "El Gobierno se ofuscó con TVN". Allí se le pregunta ante la repetición de las imágenes de saqueos y si

aquello se asumió como un error. Aquí la respuesta, y un fragmento de la entrevista:

“-Yo creo que no. Hay que entender la lógica de la repetición. No puedes partir de la base de que tendrás a un auditor sentado durante 24 horas. Transmitimos a gente que entra, que sale, que tiene vida, que come, que sale a hablar con el vecino. Entonces, esta lógica dice que cada una hora haces un recuento de lo que pasó y estás obligado a repetir las imágenes que marcan el día.

-También se criticó que la transmisión desmedida de saqueos lo único que generó es un acto de repetición en la población, lo que se tradujo en un caos mayor.

-Yo creo que ésa es una crítica bien falaz. Concepción estaba sin luz, con suerte nos veían ocho casas con televisores a pilas, de los pocos que hay en Chile. Insisto: Chile 2010, Bicentenario, casi entrando a la OCDE... y en Concepción, a plena luz del día, cientos de personas buscando comida a la fuerza en supermercados. Retratamos eso, punto. Me encantaría saber cómo lo habrían hecho los críticos con el aplomo que había que tener para estar frente a esto. A mí me encanta que haya académicos que estén mirando nuestro trabajo y escucho y leo todo lo que dicen... Probablemente el terremoto dejó muchas opciones de crecimiento y hemos revisado lo que hicimos desde el punto de vista operativo: desde los contenidos, el lenguaje, las muletillas. Pero creo que hicimos lo correcto.

-Se ha criticado que algunos periodistas, como Amaro

Gómez-Pablos, tomaron un rol que, en vez de calmar los ánimos, los agitaron.

-Mi idea al principio fue ir a descubrir la catástrofe. Yo estaba en el *switch* cuando Amaro se encontró con el saqueo. Me acuerdo que tomé el teléfono ese día y hablé con el productor que estaba con él para administrar eso. Y fue súper difícil, porque transmites en vivo un instante que nos sorprendió a todos por la crudeza de las imágenes, por lo duro que fue para Chile enterarse de que había un grupo de gente que estaba robando y que no eran delincuentes. En todo caso, la información que tenemos es que esa imagen de Amaro, parando al personaje con la lavadora al hombro en la puerta del Líder de Concepción, fue la que determinó que las Fuerzas Armadas salieran a la calle. Fue tan fuerte, que determinó el curso de muchas cosas.”

Qué Pasa (27 de marzo, 2010)

Tengo guardados los diarios La Tercera y El Mercurio de los primeros días tras el terremoto. No me causaron tantos escalofríos las imágenes de derrumbes y destrucción de los días 27 y 28 de febrero, como las escenas de militares apuntando con escopetas a personas tiradas en el suelo, con la bota encima de sus cuerpos.

Tal vez para mí, más que las faltas a la ética, que el uso de la desgracia como mercancía, que el atropello a la privacidad de las personas, me hace mucho sentido la última frase citada de Jorge Cabezas, cuando reconoce de forma orgullosa que fueron sus escenas de Gómez Pablos en el Líder de

Concepción las que finalmente gatillaron la salida de las Fuerzas Armadas. Es fácil entender como no fue la necesidad de las personas, aquellas que reconocían la falta de servicios básicos, de alimentos, la necesidad de desenterrar a sus muertos de los escombros, de levantar campamentos de emergencia, no. Fue el manoseo a la propiedad privada del empresario.

6.5 Entre el descontento, ¡aún hay patria señores!

El periodista, el comunicador, debe hacerse cargo de sus errores y aciertos, y la autocrítica es poca o nula por parte de un sector que instó a generar la sensación de caos, y que instó a través de la selección de sus imágenes reiteradas a la salida de unas Fuerzas Armadas y de Orden que se comportaron a la altura de lo que mejor saben hacer, usar la fuerza, tal como versa nuestro emblema patrio del escudo nacional. Y son también los medios de comunicación, que a través de su sensacionalismo propiciaron estos hechos, los que deberían preguntarse cuánta responsabilidad recae en ellos de todas las veces en que las Fuerzas Armadas y de Orden traspasaron aquella “delgada línea roja” de la fuerza, de la que me habló Roberto Macchiavello, que pueden y deben aplicar en nombre del orden público, cuánto investigaron el verdadero vandalismo en la muerte de David Riquelme y la tortura de Iván Rojas, cuánto cubrieron las detenciones irregulares de Dayenú Meza y Christian Fauré.

Vicente Parrini, en su columna “La energía liberada por los medios”, publicada en el Observatorio de Medios Fucatel en marzo de 2010 y Diamela Eltit en su artículo “El terremoto como espectáculo” publicado en abril de 2010 en The Clinic y retomado también por Fucatel, asumen el tono de una crítica cargada de ideología. Y la verdad, es así como prefiero analizar el periodo, porque sin la carga de contexto que cada uno lleva en sus hombros, difícilmente se puede tener una opinión formada, y no por ello menos argumentada.

Por ejemplo, en torno a la intoxicación de información no corroborada circulando por internet y en radios principalmente, Parrini señala cosas que parecen obviedades, pero no lo son. “Un Decálogo Ciudadano para Tiempos de Emergencia, que circula en la red, sugiere a los internautas una cuestión que parece bastante razonable en situaciones de catástrofe: abstenerse de difundir rumores, trascendidos, historias de dudosa procedencia para no producir más alarma en una población que ya está suficientemente aterrorizada con los hechos verificables.

Para suplir en parte estas limitaciones de los medios masivos, podría haber existido una potente red de radios comunitarias de carácter ciudadano, con las condiciones logísticas y de cobertura para transmitir en condiciones excepcionales, de manera de complementar la información de los medios radiofónicos privados y aprovechar su conocimiento de las comunidades de

origen que fueron afectadas por el cataclismo. Pero la realidad en nuestro país dista mucho de este ideal. Aún así, a poco andar y sobreponiéndose a la precariedad, algunas emisoras comunitarias como la Lorenzo Arenas de Concepción, Paloma en Talca, La Ventana en La Legua, y otras, pudieron iniciar sus transmisiones y contribuir a la organización de la ciudadanía y a la difusión de informaciones responsables al interior de las comunidades afectadas”.

Por irónico que parezca, el mismo parlamento que ha legislado las restricciones de los medios comunitarios reconoció la importancia de su labor tras el terremoto. El boletín de prensa del Senado publica el 18 de agosto de 2010 la noticia titulada “Medios de comunicación locales podrán postular a Fondo de Fomento para reponer infraestructura dañada por terremoto”, en ella se cuenta que el Senado aprobó en forma unánime una iniciativa que les permite a las radios regionales, entre otros, concursar con ese tipo de proyectos al Fondo de Fomento de Medios. Gracias parlamento.

Puede que una de las cosas que más me apenara fuera la falta de cuestionamiento a la defensa de la propiedad privada por sobre los derechos de las personas. Que no hubiera una contextualización de la sociedad de consumo en la que estamos insertos cuando los medios que enseñaban los saqueos decían mostrar “lo peor de nosotros mismos”. Cuando la realidad dolorosa que nadie quería ver eran hordas de personas insensibles, egoístas,

desconsideradas que robaban aquello que no era de primera necesidad. Nadie reparaba en los cánones sociales en que se mueve la pobreza y la apariencia. Por suerte, leer textos como el de Vicente Parrini y Diamela Eltit me hizo recordar por qué elegí esta carrera y esta profesión, y por qué los años dedicados a la enseñanza como ayudante académica de futuros periodistas no han sido en vano.

“Compitieron en los días siguientes, en un peligroso equilibrio, las notas sobre el drama humano producto directo del cataclismo y las que abordaron sus coletazos delincuenciales: saqueos a supermercados, empresas y negocios, pillaje, asaltos y otras formas de ruptura del contrato social. Se puso a la misma altura la defensa de la propiedad privada y los tormentos de una población golpeada por la desventura, rodeada de muerte y destrucción. Desde la perspectiva periodística, los saqueadores aparecían como seres venidos de otro mundo. Los periodistas enviados a la zona ofrecieron con generosidad el micrófono a grupos de ciudadanos que se sentían amenazados por hordas virtuales dispuestas a apropiarse de lo ajeno. Mostraron hasta la saciedad vecinos armados ridículamente con escopetas a postones y palos de escoba para defenderse de la presunta amenaza.

Testimonios varios concuerdan en que los saqueadores no estaban integrados sólo por el lumpen que aprovecha cualquier oportunidad para hacer su agosto (triumfos o derrotas deportivas, efemérides, fiestas patrias), robar y destruir bienes públicos, sino también por respetables señoras que arrancaban con microondas y tipos de apariencia nada marginal acumulando plasmas en vehículos cuatro por

cuatro. Un fenómeno transversal de pillaje consumista, descontando, por supuesto, a quienes tomaron cosas de primera necesidad para alimentar a los suyos. “Un saqueo generalizado de gente de distinta condición social”, como lo resumió el comentarista de Radio Biobío, Tomás Mosciatti. Fue muy tibio, por lo menos en los primeros días de cobertura periodística, el acercamiento de los medios a esta realidad. Amaro Gómez-Pablos, de TVN, intentó interpelar a un joven que huía con algo de ropa desde una multitienda desvalijada. El muchacho se defendió arguyendo “necesidad”. Santiago Pavlovic trató de entablar diálogo con otros saqueadores, pero sólo consiguió evasivas. El enemigo público aparecía difuso, sin rostro y encarnando todos los males: “lo peor de lo nuestro” como se ha repetido hasta el cansancio.

Proliferan los comunicadores improvisados que juzgan los desbordes y el pillaje como novatos enfrentados por primera vez a situaciones límites. La mayoría es incapaz de hacer una referencia histórica a nuestras tragedias telúricas. También son víctimas de nuestra memoria de plomo que nos hace olvidar las lecciones de una tierra pródiga en desastres: el terremoto y maremoto del 60, el que destruyó Chillán el 39, el de Valparaíso en 1906, los saqueos de entonces, la implacable ley marcial impuesta para diezmar a los saqueadores... Si hay algo en lo que tenemos experiencia los chilenos es en desastres, pero esa fortaleza no aparece en el relato periodístico.

Así como emergió lo mejor y lo peor del alma nacional, el saqueo y la solidaridad, el pillaje y la ayuda al vecino, la indiferencia y la caridad, también los medios mostraron su lado más luminoso y más oscuro: la veracidad y la especulación, la emoción auténtica de ciertos periodistas con la sensiblería de opinólogos reconvertidos, la serenidad y el temple

de los verdaderos profesionales con la improvisación, la neurosis y la falsedad de los advenedizos.”

Vicente Parrini, Observatorio de Medios Fucatel (9 de marzo, 2010)

Si me quedo con una columna, con una reflexión, con un análisis, con una perspectiva, es la de Diamela Eltit en *The Clinic*, porque siempre hay alguien que pudo decirlo mejor que yo, con más claridades y experiencias, una violencia simbólica en varias dimensiones.

“Hoy, el terremoto chileno 2010 muestra, con una claridad meridiana, cuáles son los cuerpos masivamente damnificados, señala qué habitantes se debaten entre las ruinas después del temblor y se destaca, una vez más, la sobreexposición extrema que experimentan los ciudadanos que ocupan los escalafones sociales más débiles y cómo son capturados en las pantallas de televisión, que han convertido el terremoto en espectáculo.

Asistimos a lo que Bourdieu califica como violencia simbólica cuando los representantes de los medios, ubicados en los terrenos más afectados, hablan con sus voces falsamente convulsionadas ante un riesgo inexistente. Se ejerce una forma de violencia doble –tanto contra las víctimas como contra los televidentes– cuando esos medios, ubicados en “terreno”, sobrevuelan las lágrimas y el dolor de las personas para vender ese dolor y esas lágrimas a los auspiciadores de los noticiarios y a la avidez por el *rating*.

Para vender el dolor, una y otra vez, dejando de lado que esa persona damnificada o que ha perdido atrozmente a su familia es un sujeto completo, que tuvo una vida completa y que le es expropiada mediante una cruel fragmentación a través de las pantallas televisivas no con fines humanitarios sino para poblar comercialmente las anécdotas de una catástrofe.

Violencia simbólica, como dijo Bourdieu, cuando a esa misma persona, que posiblemente ha experimentado uno de los golpes más fuertes de su vida, se le obliga a agradecer porque le llevan comida, carpas o ropa para soportar su estado de intemperie. Se les obliga a agradecer ante las cámaras los gestos “solidarios” de funcionarios civiles o militares que cumplen una obligación por la que reciben un (quizás insuficiente) salario.

O bien los damnificados están obligados a dar las gracias a los funcionarios o al voluntariado de empresas de construcciones de emergencia que abastecen a los sectores más pobres de la sociedad. Una obligación que resulta abyecta porque esas personas que perdieron familiares o parte importante de sus bienes no han alcanzado a internalizar sus catástrofes y ese agradecimiento es completamente inoportuno, pues cada una de las víctimas del terremoto o del maremoto habitan el centro mismo de sus tragedias. Ellos viven el lugar más interno del sufrimiento y en verdad que no corresponde que agradezcan nada o a nadie después de lo que les ha sucedido.

Porque son los medios y sus pautas los que obligan, mediante la exaltación banal de una solidaridad mal entendida, a agradecer una y otra vez. O bien montan escenarios pintorescos como los regalos en

cámara a un carabinero que rescató a una mujer atrapada de un edificio en Concepción que se derrumbó. Sin embargo, las compañías constructoras de esos edificios caídos o dañados no están en el centro de esos mismos noticiarios. Esas compañías permanecen en la opacidad noticiosa porque a sus dueños, gerentes o responsables de una construcción abiertamente infractora, no se les llenan los ojos de lágrimas ni menos pueden ser manipulados emocionalmente frente a las cámaras de televisión.

De esa manera, la televisión involucra a mujeres, hombres, niños o ancianos pobres, y así es como es posible leer la dimensión de subordinación que adquieren las víctimas, porque este terremoto más que abrir preguntas públicas o dar una cuenta lúcida de la terrible y peligrosa precariedad en que viven millones de chilenos, convierte la obligación social de una comunidad en mera caridad.

A partir de las imágenes proyectadas por las pantallas de televisión observamos un conjunto de comentarios estereotipados atravesados de una no convincente pesadumbre que está allí para ejercer una mirada compasiva hacia la pobreza (siempre que se porte “bien”). Una mirada “desde arriba”, esa mirada histórica que convierte al otro en menos y le expropia su subjetividad y todo su saber.

Nuevamente (y quizás hoy más que nunca) el sujeto popular es cosificado y expropiado de su ser. Su presencia en las imágenes públicas es meramente funcional, sólo es posible bajo el prisma de la caridad, una caridad que ennoblece al que la ejerce, liberándolos así no sólo de culpas sino también de obligaciones políticas. Los empresarios chilenos (una parte importante de ellos hoy gobiernan nuestro país) lavaron su

imagen en la oportuna o más bien oportunista Teletón. Lo hicieron mediante la entrega de sumas insignificantes en relación a sus desmedidas ganancias y a sus increíbles capitales pero que, en la fiebre de un sentimentalismo que ya resulta intolerable, convenció a parte de la ciudadanía que se iban a resolver todos los problemas mediante cantos y lágrimas de cocodrilo.

Porque lo que este terrible y extremo terremoto ha puesto en evidencia es la escasa (por no decir nula) capacidad reflexiva de los discursos públicos chilenos, la falta de pluralismo, la derrota discursiva del conjunto de la televisión chilena y la inoculación de una emotividad primaria que propicia una cultura alienante, fundada en el eslogan y las frases *clisés*.

Por las redes o en las publicaciones alternativas han circulado artículos interesantes y pertinentes. En muchos de ellos se ha escrito de manera brillante (Álvaro Ramis, entre otros) sobre cómo este terremoto ha mostrado el fracaso del modelo económico que nos rige. Un modelo que se sostiene sobre una realidad extremadamente vulnerable, engañosa, fundada en una desigualdad de tal magnitud que al primer remezón deja ver que en Chile la pobreza está ahí, ahí mismo.

Una pobreza recubierta por una quebradiza capa cosmética que no logra ocultar que la mayor parte de nuestro pueblo –o la mayor parte de nuestros pueblos– después de doscientos años de vida republicana apenas sí se sostienen en pie.

Y eso sí que es triste. Y en verdad que sí da ganas de llorar de impotencia.”

Diamela Eltit, *The Clinic* (18 de Abril, 2010)

Porque finalmente, si buscamos una imparcialidad, otros lo han dicho con palabras más formales, desde la academia, sin tanta rabia y sólo con argumentos bonitos. José María Bernardo y Nel-lo Pellisser lo expresan así: “Los medios de comunicación no aportaron información rigurosa con los discursos genéricos de las reconstrucciones escénicas de las quiebras del acontecer, más bien facilitaron el acceso de un gran número de gente que tele-experimentó la inestabilidad. Una vez que, con el paso del tiempo, se tiene mucha más información (contrastada y fiable) para explicar lo sucedido, la catástrofe va perdiendo el interés como noticia, ya no forma parte de las primeras páginas, ni de los titulares, a lo sumo se publicará en lugares mucho menos destacados. Por eso, probablemente, los relatos se centraron, fundamentalmente, en el estricto presente. Y por eso, cuando finaliza el periodo en que una persona puede sobrevivir sin agua ni alimentos es cuando los equipos de rescate abandonan la zona. Posteriormente, lo hacen los informadores agotados tras intensas jornadas de trabajo y, generalmente, sin opciones de relevo. Cuando los muertos han sido enterrados, el tema deja de tener futuro. Como si se pudiera poner punto y final a las rupturas del acontecer. Como si no hubiese historias que seguir contando.”

Yo recién comenzaría a contar historias, todas las historias contenidas en esta obra, meses después.

CAPÍTULO 7: MI PRIMER TERREMOTO, MI VERDADERA EXCLUSIVA

Lejos de la vida “mercurial”, en el segundo semestre del 2010 cursé la Cátedra de Periodismo de Investigación. Durante 6 meses debíamos realizar una investigación en profundidad y escribir un reportaje. Era el primer desafío sustantivo de hacer algo que realmente fuera útil, que respondiera al periodismo inculcado en la escuela, que se alejara de aquella rutina mediática superficial que había conocido bien durante el verano.

La decisión de investigar el caso de Christian Fauré cayó en mi mente como cae una manzana del árbol, como una cosa empujada por la maduración y la ley de gravedad. La sensación de no haber hecho nada al respecto en el mes de su detención me había perseguido, y esta era la oportunidad perfecta de saldar esa deuda. Mis compañeros Rocío Silva y Felipe Ramírez, quien era mi pareja en ese entonces, aceptaron la locura de investigar hechos ocurridos en la ciudad de Concepción, con nada más que las ganas de hacerlo.

Con pasajes de bus financiados por nuestros bolsillos pobres de estudiantes endeudados, la planificación de las entrevistas tuvo que ser precisa y exhaustiva. En el mes de octubre armamos una agenda apretada de reporte que nos llevó a instituciones militares, oficinas de abogados, testimonios conmovedores y dolorosos en Hualpén, en Talcahuano, en Concepción, y una

cantidad de conversaciones improvisadas en cada lugar que pisábamos. Todo en menos de una semana corriendo por la región del Biobío. El sólo hecho de mencionar que investigábamos abusos y detenciones irregulares después del terremoto provocaba en las personas unas ganas inmensas de contar todo lo que sabían al respecto, las versiones no oficiales de brutalidades jamás investigadas, tantas versiones que no podíamos más que asumir como rumores, pues no podíamos quedarnos a comprobar, a verificar, a destapar aquella caja de Pandora.

Nos impactó la cantidad de personas dispuestas a hablar con tres estudiantes de cuarto año de periodismo. La capacidad de abrirnos las puertas de su casa y las heridas de sus experiencias más dolorosas. La confianza y la intimidad lograda con cada entrevistado.

Cuando pisamos el terminal de buses de Concepción, Dayenú Meza nos esperaba para recibirnos. No la conocíamos, nunca habíamos visto alguna fotografía suya, sólo sabíamos que era la pareja de Christian y que estudiaba sociología en la Universidad de Concepción. Nos saludó, nos abrazó, nos habló como si fuéramos amigos de siempre y comenzamos esta aventura.

Los días en Concepción alojamos en su casa junto a sus compañeras de hogar Javiera y Daniela, en un pequeñísimo departamento en un cerro en la

población el Agüita de la Perdiz, que se tambaleaba casi como un barco al desplazarse de un extremo a otro. La Dayenú caló muy hondo en mis emociones. La calidez de su sonrisa, sus ojos gigantes y su coraje con la injusticia de un mundo patriarcal y sumido en un sistema neoliberal deshumanizante se encarnaban en sus movimientos, en sus reacciones, en su forma de hablar con el mundo.

Los días en su casa fueron una historia en sí misma, un constante descubrir. Nunca podría olvidar a la Ale con olor a humo, esa mujer morena, sus cabellos negros recogidos con un pañuelo atado en la cabeza, su sonrisa sincera de dientes desordenados, el orgullo de ser mujer y ser mapuche en cada una de sus palabras. Era el día de su cumpleaños. En la pequeña casa del Agüita de la Perdiz la esperaban con una torta para cantarle y compartir. No sé bien cómo se conocieron esas mujeres, Dayenú y el resto de las chicas hablaban de la Ale como una amiga cercana.

La Ale estaba contenta con la sorpresa, visiblemente emocionada. Daniel, su hijo, era un chico de pocas palabras. Moreno, más alto que su madre, el pelo oscuro y la mirada atenta. Me sentía como dentro de un rito privado, celebrando el aniversario de nacimiento de una desconocida, sin saber la historia que traería auestas. “La Ale vivía aquí en esta casa cuando fue el terremoto, ella es la antigua dueña, antes que nosotras nos cambiáramos para

acá”, me dijo Dayenú. De inmediato pensé en cómo se habría vivido el momento del desastre en esa construcción frágil, que crujía entera al caminar de un lado a otro, en medio de un cerro, al lado del bosque. Se lo pregunté. La respuesta inicial no pudo dejarnos más sorprendidos. “Esos días después del terremoto fueron los más felices de toda mi vida”, dijo la Ale, “de verdad que sí”, insistió ante nuestra cara de desconcierto.

El relato que inició en ese momento nos mantuvo absortos por largo rato, una historia de lecciones de vida que nos emocionó hasta las lágrimas. Ya he memorizado sus palabras de repetirlas tantas veces y en tantas latitudes. La reacción de los oyentes es siempre la misma, un quiebre de estructuras que conmueve lo más profundo de nuestra forma de vivir y actuar en sociedad.

La población Agüita de la Perdiz, en Concepción, se encuentra junto al Barrio Universitario. Justo detrás de la Universidad de Concepción se alza un cerro con casas humildes. El cambio es evidente, la avenida que rodea la universidad tiene casas amplias, portones, jardines, construcciones sólidas. En la medida que se sube por el ese mismo camino se pierde el pavimento de la calle, la tierra se vuelve barro en los zapatos de los pobladores con las lluvias del sur. Ya no son las casas amplias con jardines, sino construcciones de materiales más ligeros, una al lado de la otra, y el paso de los años es evidente en puertas y ventanas.

En la calle principal de la población se entiende rápidamente en qué tipo de lugar uno se encuentra. Consignas contra el Gobierno, la represión militar, murales de colores y pequeños centros sociales dan cuenta de un sentimiento de izquierda marginada, de pobladores que conocen de abuso y organizan el descontento. Se ve en los rostros de los vecinos que se saludan unos a otros, en los colores de los grafitis.

Allí viven personas desde hace muchos años, montadas en los cerros junto al bosque, junto al barro, y viven los estudiantes que han migrado desde otras ciudades del país para estudiar en la Universidad de Concepción, como Dayenú y las chicas. Arriendan pequeños departamentos o las habitaciones de casas humildes. Son estudiantes cuyas familias han hecho un gran esfuerzo por enviarlos a otra ciudad, por ofrecerles una alternativa de futuro. En ellos tienen puestas las esperanzas del emprendimiento, porque en Chile las familias se endeudan por décadas bajo la promesa universitaria, pero no es de eso de lo que habló la Ale aquella tarde.

“Cuando fue el terremoto la gente no sabía mucho qué hacer, no teníamos luz, ni agua, tan solo algunas mercaderías en las casas”-comenzó a contar-, “al día siguiente alguien llegó con el rumor de que habían abierto el supermercado abajo, de que estaban sacando las cosas”. Los vecinos

comenzaron a mirarse sin decir nada, algunos opinaron que no se podía ir a robar cosas, que eso no estaba bien, que no había que aprovecharse de las circunstancias, otros por miedo pensaron que no era conveniente, pero la Ale dijo certera que “por alimentar a mi hijo soy capaz de hacer cualquier cosa”. Y fue suficiente. Los vecinos comprendieron que no había alternativas, que la ayuda de las autoridades no llegaba y no sabían cuánto tardaría en hacerlo, si es que llegaba.

“Nos organizamos en un grupo que bajaría al supermercado, yo era la única mujer entre los designados. Agarré una mochila y partimos”. Lo que vivió una vez abajo era algo difícil de explicar. Su misión era llevar provisiones para los vecinos de la población; comida, agua, leche, pañales, harina, artículos de primera necesidad. Ella comenzó a meter algunos abarrotes en el bolso que había llevado para esos efectos, cuando uno de sus compañeros la interrumpió en su labor. “Vecina, ¿qué hace con esa mochila?, ¡vaya y agarre un carro!”, le dijo. La Ale cuenta que le dio risa que no se le hubiera ocurrido antes, podían subir con los carros perfectamente hasta la población. Nada era como antes, no había reglas.

“Yo miraba las estanterías llenas de cosas y estaba tan contenta, podía tomar lo que necesitábamos sin pensar en la plata. Era para todos y podíamos por primera vez tener acceso a todo sin sufrimientos. Nunca me había pasado

una cosa así” –cuenta-, “la gente tomaba más de lo que necesitaba, eso es verdad, pero es que el sistema nos niega todo, nos inventa el consumismo y todas esas cosas, entonces, ¿cómo los pueden juzgar?”.

La Ale se acuerda que al salir del supermercado, con el carro lleno de provisiones, pensó que hasta ahí llegaba su historia en libertad. Una camioneta grande, moderna, bonita, de vidrios polarizados oscuros se acercaba directo hacia ella. Pensó que los ratis (nombre con que se conoce a la policía de investigaciones en Chile) se la llevaban por una vida entera de activismo por su pueblo Mapuche, pensó que de ésta no se salvaba, pero la historia fue diferente.

Un joven de unos 20 y tantos años se bajó del asiento del conductor, iba bien vestido, se notaba que era de una clase social diferente, acorde al auto costoso del que descendía. Caminó directo hacia ella, mirando fijo el contenido de su carro lleno de mercaderías. Sacó una billetera gorda de su bolsillo y le dijo, “¿cuánto querí por ese tarro de leche en polvo que llevas ahí, cuánto querí?”. El joven abrió su billetera y le exhibió el contenido lleno de billetes azules de 10 mil pesos, y continuó su oferta. “¿20 mil, 30 mil, 50 mil, cuánto querí por el tarro de leche?”, le decía con un tono duro, con desesperación y altanería, con la seguridad de que conseguiría la leche a como diera lugar. Ella lo miró fijamente y le dijo con voz firme y sin vacilar, “si usted quiere leche para

sus hijos, vaya, entre ahí -apuntándole el supermercado- y róbelo igual como hemos hecho nosotros. Si usted quiere leche para sus hijos, entre y sáquela, porque esta leche es para nuestros niños, y aquí su plata no le sirve de nada, no vale nada. Llévase sus billetes que ahora no le sirven de nada”, sentenció y siguió la marcha con su carro hacia el cerro.

En las horas siguientes repartieron entre todos los vecinos el contenido de cuatro carros de supermercado, las cosas de primera necesidad. Se organizaron para hacer las comidas principales en ollas comunes, aún sin agua, ni luz. La Ale tomó algo de harina y se fue a su casa a preparar pan amasado para paliar el hambre. El aroma de la masa cocinándose en el horno empezó a inundar las calles de la población. Fue por ese olor del pan inflándose gracias a la levadura, por ese embriagador perfume del alimento de mayor consumo en el país, que se produjo el milagro del Agüita de la perdiz.

“De repente me di cuenta que había un niño parado en la calle, frente a la casa. Era un niño blanco, bonito, rubiecito. Le pregunté que qué necesitaba, me dijo que había sentido el olor del pan y se había acercado porque tenía hambre. Ahí me di cuenta que los cuicos (denominación a las personas de clase acomodada) de abajo no habían ido a robar porque eso era malo, eso era de delincuentes, y sus niños estaban muertos de hambre”, dijo la mujer mapuche. La historia no parecía cierta, y lo que seguía a continuación parecía sacado de

cualquier novela de realismo mágico latinoamericano. Así fue que nació la “Campaña del kilo”.

Esa escena del niño rico pidiendo pan tocó la fibra de la Ale. Les contó a los otros vecinos lo que había sucedido, que los ricos no habían querido ir a robar, que no tenían comida y que sus hijos tenían hambre, que había que ser solidarios. Comenzaron a recolectar por cada casa un kilo de mercadería para llevar a los ricos de abajo. Pasaron puerta por puerta recolectando las donaciones y llenaron dos carros de supermercado. Con lo reunido bajaron a tocar el timbre de una de las casas bonitas del Barrio Universitario. Lo que allí ocurrió nos emocionó de una forma sobrecogedora, todos en esa pequeña sala de estar escuchábamos a la Ale con atención.

“Venimos a traerles comida, porque sabemos que no tienen y sus hijos tienen hambre. Es lo que recolectamos entre los vecinos de la población de arriba”, le dijeron a la señora que les abrió la puerta. La mujer estalló en llanto, no podía tomar crédito de lo que estaba pasando. Comenzó a llorar sin parar, a pedirles perdón por discriminarlos, por tratarlos como a delincuentes, por haberlos mirado con desprecio y con temor durante tantos años. “¿Cómo ustedes, que son pobres, vienen a ayudarnos a nosotros?”, se preguntaba la señora casi avergonzada. “Porque la ley del pobre es ayudar al más pobre, y ustedes ahora son los necesitados”, le contestó, simplemente, la Ale.

Lo que se produjo en los días siguientes fue la desaparición de una frontera social entre dos barrios colindantes. La diferencia económica se esfumó, la barrera de prejuicios se vino abajo. Los niños ricos del Barrio Universitario subieron a las calles del cerro por primera vez, que habían estado prohibidas desde siempre porque era peligroso. Los niños de la población paseaban en las bicicletas de los niños ricos por las avenidas pavimentadas. Las amistades que se forjaron entre personas que habían vivido durante años en un mismo lugar, separadas por las diferencias materiales, surgieron en el minuto en que todos debían alimentarse del mismo pan. Dani, el hijo de la Ale, fue de aquellos que ganó amigos nuevos en el Barrio Universitario.

El agua llegó primero al barrio de abajo, y junto con ella, los militares llegaron a las calles. El día jueves de aquella semana, el 4 de marzo, la Ale recuerda que bajaba a bañarse a la casa de una de las vecinas del Barrio Universitario cuando la paró un militar del Ejército. “¿No sabe que en 10 minutos hay toque de queda?”, le dijo. Ella intentó explicarle que sólo iba a una de las casas de abajo a bañarse porque les había llegado agua, que necesitaba bañarse porque llevaba días sin hacerlo, pero nada de eso le importó al uniformado, que sin escucharla en lo más mínimo la envió de vuelta por el camino hacia arriba. “Los milicos vinieron puro a estorbarnos, nunca nos ayudaron en nada, ya nos habíamos organizado, ellos vinieron a imponer su

violencia”, concluye la Ale, al hablar de los días más felices de su vida.

La Ale es de aquellas personas que uno conoce en el camino y nunca sabe si volverá a verlas algún día. Desde luego ella no sabe cómo su historia, la de los vecinos del Agüita de la Perdiz, marcó a muchas personas que la han escuchado de mi boca desde ese entonces. Incluso algunos chilenos residentes en Madrid desde hace años lloraron emocionados imaginando cada escena.

Un chicharreo y un eco extraño en mi teléfono móvil durante semanas fue el otro legado de la Ale. “Si me prestas el teléfono te lo van a pinchar los ‘pacos’ (carabineros), va a sonar raro un par de días, pero luego se van a dar cuenta que no les interesan tus conversaciones y te lo van a soltar, ¿no importa?”, me preguntó como si fuera un asunto cotidiano. “No importa”, le dije, sabía que había conocido a una persona trascendental. Nunca podría olvidar a la Ale con olor a humo, esa mujer morena, sus cabellos negros recogidos con un pañuelo atado en la cabeza.

Epílogo¹

Cuando David Riquelme e Iván Rojas fueron detenidos por cinco infantes de marina en Talcahuano, bajo el toque de queda la madrugada del 10 de marzo de 2010, debían quedar reclusos en la 4ta comisaría de Hualpencillo, sin embargo, allí no había espacio para ellos. Les aguardaba un largo trayecto de torturas al que sólo uno sobreviviría. Dayenú Meza, Christian Fauré y Bernardo Ortega, vecinos de la población Diego Portales, habían sufrido el allanamiento de sus casas y tomados detenidos por “saqueadores”, sin investigación ni comprobación del delito. La noche que pasaron, justamente, en la 4ta comisaría de Hualpencillo recuerdan que los primeros detenidos del toque de queda terminaron de repletar los pequeños calabozos. Se quedaron hacinados y a oscuras hasta la mañana siguiente.

Luchar por el agua y robar para comer

La población Diego Portales de Talcahuano es un sector de construcciones bajas de múltiples colores en sus fachadas, en su mayoría de madera o material ligero, donde el terremoto le recordó a la gente aquel documental de *National Geographic* en que se decía que de haber un sismo de

¹ Texto basado en el reportaje “La noche en que los calabozos estaban llenos”, escrito junto a mis compañeros de carrera Rocío Silva y Felipe Ramírez en el marco de la cátedra Periodismo de Investigación, con la profesora Claudia Lagos y la ayudante Úrsula Schüler, durante el segundo semestre de 2010.

grandes magnitudes en la zona, habría por consecuencia un maremoto. La población Portales no está lejos de Lenga, la playa.

Tras el remezón de la tierra los vecinos salieron de sus casas y, con lo puesto, subieron a dormir en el cerro La Puntilla, la loma que está a un costado de la población. Desde allí veían todas las empresas, las industrias, los supermercados que visitarían en los próximos días. Christian llevaba puestos sólo sus pantalones. La única chaqueta que tenía se la había cedido a Dayenú, su pareja de aquel entonces.

Habían llegado desde Santiago unos días antes a vivir en el segundo piso de aquella angosta casa tipo *dúplex* de fachada celeste, a la que se accede por una empinada escalera caracol. Dayenú, su amiga Belén, y una chica a la que recién conocían llamada Javiera compartirían este nuevo hogar mientras estudiaran en la Universidad de Concepción. Habían arrendado el sitio apenas hacía un par de semanas. Christian ya estudiaba en la Universidad de Chile, en Santiago, y acompañaba a Dayenú a instalarse como en una especie de despedida antes que finalizaran las vacaciones de verano. Ninguno imaginó que no sería el inicio de las clases lo que los mantendría separados durante semanas.

Apenas terminaban de acomodar las cosas y tomarse un minuto de relajó

compartiendo unas cervezas cuando la casa se comenzó a mover. Lo que de allí en adelante ocurrió fue una larga historia de sobrevivencia. Las estudiantes ya no viven en Talcahuano, lo traumático de lo sucedido en “la casa antigua” las empujó a emigrar de ahí. Desde un nuevo segundo piso, pero de la población El Agüita de la Perdiz, en los cerros del Barrio Universitario de Concepción, me contaron con risas nerviosas lo que fue arreglárselas como cuatro estudiantes lejos de sus familias, en una ciudad ajena y sin suministros básicos. Como si fuera una maldición extraña, esa casa en el Agüita de la Perdiz fue consumida en un incendio en junio del año 2013.

“Era muy *heavy* ver a la gente peleándose por el agua”, recuerda Dayenú. Al día siguiente del sismo, ese mismo domingo “hicimos una cola de 5 ó 6 horas para que nos dieran una olla chica con agua, en una sede de la población de al lado. La máquina que extraía el agua funcionaba con bencina, y no había combustible. Funcionaba media hora y no funcionaba una hora”, dice Javiera abriendo unos ojos muy grandes para expresar el impacto. Ese impacto se transforma en rabia cuando enfatiza que no toda la gente llevaba ollas chicas como ellos, algunos llegaban con galones de 50 litros que acaparaban la máquina por largo rato, haciendo la repartición poco equitativa. A Dayenú lo que más le sorprendía era que “la gente se peleaba por el agua y el ‘paco’ que estaba ahí no hacía absolutamente nada”.

Con el alimento la cosa fue diferente. “Fuimos muy ingenuas”, recuerdan Javiera y Dayenú. Gloria, la vecina de la casa de abajo, les avisó que “habían abierto el supermercado”, el *Bigger* que estaba a pocas cuadras. Las muchachas no paraban de reír cuando me contaron que incluso la Belén se devolvió a la casa a buscar la tarjeta de crédito para comprar en el supermercado.

Al acercarse notaron el ambiente extraño. La gente pasaba con muchas cosas, con carros de mercadería. “No están dando bolsas, parece”, cuenta Dayenú que fue lo que pensaron en ese momento, y por eso la Belén regresó a la casa a buscar algunos bolsos. Dayenú continuó hacia el supermercado, y al llegar lo comprendió todo: una máquina cortadora de carne sostenía la cortina metálica de las puertas para permitir el ingreso de la gente.

“Me devolví a despertar a la Javiera y al Christian, y la Belén se fue sola al súper con unos bolsos de playa. Salimos con mochilas y sacamos comida y cosas útiles; sopas, frutas, huevos y la Javiera sacó pastillas anticonceptivas. Toda la gente estaba eufórica, andaba rara, había un factor psicológico que no sabría explicar”, dice Dayenú, aunque al reflexionar sobre el tema también recuerda que hubo excesos. “Yo entiendo que la gente robara, pero igual había una idea de consumo ¿Para qué llevarse kilos y kilos de carne si, además, no había luz para refrigerarla, y había otra gente que la necesitaba?”. Las jóvenes

me contaron que personal de Carabineros observaba la escena sin intervenir en lo absoluto. Para ellas eso era una muestra del consentimiento de la institución, en un primer momento, respecto de los saqueos que tanto condenarían los medios después.

Para Dayenú dos cosas fueron realmente impactantes. “Una de las cosas que más me impresionó fue ver cómo la gente sacaba gas, la gente se amarraba la ropa a la cintura y hacían como hamacas con varios polerones y entre dos se llevaban de a 4 o 5 balones de gas. Otra de las cosas que no voy a olvidar es el olor de los lugares saqueados. La gente no sacaba las cosas en orden entonces quedaban todas las cosas tiradas, yogurt, vinagre, la leche, el alcohol, entonces era una mezcla de todo que era súper fuerte, como indescriptible”, reflexiona.

Un responsable por casa

Como en muchos lugares de Concepción y Talcahuano, los residentes de la población Portales vieron pasar los días manteniéndose sólo con la mercadería y los bebestibles que habían sacado de supermercados y bodegas, sin que apareciera aún algún tipo de ayuda por parte de las autoridades. Para el Christian la labor de Carabineros en las calles durante esos primeros días no fue un apoyo para las personas que sufrían los efectos de la catástrofe, como

ellos, sino que de cierto modo aumentaron la sensación de descontrol.

El rumor de que estaban robando en las casas vacías comenzó a correr fuerte entre los pobladores de la Diego Portales. No podían ver las transmisiones de televisión con las escenas del caos porque no había electricidad, pero la noticia se expandía como una plaga. La organización entre los vecinos fue la respuesta natural ante esta amenaza. Para “defenderse” de los ladrones idearon un sistema que los diferenciaba fácilmente de los afuerinos. Todos los de la población se ataron bolsas blancas como brazaletes para identificarse. A Christian, el hombre de la casa, le correspondía usar la bolsa blanca en el brazo. Pero todo cambió con la llegada de los militares y las Fuerzas Especiales de Carabineros.

Desde que los uniformados se instalaron en la esquina de Magallanes con Tocopilla -calle que bordea la ladera del cerro La Puntilla-, las patrullas avanzaban por la población alumbrando y apuntando con sus armas hacia las ventanas de las casas. Era un secreto a voces que en una de las viviendas permanecía uno de los prófugos de la cárcel de Chillán, y la policía estaba en busca de su paradero. En el recinto penitenciario uno de los muros cedió con el terremoto permitiendo una de las huídas más numerosas de la historia nacional, 261 personas escaparon de la cárcel. A junio de 2013 sólo 4 no habían sido capturados. Según Gendarmería, ese mismo día 27 de febrero se logró

recapturar a 161 internos. Algunos de ellos regresaron de manera voluntaria, luego de ver a sus familias, sin embargo, muchos no volvieron.

El primer incidente de los estudiantes con la fuerza pública se produjo cuando un grupo de soldados detuvieron al hermano del sospechoso en fuga. Lo sacaron a tirones de su casa, lo ataron de manos con plásticos y a gritos lo sermonearon en la calle, reprendiendo su conducta ante toda la población. Los chicos no tenían claro si acaso la policía pensaba que era él el que había escapado o sólo intentaban sacarle información sobre su hermano.

La casa que habitaban las jóvenes tiene su ingreso por Calle Magallanes, y la ventana del dormitorio de Dayenú daba hacia Calle Tocopilla. Tenía una vista privilegiada de aquella esquina desde el segundo piso. La escena que ocurría con el hermano del prófugo era observada detenidamente por Dayenú, desconcertada ante la humillación que veía. Cuando el oficial al mando se percató de la cara de desaprobación de su espectadora, le preguntó si ella “estaba de acuerdo con lo que él estaba haciendo”. “Le dije que no”, dice Dayenú con voz cortante, y continúa con el diálogo que recuerda nítidamente, “y él me dijo que yo tenía que estar de acuerdo porque si no me iban a detener también”.

El resto de la patrulla ya se encontraba encaramada en la reja del hogar,

señalando que había un carro de supermercado al interior. “Escuchábamos que nos acusaban de ladrones por tener el carro, y algunos querían entrar a allanar *al tiro*. Al final se fueron, pero la Dayenú quedó súper funada”, agrega Javiera. Desde esa noche un camión del ejército se instaló en la intersección de Magallanes con Tocopilla, y el amedrentamiento fue constante alumbrando con sus focos y apuntando con sus armas en dirección a las casas.

A la mañana siguiente comenzaron a pasar los primeros buses de transporte público y los jóvenes entusiasmados partieron a Concepción a comprar pasajes para viajar a Santiago al otro día. La ilusión de ver a sus familias se veía cercana, pero se vendían sólo boletos para el día, así que regresaron a la casa y decidieron que volverían al día siguiente.

La ciudad era un verdadero caos, la gente hacía colas interminables frente a los cajeros automáticos, la escasez de negocios abiertos trajo como consecuencia el comercio ilegal a precios muy elevados. Javiera recuerda haber pagado 2 mil pesos por una cajetilla de cigarros marca “Cumbia”, que jamás antes había escuchado.

Cerca de la población Portales había una bodega de CCU - embotelladora de aguas minerales, alcoholes, bebidas y jugos-. “No había llegado el agua y todo lo hacíamos con agua mineral: cocinar, bañarnos, incluso

para el estanque del baño”, señala Dayenú. El 9 de marzo los muchachos se levantaron tarde. Hicieron sus equipajes, bajaron a recoger algunas botellas que estaban tiradas en la calle y se disponían a partir con sus bolsos al Terminal de buses, destino al que no llegarían en semanas. Una micro de Fuerzas Especiales, enviadas desde la capital como refuerzos del Estado de Catástrofe, comenzaba en esos momentos un operativo de allanamiento en la población.

El primero en ser detenido fue Bernardo Ortega, un vecino de 58 años (en 2010) que vive en Calle Tocopilla, doblando la esquina de la casa de los jóvenes. Bernardo venía llegando de su trabajo a almorzar a su casa cuando un grupo de siete carabineros ingresó a su casa rompiendo la puerta a patadas, buscando especies robadas. Según él mismo me contó meses después - visiblemente afectado-, al no encontrar nada comenzaron a sacar una serie de artículos que él había comprado; aceite, arroz, confort. Bernardo Ortega es un hombre de edad avanzada, pelo cano y rostro cansado. Su voz se quiebra y su mirada se nubla por completo al recordar cómo lo sacaron de su casa, atándolo de manos con un plástico y golpeándolo con puntapiés, mientras su esposa presenciaba todo desde el interior.

Momentos después Christian, Dayenú, Javiera y Belén estaban a punto de bajar la escalera caracol con sus bolsos, listos para emprender el viaje que

los reuniría con sus familias, cuando se dieron cuenta que en el primer piso la casa de Gloria estaba siendo allanada. Sin mucho tiempo para meditar su reacción decidieron bajar y seguir caminando.

Magallanes es una calle corta, de unas angostas cuatro cuadras. Nace en Las Golondrinas, avenida donde transita el transporte público, y termina en Tocopilla mirando el cerro de frente. Salir de allí rápidamente no era una idea descabellada. Dayenú con paso acelerado no tardó en llegar a la esquina, pero fue la única, el resto de sus compañeros había sido retenido y les exigían abrir sus mochilas. Ella tenía las llaves de la casa. Vaciló tan sólo unos segundos y regresó junto a los demás.

De inmediato Christian y Javiera fueron llevados de vuelta al segundo piso para acompañar el procedimiento. El pequeño departamento se llenó de policías. “No sé cuántos eran, pero estaba lleno, y registraban todo, en todos los cuartos a la vez. Yo caminaba de un lado a otro tratando de explicar que esas cosas eran nuestras”, recuerda Javiera. El trato con Christian era muy diferente, cuando él abrió un baúl que se encontraba lleno de botellas de bebidas y alcohol fue tirado al suelo y reducido. Entre el desconcierto Javiera no sabía cómo reaccionar y se arrojó al suelo junto a Fauré, que estaba boca abajo con las manos amarradas, pero los mismos policías la levantan del suelo. Christian era el detenido de la casa. Lo condujeron escaleras abajo.

Dayenú simplemente no soportó ver como Fuerzas Especiales se llevaba a su pareja. Perdió el control y los acusó de “asesinos”, produciéndose un forcejeo con el sargento segundo Ávalos y la cabo segundo Castro. Dayenú tiene en su historia familiar casos de detenidos desaparecidos durante la dictadura de Augusto Pinochet, y la imagen que presenciaba la hizo sentir que la historia se repetía. “¡Asesinos, no se lo van a llevar!”, fue el grito que nació de sus entrañas. Sin tener muy claro cómo, ella pudo en ese momento llamar por celular a un hermano de Christian para contarle lo que estaba pasando, mientras corría evitando ser detenida, sin conseguir lo segundo.

En la misma Calle Magallanes en que estaba esparcida la ropa de los cuatro estudiantes luego de que las maletas fueran registradas, continuó el operativo buscando un responsable por casa. Junto a Bernardo, Christian y Dayenú cayeron presos también; Pamela, que saludaba a los oficiales con soltura y naturalidad, la mujer llevaba apenas dos meses en libertad tras haber cumplido condena por otros robos menores; Alejandro, el novio de Gloria que se encontraba en ese momento en la casa de abajo; y Jeannette, una vecina que asumió la responsabilidad de algunas cosas que les había llevado su cuñado y que estaba convencida en ese momento de que sólo tendría que ir a la comisaría a declarar. Jeannette nunca pudo recuperarse mentalmente de lo sufrido en los días en que estuvo en la cárcel, estaba que cumplió llorando la

mayor parte del tiempo. Su juicio fue de los más extensos de esta causa y volvió a tener un trabajo nuevamente recién a fines de octubre del mismo año.

Los detenidos fueron llevados a la 4ta comisaría de Hualpencillo donde, según coinciden en sus relatos, Carabineros les repartieron las “cosas robadas” que los vecinos iban dejando en la vía pública a medida que se corría la voz de que estaban allanando la población, abultando así los objetos en el informe final que se vieron obligados a firmar. Luego fueron trasladados al consultorio de La Floresta para constatar lesiones, aunque Bernardo afirmó que la revisión fue superficial y desde una distancia que le impedía al doctor ver si efectivamente presentaban algún daño. Ya de vuelta en el cuartel de Carabineros los separaron hombres de mujeres en pequeños calabozos sin luz.

Las detenciones de Jeannette, Bernardo, Pamela, Alejandro, Christian y Dayenú fueron agrupadas en una sola causa con el RUC 1000222191-3. En el relato del hecho delictual sólo se describe el ingreso al domicilio de Pamela.

“Hoy a las 13:20 horas, en circunstancias que personal de carabineros de la 28 Comisaría de Fuerzas Especiales efectuaban patrullaje preventivo en el AB-370, a cargo del Sgto. 2º Francisco Ávalos Vega, por la comuna de Talcahuano, recibieron información por parte de la comunidad señalando que en el domicilio que a continuación se detalla, se encontraban especies producto de

los robos y saqueos que sufrieron las entidades comerciales de la comuna de Hualpén después del terremoto que afectó a esta zona. Conforme a lo señalado el Sgto. 2º Ávalos Vega, a cargo del dispositivo, procedió a efectuar una revisión de dicho domicilio, previa autorización del propietario de éste, en virtud a lo anterior se ingresó y en el interior se percataron que gran cantidad de especies producto de los saqueos, ante tal situación se procedió a la detención de la siguiente persona que se encontraba en el interior del inmueble identificada como; Silvana Pamela Núñez Sandoval, 28 años, chilena, casada, estudios medios, labores de casa (...) y la incautación de las siguientes especies. -03 poleras marca con el logo de Escudo. -02 cajas de calugas marca Suny de un kilo c/u. -29 pack de huevos de chocolate marca Calaf. -01 caja de alfileres de 24 unidades, marca Nutza Bien. -22 chocolates marca Inkat. -25 paquetes de pañales de diferentes tamaños y marcas. -12 paquetes de papel igienico (sic) marca Preferido. -11 botellas de Cachantún de 500cc. -10 botellas de Cachantún de 1.600cc. -01 jugo marca Watts. -01 botella de bebida marca Ken (sic) de 1.500cc. -02 tarros de duraznos marca Aconcagua. -03 tarros de jurel. -02 paquetes de yerba mate de 250 gramos c/u. -17 sobres de jugo marca Zuko. -01 paquete de yerba de 01 kilo. -02 bolsas de dulce marca Max Colombina. -01 bolsa de Alka. -01 bolsa de dulce marca Bube Bolitas. -01 bolsa de chocolates marca Inkat de 240 gramos. -01 bolsa de bombones marca Suny Gold. -01 bolsa de chocolates marca Malva Choc de 250 gramos. -01 bolsa de kojac (sic) marca Bowlings gigantes. -01 bolsa de dulce marca Colombina

marca Max de 100 unidades. -04 paquetes de fideos marca Aconcagua. -01 bolsa de arroz marca Dosgallos de 1 kilo. -10 bolsas de suflés marca Sabor Papa de 24 gramos. -12 bolsas de suflés marca Sabor Papa de 10 gramos.”

Luego el relato explica cómo se le dieron a conocer sus derechos en forma verbal a la imputada, se la tomó detenida, se la llevó a constatar lesiones siendo diagnosticada “sin lesiones”, y quedó a disposición del Juzgado de Garantía de Talcahuano.

Al ver los allanamientos de las otras casas, la gente comenzó a sacar los artículos del interior de sus viviendas y a tirarlos en la calle. Según el relato de detenidos, muchas de esas cosas les fueron cargadas a ellos. Bernardo Ortega asegura que “nos pusieron cosas demás, a gente de aquí les pillaron dos bebidas que ni siquiera eran de la CCU y les pusieron una cortadora de cecinas cuando se los llevaron presos, a mí me llevaron aceites y otras cosas más y me pusieron bebidas.”

La noche en que Iván y David salieron a comprar cigarros

“El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo.” Como en la primera línea de Crónica de una muerte anunciada, del escritor Gabriel García Márquez,

esta historia podría comenzar así: “El día en que los iban a detener, torturar y sólo uno sobrevivir, Iván había salido a reunirse con David y con otros amigos de la población a eso de las 6 de la tarde”. La sutil diferencia es que el segundo relato no es una obra maestra de la ficción.

La madrugada del 10 de marzo de 2010 las vidas de Iván Rojas y David Riquelme, vecinos de la población Armando Alarcón del Canto, en Hualpencillo, cuentan un antes y un después.

En casa de Iván todos seguían asustados con las réplicas y cada una de las conversaciones giraba en torno a eso y al miedo a que alguien entrara a saquear sus hogares en medio del desorden. Por eso los vecinos seguían reuniéndose por las noches y haciendo fogatas para espantar a los supuestos ladrones, aunque la luz ya había llegado al lugar y las líneas telefónicas estaban funcionando.

Hablando, yendo de un lado a otro, así estaban los lugareños. En eso estaba Iván, con algunos amigos conversando y haciendo guardia. “Tirando la talla”, como dijo él mismo, para dejar pasar las tensiones. Oscureció, el toque de queda comenzaba a las 9:00 pm. y los amigos decidieron seguir con la velada en torno a la fogata. Esa noche, Iván y David salieron a la calle después de la hora permitida. Y como dijeron los diarios luego, fueron detenidos por 5

infantes de marina. David murió. Iván Rojas sobrevivió a aquel incidente, por eso pudo recibirme en su casa en Calle Londres, en Hualpén, a pocas cuadras del lugar donde fue detenido.

Iván es un hombre muy alto, delgado y pálido, que camina con una marcada cojera. Vive con su padre y un hermano en el barrio que lo vio crecer, el mismo donde conoció a David Riquelme. Fueron amigos desde niños en la población, aunque durante su juventud se distanciaron cuando David se trasladó a vivir al norte del país para trabajar en la minería. Sin embargo, luego de sufrir un accidente David tuvo que dejar su trabajo como camionero y regresar a Hualpén, retomando su amistad con Iván. Hasta la madrugada de ese 10 de marzo, Riquelme se dedicaba a recoger y vender cartones en un triciclo junto a su madre. David Riquelme permanecía en tratamiento médico permanente por epilepsia.

Se encontraban aquella tarde reunidos y al caer la noche decidieron entrar a la casa de David y hacer fuego en el antejardín. A Iván se le hizo tarde para volver a su casa y decidió quedarse ahí.

Cerca de las 2:00 am., Iván y David salieron a comprar cigarrillos a pesar del toque de queda. Jamás pasó por su mente que algo terrible podría ocurrirles de ser detenidos, pero ocurrió. “Yo le dije a mi amigo 'nosotros no podemos a

esta hora salir pa' fuera' porque no se podía salir po. Pero me dijo 'cómo va a ser tanto, de que... a lo mejor si nos pillan nos van a dar aquí una patá' y nos van a llevar a un retén cerca que hay aquí po'. Ya, le dije yo, yo te acompaño", relata Iván.

Apenas avanzaron cinco cuadras en busca de los cilindros de tabaco - aunque esta versión no coincide con la del parte policial que afirma querían comprar alcohol-, cuando al asomarse por Avenida Cañerías vieron la camioneta blanca de los marinos y decidieron volver a la casa. Pero la decisión llegó muy tarde, los marinos también los habían visto. Caminaron en dirección contraria por Calle Londres apurando el paso, mientras escuchaban el sonido de las botas a sus espaldas. De nada sirvió retroceder, los marinos les dieron alcance y los redujeron rápidamente.

"Y nosotros nos detuvimos. En ningún momento nosotros los insultamos a ellos, los tratamos mal, nada. Y lo único que aquí, yo me paro, y me pone aquí una patá' en el pecho, pa, y me tira al suelo. Y a mi amigo igual. Y que 'qué andábamos haciendo' y le dijimos que andábamos comprando cigarros. Y ya, nos tiraron ahí al suelo, nos tiraron boca abajo y nos amarraron con unos plásticos", afirma Iván.

Los uniformados dijeron que ambos hombres andaban robando y ni

siquiera les pidieron documentos de identificación, cuenta Iván mientras observa el lugar de los hechos desconcertado. Nunca les vieron la cara, pero una vecina presencié la escena desde su ventana, observando con impotencia lo que ocurría en la vereda de su casa. La mujer gritó a los marinos que no fueran tan violentos, pero los militares hicieron caso omiso de lo que decía y la mandaron a “meterse en sus propios asuntos”.

El largo paseo en camioneta blanca

Luego de pegarles con las armas de servicio, Iván explica que los subieron a una camioneta en la que pasaron la mayor parte de la noche. No podían ver nada por estar boca abajo, sólo escuchaban los ruidos de los lugares a los que fueron llevados. Gracias a esos sonidos pudieron reconocer algunos. De los cinco infantes de marina que los detuvieron, los sargentos Jorge Elgorriaga y Cristián Martínez, el cabo segundo José Caamaño y los soldados primero Omer Valdebenito y Esteban Muñoz, Iván manifiesta que dos de ellos viajaban en la parte delantera de la camioneta, mientras que los tres restantes iban atrás, con él y con David, golpeándolos continuamente, dándoles patadas en todas partes del cuerpo, según escucharon de la propia boca de los marinos, “para entrar en calor”.

A pesar de que Iván y David suplicaban a los uniformados que se

detuvieran, que sólo habían ido a comprar y que no iban a salir nunca más durante el toque de queda, ellos simplemente continuaron.

Estuvieron en la camioneta en marcha durante más o menos 3 horas. El rostro de Iván no se conmueve ya al reconocer que durante todo ese tiempo los marinos los golpearon, hasta que de pronto la camioneta se detuvo. En ese momento la historia pudo haber sido diferente. El diálogo que Iván recuerda pudo haber sido otro, y David podría haber vivido para ser uno más de los detenidos del Estado de Catástrofe, pero el destino abrió una tangente para estos dos hombres de barrio, una muy breve para Riquelme y totalmente desgarradora para Rojas.

Iván dice haber escuchado que los infantes hablaban con otra persona. Una voz les decía a sus captores que los calabozos estaban llenos, que allí no los podían dejar. David Riquelme e Iván Rojas fueron llevados a la 4ta comisaría de Hualpencillo, la misma que albergó esa noche amontonados en sus calabozos a Christian Fauré, Dayenú Meza y tantos otros ladrones de paquetes de fideos, bolsas de dulces, tarros de duraznos, botellas de agua, pañales.

Pese a que en la investigación del caso los marinos aseguran haber estado entre media hora y una hora intentando ingresarlos en los calabozos de

la comisaría, Iván asegura que no estuvieron más de dos minutos.

Con esa respuesta resonando en el aire, la camioneta partió nuevamente hasta un lugar en donde Iván reconoció el sonido del oleaje. Luego sabría por la investigación que se trataba de la playa Lengua, donde gente del lugar declaró haber visto a unos marinos pegándoles a unas personas. Allí estuvieron alrededor de media hora. “Y ellos decían ‘qué, si a estos ‘hueones’, hay que ponerles corriente... O tirémoslos al mar’. Nosotros escuchábamos eso... ‘ay, hace frío, hay que entrar en calor’ y ahí venía de nuevo, venían golpes”, reconstruye Iván. Recién ahí pudo verse el cuerpo negro de magulladuras con el claro de luna frente al mar.

A eso de las 5:00 am. la camioneta se puso nuevamente en marcha rumbo al destino final del recorrido: la cancha del sector Los Alarcones, cerca de la torre de Enap que Iván pudo reconocer de inmediato. Ahí los abandonaron. Los golpearon nuevamente y los hicieron caminar hasta que agotaron las mínimas fuerzas que tenían y cayeron al suelo por el dolor. Los infantes se alejaron apuntándolos por la espalda con sus armas de servicio hasta marcharse.

Gritaron pidiendo ayuda, porque estaban en un sector residencial, pero nadie los escuchó. Tal vez nadie se atrevió a escucharlos. David cayó en medio

de la cancha y uno 50 metros más allá lo hizo Iván, al lado de un cerco. Allí comenzaron lo que sería su último diálogo. “¿Cómo estás, puedes pararte?”, le gritó Iván a su amigo a la distancia. “No, ¿y tú?”, recibió como respuesta. “Yo puedo pararme parece...” indicó Iván, y fue allí cuando su amigo de infancia pronunció sus últimas palabras.

Iván logró ponerse de pie y caminar hasta su casa para pedir ayuda. David no tuvo la misma suerte, murió en la cancha producto de los golpes y fracturas de su cuerpo. Un ataque de epilepsia acabó con sus días antes de que alguien pudiera socorrerlo. “Yo me paré porque empecé a ponerme helado... por el dolor que yo tenía, no aguantaba. Y él me dijo que si yo me podía parar, que viniera para acá a ver que si había alguien, a pedir ayuda, porque si yo me levantaba, e iba pa' allá pa' donde él, ahí nos hubiéramos muerto los dos. Porque si yo llegaba ahí donde estaba él, cómo me iba a parar. Así que ahí yo me vine afirmándome del puro cerco pa' acá. Pero yo nunca pensé que mi amigo se iba a morir”, sentencia Iván desde el sillón de su casa.

Iván Rojas sobrevivió. Sosteniéndose de reja en reja y de portón en portón tardó cerca de una hora y media en recorrer la distancia de 300 metros, aproximadamente, que separan la cancha de su casa. Llegó a pedir ayuda para David, y al poco rato la ambulancia se lo llevó al hospital. No supo de la muerte de su amigo sino hasta horas después.

En la denuncia que figura por “muerte y hallazgo de cadáver”, reagrupada en la causa rotulada con el número 1000229080-k por “homicidio calificado”, en el relato del parte del oficial de Carabineros sargento segundo Edgardo Aguilar Díaz de la 4ta Comisaría de Hualpencillo, se lee que: “El día de hoy (10 de marzo de 2010) a las 6:50 horas, el sargento primero Gumercindo Urrutia, acompañado por la cabo primero Lendy Abello, recibieron un comunicado radial de parte de la central de Carabineros de Talcahuano, en el sentido que se trasladaran hasta la Calle Hungría s/n, sector cancha Los Alarcones de Hualpén, con la finalidad de verificar un cuerpo sin vida. Al llegar al lugar el personal policial encontró tendido en la cancha un cuerpo sin vida de una persona de sexo masculino, tendido en posición de cúbito dorsal, el que aparentemente presentaba lesiones atribuibles a terceras personas”.

Mientras Rojas se encontraba en el Hospital Las Higueras, los policías que hallaron el cadáver de Riquelme aseguran haberle tomado la siguiente declaración: “Salieron ambos con la finalidad de comprar alcohol, siendo interceptados por una patrulla de las Fuerzas Armadas, al parecer militares, de los cuales desconoce mayores antecedentes, quienes sin mediar conversación los subieron a un vehículo color blanco, trasladándolos hasta un lugar costero que no pudo precisar, donde fueron agredidos con golpes de pies y elementos contundentes (culatas de armas de fuego), para posteriormente regresarlos

alrededor de las 5:30 horas, hasta la señalada cancha (...) La muerte fue constatada por el paramédico del consultorio local de Hualpén, Andrés Molina Henríquez. Iván Rojas resultó con lesiones ‘fractura de la novena costilla derecha’, de carácter grave, según diagnóstico del médico de turno del servicio de urgencia del Hospital Las Higueras”. Sin embargo, algo en el camino judicial transformó sus lesiones en leves.

Rojas nunca ha dejado de preguntarse por qué no los llevaron a la comisaría en cuanto los detuvieron si era lo único para lo que estaban autorizados. El Almirante Macchiavello precisa que si se sorprendía a alguien durante el toque de queda “era detenido y trasladado al cuartel de Carabineros. El procedimiento que teníamos establecido era que a todos los civiles detenidos se les conducía a cuarteles de Carabineros o de Investigaciones, a cualquiera de los dos, pero la primera prioridad era Carabineros”. Sin embargo, también aclara que “si Carabineros no los podía recibir porque estaba sobrepasado en la capacidad, se llevaban a otros cuarteles de Carabineros o a un cuartel de Investigaciones. Mientras una de estas unidades no los recibiera, estaban bajo el control de las fuerzas militares, es decir, había un traspaso de responsabilidad.”

De lesiones graves a lesiones leves

La causa por “homicidio calificado” estuvo a cargo del fiscal jefe de Talcahuano, Andrés Cruz Carrasco, pero muy poco duraría bajo ese rótulo y en esa repartición. Al identificar la participación de los cinco infantes de marina, la Fiscalía Naval de Talcahuano tomó el caso al declararse incompetente la justicia civil. En el idioma marcial se habla de “violencia innecesaria con resultado de muerte” y “violencia innecesaria con resultado de lesiones leves”.

El fiscal naval, capitán Alejandro Enríquez, es un hombre sumamente correcto y amable. Tras los daños sufridos en la Base Naval de Talcahuano por el terremoto y posterior tsunami, en octubre de 2010 la Fiscalía estaba operando en un *container* en que se habían improvisado un par de oficinas, con precarias instalaciones y espacios muy estrechos para circular. Desde allí el capitán Enríquez asumió un tono muy solemne y comenzó a contarme: “La causa lleva el rol 4.330”. Se refiere al auto de procesamiento de los cinco infantes de marina que se encontraban en la patrulla blanca el día que murió David Riquelme.

“Las cinco personas participantes de la patrulla naval fueron sometidas a proceso como autores del delito de violencia innecesaria con resultado de muerte y de violencia innecesaria con resultado de lesiones, todos en calidad

de autores. Esas resoluciones fueron revisadas por nuestro superior jerárquico, la Ilustrísima Corte Marcial de la Armada”, afirma el fiscal de la institución, sin embargo, todos ellos permanecían en libertad provisional y en pleno ejercicio de sus funciones.

La explicación de esto requiere adentrarse en la forma en que funciona la justicia militar. Según expone muy pedagógicamente Enríquez, los dictámenes que la fiscalía emite tras su investigación son una “proposición de acusación” que pasa directamente al juez naval, que corresponde al comandante en jefe de la Zona, en este caso el almirante Roberto Macchiavello Marcelí, y es este juez naval quien emite la sentencia.

El cabo segundo José Caamaño, los soldados primero Omer Valdebenito y Esteban Muñoz y los sargentos Jorge Elgorriaga y Cristián Martínez, permanecieron en prisión preventiva alrededor de cuatro meses, mientras duró la investigación a cargo del capitán Enríquez. Él mismo señala que “cada vez que se solicitó la libertad provisional, esta fiscalía la denegó por diligencias pendientes; peritajes técnicos, como pericias del armamento utilizado, para determinar si había huellas en el cuerpo por golpes con esos elementos contundentes”.

Tras un proceso de recopilación de antecedentes que Enríquez califica

de “ágil y rápido”, en julio la fiscalía dio por finalizada la investigación y emitió su dictamen sindicando a los infantes de marina como autores de los dos delitos, pero al ser notificadas ambas partes de esta “proposición de sentencia”, el *staff* de abogados defensores, encabezado por el abogado Enrique Hernández, solicitaron más diligencias. El almirante Roberto Macchiavello, un hombre con profundo amor y respeto por la institución, en su calidad de juez naval estimó darle curso a esta solicitud, por lo que el juez le devuelve la causa al fiscal, y la causa se repone al estado de sumario –situación en que se encontraba a nueve meses del incidente- para completar esas diligencias.

Pese a que el fiscal Enríquez reconoce que lo que se estila en materia de delitos militares es que “se aparta a esa persona de las funciones que desempeñaba hasta el minuto de incurrir en el delito y se le envía a lo que se llama la ‘guarnición Orden y Seguridad’, y ahí permanecen en servicio, pero estando apartados de las funciones normales que le correspondería”, este no ha sido el caso de los involucrados en estos delitos. Según informa la Oficina de Transparencia de la Armada de Chile, “se encuentran en libertad bajo fianza, decretada por el fiscal naval de la Segunda Zona Naval, resolución que fue dictada con consulta a la Corte Marcial, organismo que confirmó la decisión del Fiscal Naval. Actualmente se encuentran en sus respectivas unidades, a la espera del fallo de primera instancia por parte del Juzgado Naval de

Talcahuano”.²

Si tal vez alguien se preguntara cuáles son los criterios de un Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval de Talcahuano para no reprender de forma ejemplar este comportamiento de sus subordinados, tal vez en esta reflexión del Almirante Roberto Macchiavello encuentre la respuesta: “Para los civiles es difícil comprender que de pronto aparezca un Sargento que los trata mal y los insulta y les grite, porque piensan que están ofendiéndolos, cuando muchas veces esa forma de proceder se les enseña, porque con esa prepotencia hace que la persona se someta, si lo que está aplicando allí es la fuerza (...) porque las Fuerzas Armadas lo que no van a hacer es no cumplir el rol que les corresponde, están usando la fuerza en forma legítima para un bien superior, que es volver a imponer el orden público”.

La delgada línea roja

El nombre de Roberto Macchiavello fue uno de los fuertemente cuestionados a la hora de esclarecer responsabilidades por la ausencia de una alerta temprana de peligro de maremoto, el pasado 27 de febrero de 2010. Sus discrepancias con el entonces intendente del Biobío, José Tohá, lo llevaron a

² Los antecedentes de la causa corresponden a diciembre de 2010. No fue posible ubicar nuevamente al Fiscal Naval para obtener información del estado actual de la causa, sin embargo, me pareció de todas formas información suficiente para efectos de graficar la complacencia de la justicia militar al juzgar los hechos.

declarar en el Parlamento ante la Comisión Investigadora constituida especialmente para aclarar estos sucesos.

Pese a que su responsabilidad no fue nunca comprobada, tanto su imagen, como la de la Armada de Chile se vieron notoriamente dañadas. Sumado a ello, los hechos protagonizados por los cinco infantes de marina la madrugada del 10 de marzo, no ayudaron a enmendar su juicio público. Sin embargo, el Almirante se mostraba tranquilo en su oficina provisoria en la que me recibió, y simplemente afirmó que a él esos errores “no le preocupan y no le asustan”.

La entrevista de Macchiavello nos fue esquiva por largo tiempo. El intercambio de llamadas y correos electrónicos con Betzabé Zambrano, su jefa de prensa, fueron más que abundantes. Un día cualquiera recibí un llamado de su parte. El Almirante accedía a recibirme en dos o tres días. Viajé sola a Talcahuano con el poco dinero que tenía exclusivamente para hablar con él, y luego el mismo día regresé a Santiago. Valió la pena completamente.

La casona de la Comandancia en Jefe de la Segunda Zona Naval de Talcahuano, donde reside su máxima autoridad, estaba sostenida en su fachada por numerosos pilotes de madera. La oficina que alguna vez fue del Almirante Macchiavello, se conectaba directamente con el cielo. En la base

había 87 casa de oficiales, todas se habían convertido en sitios eriazos. La institución también había sufrido mucho.

El día en que este hombre de mar me concedió su entrevista lo encontré vestido de civil y empacando sus cosas. Al poco tiempo su puesto fue sucedido por el Almirante Matías Purcell Echeverría, y al final del rango de Macchiavello hay que escribir una R entre paréntesis.

El Almirante Roberto Macchiavello Marcelí (R), ex Comandante en Jefe de la Segunda Base Naval, ubicada en Talcahuano, es un hombre que vive y respira por la Armada de Chile. Su padre fue marino, sus hermanos son marinos y sus hijos también son parte de la institución.

Con el ánimo de sus últimas palabras en ejercicio, pero aún siendo la autoridad en esa Base Naval, Macchiavello dijo todo lo que pensaba sin tapujos, y no titubeó en recalcar que “la actividad militar es una actividad muy seria, muy técnica, y no está hecha para improvisar. Fuimos capaces de abordar el tema, pero no fue la mejor forma de hacerlo. Eso pudo haber desembocado en errores y malos entendidos, no me cabe duda”.

Macchiavello no desconoce que los hechos ocurridos fueron lamentables, pero a su modo de ver fueron “absolutamente naturales ante una

situación de caos como la que se vivió”. Si hay algo de que este imponente marino de facciones italianas está convencido, es que las instrucciones que su personal manejaba eran las adecuadas, que la restitución del orden público era la primera prioridad y que la herramienta con la que se contaba para ello era la fuerza, por mucho que a los civiles les costara comprender.

Al hombre de cejas firmes no le asustaba hablar de delitos y denuncias, en aquel momento no sólo existía en trámite el caso de David Riquelme, cuatro causas más se tramitaban por violencia innecesaria en la Fiscalía Naval de Talcahuano. “Fueron más de 30 días de un accionar permanente, con 2 mil hombres, en un escenario absolutamente complejo, y para las Fuerzas Armadas viviendo permanentemente en esa delgada línea roja de cuánta fuerza se impone para recuperar el orden y de qué forma esa fuerza sea proporcional y sea oportuna. Por ambos lados hay seres humanos y por ambos lados se pueden cometer equivocaciones”, sostuvo.

Es indiscutible que aquella entrevista se realizó en un escenario privilegiado. Un hombre criado bajo el alero de la Armada saliendo de su alto cargo de mando en un retiro voluntario forzado por un escenario de cuestionamientos a su labor, se mostraba dolido y afectado por la carga de responsabilidades que la Armada asumía y la nula autocrítica que las autoridades que los llamaron a tomar el orden público hacían de su decisión. Si

a eso le sumamos lo inofensiva que resulta una simple estudiante de periodismo que llegaba a su oficina a entrevistarlo para un trabajo de la universidad, es posible comprender por qué sus dardos fueron en aquella dirección. Sus cartas estaban echadas, Macchiavello ya no tenía nada que perder.

A pesar de la incómoda situación de su salida, Roberto Macchiavello Marcellí no conocía otra cosa que la instrucción militar que defendió hasta su último segundo en el cargo, incluso evaluaba dedicarse a la docencia pero en universidades civiles, para acercarlos a la institución, al mundo de los uniformados.

Pero para algunos, como el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, esa delgada línea roja de la que habló el Almirante (R) es uno de los temas pendientes que mantiene Chile en deuda con los estándares internacionales de respeto a los derechos humanos. En junio de 2009, en su examen periódico universal –que se realiza cada cuatro años-, una de las observaciones del organismo para el país fue, justamente, en esa línea: “Exigir mayor responsabilidad por los abusos de la policía y velar por que las autoridades civiles investiguen, procesen y enjuicien esos abusos”. En Chile la duplicidad de justicias (militar y civil) sigue siendo un pendiente que no parece ser prioridad, donde la justicia castrense aún se rige por el sistema penal

antiguo, manteniendo sumarios secretos por procesos indeterminados.

Los presos del Estado de Catástrofe

El miércoles 10 de marzo los detenidos de la población Portales fueron trasladados desde la comisaría de Hualpencillo a la cárcel de El Manzano. De allí Christian fue derivado hacia la nueva cárcel concesionada de alta seguridad, en la que permaneció 13 días antes de regresar al antiguo penal. Según él, en el primer recinto vivían varias personas en pequeños cuartos, sin derecho a recibir libros, comida y sin agua caliente. En “El Manzano viejo”, como se le llama para diferenciarlo de la nueva cárcel, Fauré estuvo 22 días, pero en esta ocasión sí tenía derecho a recibir libros y a prepararse café o mate, aunque sufría una mayor agresividad por parte de Gendarmería.

Dayenú pasó 35 días en la sección de mujeres de la cárcel de El Manzano junto a Jeannette, que nunca cesó de lamentarse. Su pasar por la cárcel marcó su vida y su carácter para siempre. Pamela, por ser reincidente, fue ubicada en un módulo diferente.

El sector al que fueron a parar Jeannette y Dayenú lo habitaban mujeres que habían caído principalmente por microtráfico. Dayenú cuenta que las presas les dieron un buen trato casi desde el comienzo. Las ayudaron, les

prestaron ropa y libros, haciendo de su paso por la cárcel una experiencia mucho más llevadera que la que experimentaron Christian y Bernardo. Aunque la estudiante reconoce también que había un trato violento de parte de las gendarmes.

Durante más de un mes que estuvieron tras las rejas, Christian y Dayenú se escribían cartas para mantener el contacto. El abogado Pablo Ortega se las hacía llegar en las visitas, camufladas entre los libros. Esas palabras los mantenían con fuerzas, sabiendo que debían apoyarse uno al otro.

Pablo Ortega no había sido contratado desde el comienzo, antes se les había asignado a todos la defensora pública Betzavia Dellarossa, quien según Bernardo Ortega, durante 27 días había tenido una pobre actuación en su defensa. La señora Dellarossa figura en los archivos de la defensoría nacional pública con dos sanciones previas por malas prácticas, por las que ha debido cancelar multas por sobre las 15 UF.

Según los datos proporcionados por el Ministerio Público, hubo 281 causas asociadas a receptación (art. 456 bis A) en las fiscalías de Concepción y Talcahuano entre el 28 de febrero del 2010 y el 31 de marzo del mismo año. El registro de Gendarmería sostiene que 151 detenidos ingresaron a la cárcel de El Manzano en el mismo periodo por el delito de receptación, un centenar de

ellos entre los días 7 y 11 de marzo. Muchos de ellos debieron estar más de un mes como mínimo en prisión preventiva, y la razón se remonta a los Juzgados de Garantía. Bernardo Ortega, que estuvo en el Módulo 10, asegura que en su situación había 116 personas.

Tal como explica Andrés Cruz, fiscal jefe de la fiscalía de Talcahuano, fueron los Juzgados de Garantía los que ratificaron las solicitudes de aplicar dos agravantes a los delitos de receptación, pudiendo así, además, pedir penas de hasta 5 años.

Las agravantes aplicadas por la fiscalía en los juicios por receptación fueron dos. Por un lado el artículo 2 de la ley de Sismos: “en los delitos contra las personas o la propiedad será considerado agravante el hecho de haber cometido el delito en la zona afectada” y el artículo 12 N° 10 del Código Penal: “cometer el delito con ocasión de incendio, naufragio, sedición, tumulto o conmoción popular u otra calamidad o desgracia”.

Para el abogado César Ramírez, quien representó a varias personas que enfrentaron ese cargo, la aplicación de estas dos agravantes no tiene sentido, porque responden al mismo concepto. El abogado explica que a su modo de ver es la misma agravante que está replicada en dos leyes diferentes, por lo que aplicar las dos es una redundancia, un contrasentido. En esa línea piensa

como abogado que hubo “una defensa de los intereses de los empresarios” con el objetivo de avisar a la población que ni se les ocurriera buscar cosas en los supermercados.

En la segunda audiencia, ya con Pablo Ortega representándolos, el abogado los presentó como jóvenes universitarios, estudiosos, que se encontraron sin redes sociales en una ciudad extraña y en una situación inesperada, lo que respaldó con diversas cartas de académicos de la Universidad de Chile y de la Iglesia. Ante esto el juez Raúl Martínez contestó que esto hacía aún más condenable lo sucedido porque eran personas con mayor educación.

Ortega comparte la opinión de Ramírez. Los abogados de la zona coinciden en que lo que los juzgados buscaban era “dar una lección moral” de lo terrible que era robar después de un terremoto. Ambos afirman que la institución no actuó de forma imparcial y que estaban fiscales y jueces completamente sobrepasados por las circunstancias.

El fiscal Cruz reconoce que “se alteró el normal funcionamiento de la Fiscalía de Talcahuano” dado que el edificio quedó inutilizable y debieron trasladarse a la sede regional. Él mismo califica que la situación fue “límite”, sin embargo, considera que pudieron superar los primeros momentos y “supimos

enfrentar la situación y sacar adelante nuestro trabajo”.

Fue finalmente en la tercera audiencia del 14 de abril que Christian y Dayenú fueron liberados tras un juicio abreviado. Ambos aceptaron los cargos que se les imputaban, opción que asumieron la mayoría de los detenidos que ya no soportaba la situación de cárcel y que no tenían antecedentes previos. Fueron condenados a un año de firma, arraigo nacional y al pago de una multa de 3 UTM dividida en 10 cuotas mensuales. Recién en ese momento pudieron volver a pensar en la universidad, en las clases en las que estaban ausentes, en el futuro académico y laboral, en la vida real, en la razón que los había conducido a esa ciudad.

“Se entenderán por damnificados quienes hayan sufrido...”

La noche del 27 de febrero de 2010 marcó un quiebre en la vida de millones de chilenos y será por muchos años una conversación recurrente el recordar dónde y cómo pasó el terremoto cada persona. A lo largo del país muchos perdieron a sus seres queridos, sus casas y sus pertenencias a causa del sismo y su consecuencia en maremoto, pero para quienes sufrieron los efectos del Estado de Catástrofe en la zona de Concepción y Talcahuano las causas del sufrimiento también fueron otras. Los responsables no fueron sólo fenómenos de la naturaleza que no se pueden evitar, sino personas,

compatriotas, instituciones.

Bernardo Ortega fue el detenido de mayor edad en la población Diego Portales y los días en la cárcel le significaron altos costos materiales: perder su trabajo, y sus herramientas -que le retuvieron sus contratistas al no poder continuar el arreglo que realizaba en una vivienda-, además de las cosas que requisaron de su casa durante el allanamiento. Sin embargo, para el hombre cano el daño que le provocó la violencia que sufrió durante todo el tiempo que estuvo injustamente encarcelado, acusado de saquear cosas de las que él poseía sus boletas de compra, se expresa de otras maneras: en la rabia que tiene al hablar de su injusticia, en las marcas de la humillación que le hacen fijar la mirada, en el resentimiento y la vergüenza que siente hoy de ser un ciudadano de este país.

Bernardo asegura que a pesar del tiempo transcurrido continúa con psicosis debido al maltrato sufrido en la cárcel, donde tuvo que comer comida que califica de podrida, a pesar de que él no es “elegante para comer”. El dinero destinado a solventar un sicólogo en un intento por rearmar su vida abultó la lista de gastos de Ortega. Mientras nos cuenta estas cosas, espera con paciencia que su cadera se sane pronto de los golpes que recibió en El Manzano, para poder volver a trabajar. Sin embargo, es categórico para afirmar que “el daño que me hicieron no me lo van a poder pagar jamás”.

“Soy trabajador carpintero. Tuve que abandonar una pega porque me llevaron detenido. Perdí mis herramientas cuando me arrestaron como un ladrón sin tener nada robado de nadie. La autoridad se vino en contra de nosotros y no de los que sí robaron, carabineros, marinos, policías de investigaciones, cuerpo de bomberos. Nos torturaron, nos hicieron comer mierda en la cárcel de El Manzano, me jodieron una cadera que hasta el día de hoy tengo mala, me apalearon injustamente. Nos robaban lo que nos llevaban de comer desde afuera nuestros familiares y nos gritaban ladrones, nos quitaban los cigarrillos. Hoy hay delincuencia porque está en la autoridad, no en nosotros. Tengo un gran dolor por el abuso que me hizo el poder militar”, señala Bernardo.

Christian, su vecino de aquellos días y con quien compartió gran parte de su reclusión, reconoce desde un principio que hay cosas que tal vez jamás se las cuente a alguien. Las pesadillas en las que vuelve a caer preso han sido recurrentes durante estos meses. Los recuerdos negativos, sobre todo lo que le tocó vivir tras las rejas, regresan de vez en cuando. Las veces que ha vuelto a Concepción a visitar a Dayenú y ha debido pasar por fuera del recinto penitenciario en el que estuvo recluso, el gusto amargo es inevitable. A pesar de todo no ha buscado ayuda profesional, pero reconoce que su experiencia lo ha vuelto “un poco más frío y violento en algunas actitudes cotidianas”.

Su misma relación con Dayenú se vio afectada, como ella lo reconoció. Ambos eran muy apegados y los 35 días de separación carcelaria los dañaron mucho, a pesar de que mantenían un esporádico contacto a través de cartas que lograban enviarse mediante terceros. Ella reconoce que comprende los cambios de carácter que él puede haber sufrido, el haberse puesto más violentado durante ese tiempo. Si bien ella afirma que las condiciones eran muy duras en la cárcel y la convivencia a veces podía ser difícil con alguna de las presas, destaca que la mayoría con las que compartía el módulo la trataron bien, la acogieron y la ayudaron mientras permaneció con ellas, y la experiencia la hizo darse cuenta de que “uno no valora nada lo que tiene, cosas tan simples como ir al baño”.

El fin de la reclusión fue para ella irreal, como un sueño. Caminar por los lugares donde fue detenida, volver a la casa, a la población, ingresar de inmediato a las clases en la Universidad, todo constituyó un fuerte golpe. Las ganas de mudarse fueron inmediatas. Atravesó un cuadro de estrés, y se instaló en su cabeza la idea de que lo que aprendía en la carrera de sociología no servía de mucho. Las crisis de pánico la obligaron a buscar un psicólogo para que la ayudara.

Para Iván Rojas las cosas fueron más complicadas aún. Al dolor natural

de la muerte de su amigo y vecino se le agregó una manifiesta cojera en su pierna izquierda debido a los golpes que recibió aquel 10 de marzo en la madrugada. Además, sufre de dolores en otras partes del cuerpo como la espalda y tiene una puntada constante en el corazón, y no puede continuar trabajando de enfierrador como lo hacía antes. 12 días duró cuando intentó hacer unos trabajos junto a un hermano y el cuerpo no le respondió. Si bien los medicamentos le quitan el dolor, ya no tiene la fuerza que tenía. Rojas se ha visto obligado a quedarse en casa junto a su padre viviendo todos de su pensión y del sueldo de uno de sus hermanos que vive con ellos y se desempeña como obrero.

Mientras asistía a una audiencia del proceso judicial de su causa, la camioneta de investigaciones que lo transportaba sufrió un accidente que lo devolvió al hospital a él y a la señora que testificaría a su favor, aquella que había visto su detención por la ventana. Rojas sospecha de lo incidental de aquel accidente, no descarta que fuera una especie de amedrentamiento contra él y su vecina.

Para el abogado Pablo Ortega, quien defendió a Christian y Dayenú hasta que se dictó sentencia y salieron en libertad, el Estado de Catástrofe busca autorizar al Estado a actuar más flexiblemente saltándose ciertos procedimientos administrativos de manera de poder enfocar cierta ayuda a

sectores o lugares específicos que lo necesiten. Pero, él piensa que lo que ocurrió no es realmente nada nuevo. La actuación de las policías y las Fuerzas Armadas no estuvo fuera de lo común en cuanto a represión o abusos a los detenidos se refiere, pues “fue el mismo Estado reprimiendo como siempre mientras los tribunales reaccionaban con alarma excesiva, manteniendo a la gente innecesariamente presa”.

Su colega César Ramírez coincide en ese juicio, asegurando que lo sucedido demostró cómo la propiedad está muchas veces por sobre la vida de las personas, y que fueron los tribunales y juzgados de garantía los que no funcionaron, dejando detenidas a personas durante todo el proceso cuando en condiciones normales jamás habrían estado presas por delitos de receptación.

Según el Almirante Roberto Macchiavello lo sucedido tiene que ver con que las Fuerzas Armadas habían dejado de asumir como rol las funciones que se vieron obligadas a ejercer durante el Estado de Catástrofe, y que en ese contexto “hicimos lo mejor que pudimos, pero no era lo que estábamos haciendo hace muchos años”.

Macchiavello señala que “es muy diferente una unidad militar desplegada en el descampado o la infantería de marina maniobrando en un asalto a una playa a una operación en una ciudad, donde se necesitan 3 o 4 veces mayor

cantidad de vehículos y de sistemas de comunicación”. Mientras las unidades de la infantería de marina son de 30 personas, para controlar una bocacalle sólo se necesitan 3, quedando 27 sin un objetivo concreto. Para el hombre de mar era de esperar que existieran equivocaciones por la falta de entrenamiento en el control del orden público de ciudades tan densamente pobladas como Concepción y Talcahuano.

El abogado Ramírez comparte ese criterio cuando asegura que cree que la utilización de las Fuerzas Armadas fue adecuada “porque si no se iban a producir desmanes, y efectivamente la gente empezó a hacer cosas que no correspondían”, pero que eso retira que “hubo sanciones penales que no correspondían porque ni siquiera cuando alguien comete y confiesa un homicidio por primera vez y tiene conducta irreprochable, recibe una pena de 5 años, sino que a lo más 3 años y 1 día, mientras personas como Bernardo Ortega permanecieron presas durante semanas acusadas de robar aceite”.

Según el artículo 2 de la ley de Sismos -la misma ley de la que se invocó una de las agravantes por receptación-: “se entenderán por damnificados quienes hayan sufrido, en sus personas o en sus bienes, daños de consideración provocados directamente por el sismo o catástrofe, y los familiares de éstos que vivan a sus expensas. También se considerarán damnificados los que por la misma causa hayan perdido su ocupación o

empleo”. Decretar Estado de Catástrofe y entregar el mando a las Fuerzas Armadas es una decisión que tiene consecuencias reales en todas las instituciones del Estado, pero por sobre todo las tiene en la sociedad civil: David Riquelme, Iván Rojas, Dayenú Meza, Christian Fauré y Bernardo Ortega son sólo algunas de aquellas personas que tuvieron que vivirlo en carne propia.

REFERENCIAS

1. Bibliografía:

a) Libros:

BLANCO, G. 1997. El joder y la gloria. Santiago, Planeta.

KAPUSCINSKI, R. 2003. Los cinco sentidos de periodista. D.F. México, Colección Nuevo Periodismo, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

RAMONET, I. 1998. La tiranía de la comunicación. Madrid, Debate.

SANTORO, D. 2004. Técnicas de investigación. Métodos desarrollados en diarios y revistas de América Latina. D.F. México, Colección Nuevo Periodismo, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

b) Revistas y publicaciones

TERRE-MARE-MOTO, Anales de la Universidad de Chile, 2011. Séptima serie N°1. Santiago, Catalonia.

BERNARDO, J.M. y PELLISSER, N. 2010. La “naturalización” mediática de las catástrofes. Una aproximación crítica. Cuadernos de Información N°26, Dossier: Información y Catástrofe, Facultad de Comunicaciones Pontificia Universidad Católica de Chile.

YÁÑEZ, E. 2010. El tratamiento del dolor en la cobertura del terremoto y maremoto en Chile. Una mirada desde la ética. Revista de Comunicación N°9, Universidad de Piura: 190-211.

2. Medios Digitales

Emol.cl

<http://www.emol.com/noticias/nacional/2010/03/12/403192/reconstituyen-asesinato-de-civil-durante-toque-de-queda-en-hualpen.html>

<http://www.emol.com/noticias/nacional/2010/07/01/422241/marinos-procesados-por-muerte-de-hombre-en-hualpen-tras-terremoto-quedan-libres.html>

<http://www.emol.com/noticias/nacional/2010/03/26/405454/pinera-esperara-con-vigilia-el-cumplimiento-de-un-mes-del-terremoto.html>

TheClinic.cl

<http://www.theclinic.cl/2011/12/29/100-mujeres-lideres-2011/>

Cooperativa.cl

http://www.cooperativa.cl/ocde-chile-es-el-pais-con-mayor-segregacion-socio-economica-escolar/prontus_notas/2011-09-13/115809.html

LaTercera.com

http://latercera.com/contenido/680_233571_9.shtml

http://diario.latercera.com/2010/03/27/01/contenido/13_27595_9.shtml

<http://diario.latercera.com/2013/06/17/01/contenido/pais/31-139481-9-27f-policia-estrecha-cerco-sobre-ultimos-fugados-desde-penal-de-chillan.shtml>

http://www.latercera.com/contenido/680_229669_9.shtml

ElInformador.cl

<http://www.elinformador.cl/index.php?idnoticia=7167>

LaNacion.cl

<http://www.lanacion.cl/noticias/site/artic/20100326/pags/20100326194759.html>

<http://www.lanacion.cl/presidente-pinera-no-asistio-a-la-vigilia-de-constitucion/noticias/2013-02-27/074713.html>

BiobioChile.cl

<http://www.biobiochile.cl/2010/03/26/presidente-pinera-arriba-a-cauquenes-para-entregar-terreno-donde-se-construira-escuela-modular.shtml>

<http://www.biobiochile.cl/2013/08/05/comienzo-segundo-juicio-por-el-emblematico-caso-alto-rio-en-concepcion.shtml>

<http://www.biobiochile.cl/2013/10/14/escombros-de-colapsado-edificio-alto-rio-fueron-donados-a-la-ciudad-de-concepcion.shtml>

<http://www.biobiochile.cl/2013/06/29/incendio-afecta-una-vivienda-en-sector-aguita-de-la-perdiz-de-concepcion.shtml>

Cauquenesnet.com

<http://dianoticias.cauquenesnet.com/2010/04/puentes-mecano-que-conectan-al-barrio.html>

Maulee.cl

<http://www.maulee.cl/2010/03/14/pinera-recorre-la-region-del-maule-y-anuncia-delegado-presidencial-para-pelluhue-y-curanipe/>

Canal2enVTRLinaires.com

<http://www.canal2envtrlinaires.com/2010/03/presidente-pinera-se-compromete.html>

DiarioElCentro.cl

<http://www.diarioelcentro.cl/?q=noticia&id=10373>

<http://www.diarioelcentro.cl/?q=noticia&id=15657>

RedMaule.cl

<http://www.redmaule.com/pinera-visita-pelluhue-y-albergados-en-talca>

ElChileno.cl

<http://elchileno.cl/world/nacional/1046-gobierno-muestra-mueca-derechista-represion-en-dichato.html>

Resumen.cl

http://resumen.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=4221:video-represion-en-dichato-este-20-de-julio&catid=14:derechos-humanos&Itemid=58

QuéPasa.cl

http://www.quepasa.cl/articulo/1_4639_9.html

ObservatorioFucatel.cl

<http://www.observatoriofucatel.cl/wp-content/uploads/2010/05/Cobertura-en-situaci%C3%B3n-de-cat%C3%A1strofe.pdf>

<http://www.observatoriofucatel.cl/juicio-etico-a-cobertura-del-terremoto-en-los-medios/>

<http://www.observatoriofucatel.cl/el-terremoto-como-espectaculo/>

<http://www.observatoriofucatel.cl/el-terremoto-invisible/>

<http://www.observatoriofucatel.cl/analisis-terremoto-la-energia-liberada-por-los-medios/>

3. Sitios Web

<http://www.gobiernodechile.cl/noticias/2010/03/13/presidente-pinera-anuncia-ley-de-emergencia-proyecto-de-reconstruccion-y-formulas-de-financiamiento.htm>

<http://www.icei.uchile.cl/noticias/59684/comunidad-icei-da-la-bienvenida-a-mechones-de-periodismo-y-cine-y-tv>

<http://www.observatorioreconstruccion.cl/>

http://www.terra.cl/entretencion/index.cfm?id_cat=2471&id_reg=1380949

http://textosincendiarios.blogspot.com/2010_03_01_archive.html

<http://laotravoz.wordpress.com/author/laotravoz1/>

<http://www.agenciadenoticias.org/?p=6489>

<http://gugulson.com/2010/03/el-terremoto-y-los-saqueos/>

<http://www.senado.cl/medios-de-comunicacion-locales-podran-postular-a-fondo-de->

fomento-para-reponer-infraestructura-danada-por-terremoto/prontus_senado/2010-08-18/202223.html

<http://noticias.universia.cl/vida-universitaria/noticia/2010/03/25/264681/pilar-armanet-comportamiento-medios-comunicacion-terremoto-fue-adolescente.html>

<http://themediaproject.org/article/cuestionan-cobertura-period%C3%ADstica-de-terremoto-en-chile>

http://www.redhum.org/documento_detail/7736

<http://www.cntv.cl>

<http://bloglegal.bcn.cl/por-que-continua-siendo-obligatorio-el-servicio-militar-en-chile>
<http://www.serviciomilitar.cl/servicio-militar-reclutamiento/preguntas-frecuentes-masculino/>

<http://www.serviciomilitar.cl/instituciones-fuerzas-armadas/ejercito-de-chile/ejercito-de-chile/>

4. Documentos

-Estado de la causa por Muerte y Hallazgo de Cadáver contra David Riquelme, carpeta archivada en Fiscalía.

- Estado de la causa por Receptación Art. 456 bis A. de Christian Fauré y Dayenú Meza, carpeta archivada en Fiscalía.

- Registro de sanciones de los defensores públicos.

-Cobertura de noticias en situaciones de catástrofe, 2010. Resolución N° 151. Consejo de Ética de los Medios de Comunicación.

-Cobertura Televisiva del Terremoto. La catástrofe vista a través de la pantalla, la audiencia y la industria, 2010. Departamento de Estudios - Consejo Nacional de Televisión.

-Decreto presidencial que estableció el Estado de Catástrofe.

-Informes con la cantidad de causas ingresadas por día, durante el Estado de Catástrofe - 28 de Febrero a 31 de Marzo-, por el delito de Receptación Art.456 bis A. en la Fiscalía de Talcahuano y la Fiscalía de Concepción.

-Informes con la cantidad de detenidos ingresados por día, durante el Estado de

Catástrofe -28 de Febrero a 31 de Marzo-, por el delito de Receptación Art.456 bis A. en el Centro de Cumplimiento Penitenciario (CCP) de Concepción -conocida como Cárcel El Manzano-.

- Informe de Situación #9 de Naciones Unidas, 26 de marzo de 2010.

- Informe de Situación #10 de Naciones Unidas, 20 de marzo de 2010.

-Reforma a la Constitución Política realizada el año 2005 respecto a los Estados de Excepción Constitucionales.

5. Entrevistas

-Bernardo Ortega Ramos; vecino detenido por saqueo (24 octubre 2010)

-Pablo Ortega Monsalve; abogado defensor de Christian y Dayenú (25 octubre 2010)

-Cesar Ramírez Burgos; abogado penalista que asumió causas por saqueo (25 octubre 2010)

-Alejandro Enríquez Yévenes; Fiscal Naval que lleva sumario de los infantes de marina (26 octubre 2010)

-Iván Rojas Arenas; detenido y torturado durante el toque de queda (26 octubre 2010)

-Elsa Ruiz; madre de David Riquelme, asesinado en toque de queda (26 octubre 2010)

-Dayenú Meza y Javiera Revenco; detenida por saqueo y testigo de la detención, respectivamente (27 octubre 2010)

-Christian Fauré Polloni; detenido por saqueo (30 octubre 2010)

-Andrés Cruz Carrasco; Fiscal Jefe de la Fiscalía de Talcahuano (Por mail, 30 octubre 2010)

-Almirante Roberto Macchiavello Marcellí; Comandante en Jefe de la Segunda Zona Naval (4 noviembre 2010)

* 27 audios propios de reporte con Sebastián Piñera y otras autoridades entre enero y marzo de 2010.